AMOR EN VENTA
LYNNE GRAHAM




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# Capítulo 1

Esta es PolIy Johnson —dijo Raúl Zaforteza tras sacar una fotografía de una carpeta —. Dentro de seis semanas dará a luz a mi hijo. Para entonces, tengo que haberla encontrado.

Digby, que esperaba una rubia despampanante con cara y cuerpo de modelo, se quedó confundido al ver a esa mujercita pequeña y delgada, de pelo color caoba, ojos azules y sonrisa dulce. Parecía tan joven que no la veía adecuada como madre de alquiler.

Digby Carson era abogado de un bufete londinense de gran prestigio y había llevado casos muy difíciles; ¿pero qué podía hacer contra una madre de alquiler que había huido, resuelta a quedarse con el niño finalmente? Miró a su cliente con expresión poco alentadora.

La fortuna de Raúl Zaforteza le venía de la explotación de minas de oro y diamante. Era un magnate brillante, un gran jugador de polo y, según la prensa amarilla, un hombre mujeriego. Rozaba el metro noventa, tenía constitución atlética, un temperamento inflamable y, en resumen, un aspecto muy intimidatorio.

— Digby... creía que mi asesor de Nueva York ya te había hablado al respecto — espetó Raúl impacientado.

—Dijo que era un asunto demasiado confidencial para tratarlo por teléfono. Y yo no tenía la menor idea de que estuvieras planeando convertirte en padre por medio de una madre de alquiler — replicó Digby—. ¿Por qué demonios te has embarcado en una aventura tan arriesgada?

—¡Por Dios!, ¡tú me has visto crecer! ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Digby se sintió incómodo. Había trabajado para el difunto padre de Raúl y no se le escapaba la infancia desdichada de éste. A pesar de su dinero, no podía decirse que le hubiera tocado la lotería con los padres.

—Decidí hace mucho que no me casaría —prosiguió Raúl con convicción—. ¡Jamás dejaré que una mujer tenga tanto poder sobre mí, o sobre los hijos que pudiéramos tener! Pero siempre me han gustado mucho los niños...

—Ya —susurró Digby.

—Muchos matrimonios acaban divorciándose y en la mayoría de ellos la mujer se queda con los hijos —le recordó Raúl al abogado—. Alquilar a una madre me pareció la mejor manera de asegurarme la potestad de mi bebé; no ha sido un acto impulsivo, Digby. Y me costó mucho encontrar a una mujer adecuada...

—¿Adecuada? —interrumpió Digby, sorprendido por la elección, que no se parecía nada a las rubias de las que su cliente solía hacerse acompañar.

—Cuando mi equipo de asesoramiento de Nueva York puso un anuncio, recibieron ofertas de muchísimas candidatas. Contraté a un médico y a un psicólogo para que dictaminara a las más aptas, tras someterlas a una batería de pruebas... y la responsabilidad final fue mía, por supuesto.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Digby mientras miraba la foto de Polly Johnson.

— Veintiuno.

—¿Y era la única candidata adecuada?

— El psicólogo tenía sus reservas, pero decidí pasarlas por alto. Tuve la corazonada de que era la madre perfecta y actué por instinto. Es cierto que es joven e idealista, pero sus valores me convencieron; no la motivaba la codicia, sino el deseo desesperado de pagarle una operación a su madre que pudiera prolongarle la vida.

— Me pregunto si esa desesperación no afectó a su capacidad de discernir dónde se estaba metiendo — repuso Digby.

— Eso no sirve de nada ahora que está embarazada de mi hijo —replicó Raúl, desabrido—. Voy a encontrarla como sea. He estado investigando y sé que hace dos meses estuvo en la casa de su madrina, en Surrey. Todavía no sé adónde fue después; pero antes de encontrarla necesito saber qué derechos tengo de acuerdo con las leyes de este país.

Digby no tenía prisa por darle las malas noticias: el alquiler de madres no estaba bien visto en Inglaterra y si ella decidía quedarse con el bebé, ningún juez le entregaría la custodia de éste al supuesto padre, por más contratos que se hubieran firmado.

— Antes cuéntame más detalles — contestó el abogado.

Mientras le ponía al corriente, Raúl miraba por la ventana y recordaba la primera vez que había visto a Polly Johnson, a través de un cristal de dos caras, con espejo en la perteneciente a la sala donde la habían recibido sus abogados de Nueva York. Le había parecido una muñeca de porcelana, frágil e inusualmente bella.

Se había mostrado valiente y sincera. Y muy agradable. No es que Raúl hubiera buscado antes a una mujer así, pero le gustó la idea de que su hijo heredase esas cualidades. Y aunque no era una mujer de mundo, experimentada, pero gozaba de una enorme fortaleza interior y un carácter tranquilo.

Luego, cuanto más había hablado Polly, más deseos había tenido Raúl de conocerla cara a cara, para poder responder a su hijo, en el futuro, sobre las preguntas curiosas que le hiciese sobre su madre. Pero sus abogados se habían negado tajantemente, alegando que debía permanecer en absoluto anonimato, a fin de ahorrarse posibles problemas más adelante. Pero, dado que él siempre había tenido fe ciega en su instinto, no había dudado en satisfacer sus deseos...

Y debía reconocer que tras desoír los consejos de sus abogados, todo había empezado a torcerse.

— De modo que nada más asegurarte de que la chica estaba embarazada, la instalaste en una casa en Vermont, con una asistenta de tu confianza para que cuidara de ella —dijo Digby—. ¿Dónde estaba su madre mientras tanto?

—En cuanto Polly firmó el contrato, su madre fue a un hospital para fortalecerse y poder afrontar el postoperatorio. Estaba muy enferma y no sabía nada del contrato de alquiler de su hija. La operaron cuando Polly sólo estaba de dos semanas... Murió dos días después de la intervención —concluyó Raúl, en tono pesaroso.

— Pobrecilla.

¿Pobrecilla? Polly se había quedado desolada. Y Raúl era consciente de que el único motivo por el que se había ofrecido a alquilarse era salvar la vida de su madre. Cuando Soledad, la asistenta, le había comunicado la depresión que Polly estaba atravesando, Raúl no había podido evitar acercarse a ella.

Había temido que abortara del disgusto y había sentido la obligación de ofrecerle su apoyo. Estaba sola en un país que no era el suyo, con sólo veintiún años, embarazada de un desconocido y con el luto de su madre...

—Así que me puse en contacto con ella —confesó Raúl—. Como no podía reconocer que yo era el padre del bebé, tuve que recurrir a algunos engaños para presentarme.

Digby lamentó que su cliente se hubiese dejado ver por Polly; pero Raúl Zaforteza era un hombre muy complejo: así como era un enemigo temible en los negocios y muchas mujeres sufrían por lo distante que se mostraba con ellas, también tenía gestos muy generosos, unos pocos amigos muy fieles y era capaz de los sentimientos más profundos.

—Me alojé en una casa cerca de donde ella vivía y me aseguré de que nuestros caminos se cruzaran, sin revelar mi identidad. Durante los siguientes meses, la visité algún fin de semana que otro, poco tiempo, sólo para que pudiera hablar con alguien —Raúl se detuvo y se encogió de hombro; se notaba que estaba tenso.

-¿y?

—¡Y nada! —se giró y lo miró con sus ojos oscuros y penetrantes—. La traté como si fuera mi hermana pequeña. Era una amiga, nada más.

Digby prefirió no comentar que, siendo Raúl hijo único, no podía saber cómo se trataba a una hermana pequeña. Él sí que tenía tres hermanas pequeñas... y a las tres se les encendían los ojos con sólo oír el nombre de Raúl. De hecho, la última vez que lo había invitado a cenar, había sido muy violento ver cómo se habían arreglado las tres, seductoramente, para captar su atención. Hasta su esposa había dicho que era una tentación para cualquier mujer.

Se imaginó a aquella joven ingenua, abatida tras la muerte de su madre, embarazada... ¿cómo habría encajado la irrupción de un hombre tan carismático, rico y seguro de sí mismo como Raúl?

—¿Cuándo desapareció? —le preguntó.

— Hace tres meses, de repente... Soledad había salido a comprar y la dejó sola... ¿Puedes creerte que no he vuelto a dormir bien desde entonces? Estoy tan preocupado que...

—Supongo que cabe la posibilidad de que haya interrumpido el embarazo —sugirió el abogado.

—¡Digby! — Raúl lo miró con reproche—. ¡Polly nunca abortaría! Es muy delicada, muy femenina, cariñosa.., ella nunca elegiría esa opción—afirmo.

—Bueno... Me preguntabas por tus derechos —Digby respiró profundo por lo que se avecinaba—. Me temo que los padres no casados no tienen ningún derecho según las leyes británicas.

— ¡No es posible! —exclamó Raúl con incredulidad.

—Y aunque lo tuvieras, no podrías aducir que la chica no sería buena madre; después de todo, fuiste tú quien la escogió — señaló Digby —. Has arrastrado a una joven respetable a convertirse en madre de alquiler mientras ella intentaba salvar la vida de su madre. No creo que ningún jurado te mirase con buenos ojos.

— ¡ Pero lo ha firmado! — explotó Raúl—. Lo único que quiero es traer a mi hijo a Venezuela. ¡ No pretendo llevar esto a juicio! Tiene que haber alguna otra manera de...

— Cásate con ella.

Raúl lo miró con disgusto.

— Si eso era una broma, Digby, ha sido de muy mal gusto.

Henry corrió una silla para que Polly se sentara a cenar. La madre de Henry, Janice Grey, frunció el ceño al ver la sombra que apagaba los azules ojos de Polly, embarazada de ocho meses y con aspecto enfermizo.

— Deberías descansar a estas alturas del embarazo —le dijo—. Si te casaras con Henry, podrías dejar de trabajar y tomarte las cosas con calma mientras él te ayuda a solucionar las cosas del testamento de tu madrastra.

—Es lo mejor —afirmó Henry—. Debes tener cuidado o algún buitre sacará tajada de la parte de la herencia que te corresponde.

—No quiero casarme con nadie —dijo Polly, cuyas delicadas facciones se habían endurecido en los últimos tiempos. Luego miró sin apetito la cena que tenía frente a sí. Se había equivocado alojándose en casa de Janice; ¿pero cómo podía haber sospechado que la fiel asistenta de su difunta madre había tenido un motivo ulterior para ofrecerle que se hospedase con ella?

Janice y su hijo conocían las extrañas condiciones del testamento de Nancy Leeward. Sabían que Polly heredaría un millón de libras si se casaba en el plazo de un año y no se divorciaba en seis meses. Y Janice estaba decidida a casarla con su hijo.

Por otra parte, quizá fuera un intercambio justo, pensaba Polly, la cual daría a luz a un niño en poco tiempo y no podría reclamar el dinero de su madrina mientras permaneciese soltera.

—Los niños pequeños son muy exigentes —le dijo Janice, después de que Henry abandonara la sala—. Te aseguro que no es sencillo criarlos.

—Ya lo sé —contestó Polly, sonriendo de ternura al pensar en el niño que llevaba dentro.

— Sólo intento avisarte, Polly. Sé que no estás enamorada de Henry, ¿pero cuándo te has enamorado tú de alguien?

—Nunca —concedió Polly a regañadientes.

— No me gusta fisgar, pero es evidente que el padre de tu niño se largó en cuanto te quedaste embarazada —dijo Janice—. Mi hijo nunca sería tan irresponsable.. Y la gente no se casa sólo por amor. La gente se casa por un millón de razones: por seguridad, compañía, por tener un hogar bonito... —insistió.

—Me temo que yo quiero algo más —respondió Polly mientras se ponía de pie—. Voy a acostarme un rato antes de ir a trabajar.

Después de subir las escaleras, se recostó sobre la cama de su habitación: ¡jamás se casaría con Henry para conseguir la herencia de su madrina!

Y, sin embargo, era la falta de dinero lo que la había llevado a esa situación. Su difunto padre siempre había dicho que el dinero era el origen de todos los males y, a juzgar por su alocada decisión de alquilarse como madre para conseguirlo, debía darle la razón.

¿Cómo había pensado que podría desprenderse de su bebé después de darle a luz? ¿Cómo podía haber firmado que renunciaba a todos sus derechos y que estaba de acuerdo en no volver a verlo nunca más? Había sido una estúpida inmadura, y se había visto obligada a huir, consciente de que la perseguirían y de que, lo más probable, acabarían encontrándola...

La amenaza constante de que la descubriesen le ponía la carne de gallina. Se sentía como una delincuente, consciente de que había firmado un contrato por el que ella debía entregar al bebé a cambio del dineral que había recibido para poder financiar la operación de su madre.

A veces la despertaban pesadillas en las que la extraditaban a Estados Unidos, la llevaban a juicio y le quitaban a su hijo para dárselo a un padre rico y sin escrúpulos, venezolano. Y cuando no tenía pesadillas, le costaba conciliar el sueño, entre otras cosas, porque el estado de su embarazo le impedía acostarse con comodidad.

Para colmo, en los momentos de mayor debilidad, veía a Raúl Zaforteza, un hombre peligroso del que se había enamorado rendida e inútilmente, por primera vez en la vida. Desde que lo había conocido, había contado los días transcurridos hasta volver a encontrarse con él. ¡Y pensar que había tratado de ocultarle su embarazo!, ¡cómo si Raúl no lo hubiera sabido desde el principio!

Una hora después, Polly se marchó a trabajar. Era una tarde de verano fría y lluviosa. Decidió andar para ahorrarse el autobús. Tenía que ahorrar para cuando no pudiese ir al supermercado en el que estaba empleada.

— Pareces muy cansada, Polly — le dijo su superiora mientras la joven se quitaba el abrigo—. Espero que tu médico sepa lo que se hace cuando dice que puedes seguir trabajando —añadió, para retirarse acto seguido.

Polly recordó que hacía dos meses que no iba al médico, y que ya entonces le había recomendado que guardara reposo. ¿Pero cómo iba a descansar?

Vivía, en definitiva, en un estado de agotamiento continuo, le dolía la espalda, tenía hinchados los tobillos y, si se sobrepasaba, le entraban jaquecas y mareos.

Al finalizar su turno, Polly se alegró de veras de librar al día siguiente. Salió del mercado. La lluvia había cesado y las farolas se reflejaban en los charcos de las calles húmedas.

Polly no se molestó en intentar cerrarse el abrigo, por cansancio y por ser inútil tratar de proteger su vientre abultado. Se consoló pensando que pronto podría sujetar al bebé en sus brazos.

Sumida en estos pensamientos, no advirtió la presencia de un obstáculo en su camino. Sólo en el último momento, cuando ya casi había chocado contra un hombre alto e imponente, intentó esquivarlo.

Perdió el equilibrio en el movimiento y, justo cuando iba a gritar, un par de brazos la agarraron con firmeza y le hicieron recobrar la estabilidad. Entonces, con el corazón acelerado, se atrevió a mirar al hombre de corbata gris que la había rescatado.

Raúl Zaforteza la contempló con una expresión atractiva e impávida al mismo tiempo.

Polly se estremeció, abrió y cerró la boca sin pronunciar palabra y encajó con pánico la mirada brillante de aquella fiera que la tenía entre sus garras.

—No hay un sólo lugar en todo el mundo donde puedas esconderte de mí —le dijo Raúl con calma, como sentencia definitiva—. La búsqueda ha terminado.

# Capítulo 2

-¡Déjame! —le pidió Polly, nerviosa como una presa enjaulada, sudando de nerviosismo.

—¿Cómo voy a dejarte? Estás embarazada de mi hijo. ¿Qué clase de hombre haría algo así? —replicó Raúl. Un dolor intenso atravesó las sienes de Polly y, a la vez, experimentó un deseo súbito de vomitar—. ¿Qué te pasa? — se interesó, mientras Polly se esforzaba por no

dar salida a sus arcadas.

Un segundo después, Raúl la levantó en brazos y echó a andar.

—¡Bájame! —reclamó Polly, que no había imaginado de esa manera su primer contacto físico con Raúl.

Éste no le hizo caso y avanzó hasta la limusina que esperaba aparcada en la esquina de la calle. El chófer salió corriendo y abrió la puerta trasera. Raúl la depositó sobre el asiento, pero Polly sacó la cabeza para vomitar en el coche, tras lo cual se dejó caer en el asiento y se limpió la boca con un pañuelo.

Luego, tumbada hacia atrás, le resultó divertido pensar que en los treinta y un años de Raúl Zaforteza, jamás habría asistido a un acto tan desagradable. Lo odió por verla en ese estado de salud tan precaria..

— ¿Tienes fuerza para incorporarte? — le preguntó él.

Mientras Polly se ponía firme, Raul le tendió una mano para que se apoyara y, sin quererlo, la joven aspiró la fragancia masculina del hombre.

—Así que por fin me has encontrado —musitó Polly, sin atreverse a mirarlo.

— Sólo era cuestión de tiempo. Primero fui a la casa en la que estabas alojada. Janice Grey no me dio ninguna pista, pero, por suerte, ya sabía dónde trabajabas —contestó Raúl.

Polly sentía la tensión que flotaba en el ambiente, la energía que emanaba del poderoso cuerpo de Raúl... La había encontrado. Ella había hecho todo lo posible porque no la localizaran: se había cambiado de piso, había mentido a sus amigos para que nadie consiguiera su dirección ni su teléfono... todo en balde.

—¡Qué te pasa? —le preguntó Raúl, al verla cerrar los ojos con una mueca de dolor en el rostro.

—Me duele la cabeza —contestó, obligándose abrir los ojos de nuevo.

Raúl estaba escrutando su vientre, fascinado, intensamente, mientras Polly lo estudiaba a él, con un dardo venenoso clavado en el corazón. Su cabello, negro como la noche, sus cejas tupidas, su nariz recta y arrogante, sus pómulos marcados, la perfección de su boca... todo en Raúl era sensualidad, encanto viril, atractivo; y, sin embargo, sólo la más audaz de las mujeres se atrevería a aproximarse a ese hombre de actitud inflexible.

El bebé dio una patadita y Polly se estremeció y se sorprendió viendo a Raúl hacer ademán de palparle el estomágo , con una expresión suave que disipaba la tensión de su gesto.

—¿Te importa que sienta cómo se mueve mi hijo? —le preguntó.

— ¡No te atrevas a tocarme! — espetó ella, aterrada.

—Quizá tengas razón. Quizá no sea buena idea—aceptó Raúl con los ojos encendidos, dignos de una fiera en retirada. Nunca la había mirado de esa forma en Vermont, pero Polly había intuido la pasión salvaje y contenida de su temperamento. La fascinaba el contraste entre sus modales y forma de hablar civilizados y el interior fogoso y primitivo que ocultaba.

— Llévame a casa — murmuró Polly —. Mañana hablaremos.

Raúl se dirigió al conductor en español y Polly recordó que también a Soledad le había hablado en español. Recordó la intranquilidad de aquella asistenta cuando él estaba delante. No había podido soportar la situación en la que Raúl le había puesto y había dejado sola a Polly a propósito, para que ésta pudiera fugarse.

La limusina dio un acelerón que la arrancó de vuelta al presente. Mientras Raúl hablaba por el teléfono del coche, ella lo miraba con disimulo, se fijaba en la anchura de sus hombros, ceñidos a un traje gris, en su pecho fornido, sus largas y musculadas piernas...

—Yo no podré tocarte, pero tu forma de mirarme invita a lo contrario —comentó Raúl, tras finalizar su llamada—. ¡Podría comerte para desayunar, pequeña!

Polly cerró los ojos, asombrada por la prepotencia con que le había hablado Raúl. Se acordó entonces de las atenciones de que la había colmado en Vermont, de su ternura, su simpatía, sus risas, y todo se había debido, en última instancia, al bienestar del bebé, sin interés personal alguno por ella. Ella no existía para Raúl, aparte de como madre de alquiler a la que había que mantener tranquila, satisfecha y saludable.

—Tienes un aspecto espantoso — le dijo él entonces—. Has perdido mucho peso y ya estabas delgada al principio. Tienes los tobillos hinchados...

— ¡No te quedarás con mi hijo! —lo interrumpió Polly, a la que no le importaba en absoluto su facha en esos momentos. ¿Acaso había despertado el interés de Raúl en

Vermont, cuando había estado diez veces más guapa?—. ¡ Nunca! — añadió con vehemencia.
—Tranquilízate —le ordenó Raúl—. No te conviene ponerte nerviosa en tu estado.
— ¡Es lo único que te importa!, ¿ verdad? —gritó dolida.
—Pues claro —confirmó Raúl sin vacilar. Un nuevo latigazo azotó la cabeza de Polly. Cerró los ojos y, de pronto, notó estupefacta un paño helado sobre su frente palpitante.
—Te voy a cuidar muy bien. Necesitas que te atiendan. Mírate: pareces un cadáver — le reprochó Raúl—. Quería regañarte por haber huido, pero ¿cómo voy a hacerlo cuando estás tan débil?
Polly abrió los ojos y miró frustrada a aquel hombre implacable, capaz de gestos compasivos como el del paño helado al mismo tiempo. La sublevaba que fuese amable con ella.
— ¡ Gracias a ti ya sé lo que es «odiar»! — susurró ella, con aversión y ferocidad.
—Entre tú y yo no hay nada aparte de mi bebé. Nada más —enfatizó Raúl—. Y no hablaremos hasta que te recuperes y recuerdes el contrato que firmamos.
Polly sintió que un cohete de odio le reventaba en las venas. Necesitaba odiarlo. Era el único modo de defenderse del daño que Raúl podía hacerle.
—Eres un cerdo, un gusano, un maldito mentiroso... — lo insultó, justo en el instante en que la limusina se detuvo frente a un edificio moderno—. ¿Dónde estamos? —preguntó recelosa.
Una enfermera uniformada apareció empujando una silla de ruedas.
Raúl salió del coche en silencio, se despidió del chófer y abrió él mismo la puerta de Polly.
— Necesitas atención médica.
— ¡No me vas a encerrar en un manicomio! —gritó histérica.
— Cálmate, chica. Yo nunca le haría daño a la madre de mi hijo. ¡Y no te atrevas a montar un número cuando lo único que hago es preocuparme por tu salud! —la advirtió en un tono que mordía, mientras la sacaba de la limusina sin esfuerzo, como si pesara menos que una pluma.
—La silla de ruedas, señor —ofreció la enfermera.
—No pesa nada. Yo la llevo —prefirió Raúl, el cual levantó a Polly con la preocupación de quien transporta un paquete frágil... por miedo a que su futuro hijo sufriera algún daño. La debilidad de Polly la obligó a reposar la cabeza sobre el hombro de Raúl.
—Te odio —murmuró de todas formas. Y lo habría repetido con su último aliento de vida.
—Tú no eres capaz de odiar —replicó Raúl mientras un hombre con atuendo blanco se acercaba a ellos.
Raúl le dirigió unas palabras en español, el médico miró a Polly y luego la condujo a una sala de consultas situada en la planta baja.
—¡Es que aquí no habla nadie inglés? ¡Estamos en Londres! — protestó ella.
—Lo siento Rodney Bevan trabaja en un hospital mío de Venezuela desde hace años y estoy acostumbrado a hablarle en español — contestó Raúl mientras la colocaba sobre un sofá mullido.
—Márchate —le pidió Polly.
Pero Raúl permaneció allí. El médico, en cambio, le aconsejó que abandonara la consulta y, a petición de Rodney, obedeció.
—¿Qué le has dicho? —preguntó Polly.
— Que la estrella aquí eres tú; no él — contestó el médico, sonriente, mientras la enfermera le tomaba la presión arterial. ¿Por que la miraban con tanta seriedad?, ¿ pasaba algo con su tensión?—. Necesitas relajarte, Polly. Quiero darte un sedante y luego hacerte unas pruebas. ¿Te parece bien? —añadió.
—No. Quiero irme a casa —objetó ella, como una niña pequeña; se negaba a confiar en alguien que se llevaba bien con Raúl.
— Polly, haz el favor de dejar que los médicos hagan su trabajo — irrumpió la voz imperiosa de Raúl, de nuevo en la consulta.
—No puedo fiarme de ellos... ¡son amigos tuyos! — contestó ella, ligeramente mareada.
Raúl se quedó pálido y apretó la mandíbula con fuerza. Le agarró la mano y la miró con ojos destelleantes:
—Tienes que hacer caso a Rodney. Es un ginecólogo muy bueno.

—Es amigo tuyo.
— Sí, pero... ¡ pero también es médico! —insistió Raúl.
—No quiero que me anestesien y despertarme en Venezuela... ¿Crees que no sé de lo que eres capaz cuando estás enfadado? —se resistió Polly..
— ¡ Yo nunca he infringido la ley!
—Pero lo harías por conseguir este bebé.
La consulta se quedó en silencio. Raúl la miró y trató de contener su ira.
—No estás bien, Polly. Aunque decidas no confiar en nosotros, piensa en las necesidades del bebé y anteponlas a tus temores — trató de persuadirla Raúl.
Polly se rindió, asintió con la cabeza, vencida, y poco después sintió un pinchazo en un brazo, que la hizo flotar... y olvidar la mirada de reproche que había visto en los ojos de Raúl.
Mientras perdía la consciencia como un nadador que se está ahogando, vio pasar su vida a cámara rápida.
Su recuerdo más antiguo se remontaba a una riña en la que su padre le gritaba a su madre y ésta terminaba llorando. Poco después de aquel enfrentamiento, habían mandado a Polly junto a su madrina, Nancy Leeward, quien le había explicado que su madre había hecho una cosa muy tonta: escaparse con otro hombre. Sus padres se estaban divorciando, pero, con suerte, los dos la visitarían con frecuencia.
Pero Leah, su madre, no había vuelto a dar señales de vida. Y había tenido que esperar hasta cumplir los veinte años para descubrir, tras hacer ordenar los objetos personales de su padre, pocos días después del funeral de éste, las numerosas cartas en que la madre le había suplicado al padre poder ver a Polly.

Leah se había ido a Nueva York, donde había acabado casándose con su amante. Había volado a Inglaterra cinco o seis veces, haciendo un gran esfuerzo económico, a fin de reunirse con su hija; pero el resentimiento de su ex marido había impedido tales reencuentros. Hasta la había metido en un colegio interno, para que Leah no supiese dónde estaba. Polly se había quedado destrozada al conocer la verdad, pero también muy satisfecha al comprobar que su madre nunca había dejado de quererla.

Sólo entonces, muerto el padre, se habían visto de nuevo, en Nueva York, un año después del fallecimiento del segundo marido de Leah, débil, avejentada y con problemas cardiacos. Su seguro sanitario no cubría las atenciones que necesitaba y solo una operación muy cara podía salvarle la vida, en opinión del médico que la trataba.
Demasiadas desgracias en poco tiempo, pensó Polly mientras despertaba de su ensimismamiento.
Entonces vio a Raúl, paseando por los bosques de Vermont junto a ella, para alejarla de la compañía amable pero formal de Soledad y dejarla desahogar su tristesa por la muerte de su madre. Había irrumpido en su vida como por arte de magia y la había hechizado con sus ojos ambarinos.., y aquella primera sonrisa arrebatadora.

Polly despertó a la mañana siguiente, embutida en un horrendo camisón de hospital. Tenía una habitación con baño privado para ella. Ya no le dolía la cabeza, pero seguía cansada y aletargada.
Agité una campanilla y la enfermera acudió al instante para ayudarla a refrescarse y contestar a sus preguntas ansiosas. Tras consultar el informe médico, le dijo que iba a tener que guardar reposo absoluto; en seguida le servirían el desayuno y, a la hora de la comida, la vería el doctor Bevan.
Raúl llegó un par de horas después. Colocó una maleta en el suelo y Polly la reconoció, pues se trataba de la suya. Estaba abarrotada y lo más probable era que contuviese todas las pertenencias que hubieran encontrado en casa de Janice. Luego, a solas, una enfermera la ayudó a cambiarse y a ponerse uno de sus propios camisones. Después, Polly sacó un sobre que había entre el revoltijo de la maleta. Había llegado el momento de encarar a Raúl.
Eran las doce del mediodía y, por primera vez en muchas semanas, su cara no estaba pálida. Se mesó el pelo y llamó con la campanilla para solicitar la presencia de Raúl.
El cual apareció con un traje beige que le sentaba sensacionalmente. Irradiaba seguridad. Polly se avergonzó de la respuesta que su cuerpo ardiente experimentó al ver a aquel

hombre manipulador...que la contemplaba impasivo, frío como un robot.
—Tienes mejor aspecto —observó Raúl.
—Me encuentro mejor —reconoció Polly—. Pero no puedo quedarme aquí.
—Claro que puedes. ¿Dónde te iban a cuidar mejor?
—Tengo que explicarte una cosa.
—¿Qué es eso? —preguntó Raúl al ver el sobre que acababa de sacar Polly.
—No te preocupes, no es ninguna prueba definitiva del contrato engañoso que me hiciste firmar. Tus abogados se quedaron con los originales; pero hice unas fotocopias...
—¡Quieres dejarte de rodeos y explicarme de qué estás hablando? —la interrumpió con impaciencia—. ¡Y no digas que te engañamos! Yo nunca te mentí.
—Ya —dijo Polly con ironía—. Fuisteis muy ingeniosos haciéndome creer que me permitíais ver información confidencial.
— Explícate.
—¿Cómo puedes mirarme a la cara y hacer como si no supieses nada? Cuando me pidieron que firmara el contrato, dije que no lo haría hasta no conocer a la pareja que me quería contratar como madre de alquiler —arrancó Polly—. Tu abogado contestó que eso era imposible; que sus clientes exigían permanecer en completo anonimato... así que me marché. Dos días después me llamó otro de tus abogados y quedamos en un café. Dijo que comprendía mi preocupación y que, aunque arriesgaba su trabajo, me permitía echar un vistazo a unos documentos confidenciales.
—¿Qué documentos? —quiso saber Raúl.
—Me entregó un perfil de la supuesta pareja que iba a adoptar a mi hijo. No había nombres ni nada que pudiera identificarlos... — respondió con voz trémula—. Y quedé conmovida por lo que leí, por sus declaraciones, por su deseo de formar una familia. Me pareció un matrimonio fabuloso.., y ella no lograba quedarse embarazada...
— ¡ Dios! —bufó Raúl mientras miraba la desconsolada expresión de Polly.
—Me encariñé de esa pareja, pensé que serían unos padres cariñosos... —prosiguió Polly entre sollozos, condenando a Raúl con la mirada—. ¿Cómo has podido ser tan ruin?
Raúl la miró aparentando tranquilidad, como si tuviera un corazón de piedra, y Polly continuó después de aclararse la garganta:
—Le pedí a tu abogado que me diera una hora para leer el perfil con detenimiento y lo fotocopié sin que se enterase. Luego, por la tarde, firmé el contrato. Pensaba que estaba haciendo algo bueno; que haría feliz a una pareja... ¡fui una estúpida!
Raúl salió de su estado de estupor. Agarró las fotocopias, las agitó con violencia, se acercó a la ventana y trató de aliviar la tensión con la brisa que se colaba desde el exterior.
Polly se hundió en la almohada y procuro contener las lágrimas que seguían brotándole de los ojos.
— Yo no participé en esta infamia — afirmó Raúl, eternos segundos más tarde, luchando por reprimir la cólera que asomaba a sus ojos—. Nunca supe que quisiste información sobre los padres, ni tu negativa inicial a firmar el contrato —añadió.
—¿Cómo quieres que crea nada de lo que dices?
—Porque los culpables pagarán por lo que han hecho —respondió Raúl, iracundo—. En ningún momento di instrucciones para alimentar engaño semejante. No necesitaba mentir y manipular a nadie; había otras candidatas menos curiosas...
—¿De veras? —preguntó Polly.
Raúl estaba asombrado y furioso. Las fotocopias le temblaban en las manos. Daba la impresión de estar hablando con sinceridad.
—Ahora entiendo por qué no confías en mí. No es sólo porque no te revelara mi identidad cuando nos conocimos en Vermont.
Fue un recordatorio desafortunado. La mera mención de esa mascarada hizo que Polly experimentase un amargo resentimiento.
—Jamás le habría entregado mi hijo a un padre soltero —respondió enojada—. Y cuando descubrí quién eras en realidad, me quedé desolada...
—¿Desolada? —repitió Raúl—. ¡No exageres, por favor!
—No exagero. Nunca pondría un bebé inocente e indefenso en manos de un hombre de tu reputación.
—¿Qué le pasa a mi reputación? —preguntó Raúl, confundido.

—No hay semana que no aparezcas en la prensa rosa, siempre del brazo de distintas mujeres —contestó Polly.
Raúl comprendió que su estilo de vida no era de lo más respetable.
—No tienes ningún derecho a juzgarme —bramó de todos modos—. Y por mucho que lamente que te engañaran, eso no cambia la situación actual: ¡estás embarazada de mi hijo!.
—También es mío —repuso ella.
—¿Qué pretendes?, ¿ qué lo partamos en dos mitades iguales? ¡Pienso luchar hasta el final para impedir que ese hombrecito repugnante eduque a mi hijo! —advirtió.
—¿De qué hombrecito hablas? —Polly parpadeó.
—Henry Grey me anunció que estáis prometidos —espeté Raúl—. Y aunque creas que eso no me incumbe, ¡cualquier cosa que afecte a mi hijo me afecta a mí también!
Polly se quedó asombrada al oír aquello; mientras, Raúl daba vueltas a la habitación.
—Debes marcharte, Raúl —dijo una voz firme.
—¿ Marcharme? — repitió él, asombrado
—Las visitas violentas no son bienvenidas —replicó Rodney sin miedo.

Se había puesto un vestido de un azul tan intenso como sus ojos. Polly miró hacia el sol mientras se bronceaba sobre una hamaca situada en el jardín del hospital en el que la atendían. Ni siquiera la desagradable visita de Henry impidió que Polly no disfrutase de aquel día tan veraniego.
— ¡La gente pensará que lo estás pasando bien!
—le reprochó Henry.
—Es un lugar muy relajante.
Habían transcurrido tres días sin ver a Henry ni a su madre y Polly notaba el peso que había supuesto tan mala compañía. Ahora que Raúl la había descubierto, ya no los necesitaba para esconderse y no tendría que soportar sus presiones para que se casase con Henry.
— Mi madre piensa que deberías volver a casa
—insistió éste.
— Todavía tienes que explicarme por qué le dijiste a Raúl que estábamos prometidos.
—Está claro: pensé que así se marcharía y nos dejaría tranquilos. ¿Para qué aparece de pronto? Sólo va a complicarte la vida.
Pero Polly sabía que no era a ella a quien buscaba Raúl, sino al bebé. Debía reconocer que estaba en un buen lío, eso sí. No había vuelta atrás, posibilidad de rectificar: ese niño era también de Raúl... y siempre lo sería.
—Te agradezco que hayas venido a visitarme, Henry —murmuró por fin— . Y dile a tu madre que es muy amable, pero no volveré con vosotros.
—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó Henry, colorado.
—Que no me voy a casar contigo, lo siento.
—Ya te vendré a ver más adelante, cuando te encuentres mejor.
Luego, después de que Henry se hubo marchado, Polly se dio cuenta de que hacía semanas que no se sentía tan bien, con tiempo para descansar y pensar.
Justo cuando se incorporaba, Raúl apareció por un extremo del jardín. Miró a los otros pacientes del hospital. Polly estaba tras unos setos y procuró no llamar su atención.
Llevaba un traje gris, moderno, y su pelo brillaba negro bajo la luz del sol. Irradiaba tal sexualidad por cada uno de sus poros, que a Polly se le aceleró el corazón.
Pero, de repente, se sintió extraña cerca de él. ¿Cómo podía haber llegado a imaginar que ese hombre podía haberse interesado en ella? ¡Qué ciega había estado en Vermont! Raúl nunca había intentado besarla; ni siquiera le había pedido salir. Al principio, se había sentido nerviosa en su compañía, pero sus exquisitos modales y sus halagadoras muestras de interés la habían hecho concebir esperanzas...
No comprendía cómo había podido ilusionarse con un hombre declaradamente mujeriego. Polly se sintió una ingenua al recordar aquellos pensamientos sobre un posible compromiso con Raúl.
—¿Qué haces fuera de la cama? —le preguntó éste cuando por fin la localizó—. Ahora mismo te llevo a tu habitación.
—Tengo permiso para salir a tomar el aire —lo informó Polly.

—Vamos dentro —decreté Raúl—. Aquí no podemos hablar de negocios.
—¿Cómo que negocios? —dijo ella mientras se ponía de pie—. ¡Mi hijo no es ninguna mercancía!
—¿Crees que yo no pienso igual? —replicó Raúl.
No pudo evitar fijarse en él mientras subían en el ascensor. Estaba frente a ella, indiferente a las miradas apreciativas de dos enfermeras. Cuando Raúl posó sus ojos sobre Polly, ésta sintió brasas en las mejillas... mientras se preguntaba por qué un hombre tan atractivo, de tan sólo treinta y un años, necesitaba contratar a una madre de alquiler. ¿Por qué no se había casado o tenido un hijo con alguna de las mujeres con que se relacionaba?
— Sé que sigues enfadada conmigo por lo de Vermont —dijo Raúl después de que Polly se hubiera sentado en el sofá de su propia habitación—. Creo que deberíamos superar eso... está entorpeciendo otras cuestiones de mayor importancia.
—Por supuesto que sigo enfadada; pero no creo que tenga sentido hablar al respecto. Forma parte del pasado.
Raúl paseó hasta la ventana y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, que se ceñía a sus muslos largos y musculados. Polly se fijó en la notoria virilidad de Raúl y se puso roja como un tomate.
Era tan extraño.., tan raro estar embarazada de un hombre con el que no se había acostado ni intimado lo más mínimo...
— Si te soy sincero, quise conocerte y hablar contigo desde el principio —aseguré Raúl, interrumpiendo los calenturientos pensamientos de ella.
—¿Por qué?
— Sabía que mi hijo me preguntaría cómo era su madre —respondió Raúl. Polly sintió aversión por aquel hombre tan calculador y práctico—. Sabía que estabas muy triste tras la muerte de tu madre, necesitabas ayuda... Si no hubieras descubierto que yo era el padre del bebé, no te habrías enfadado tanto... Y ahora, creo que ya es hora de que me digas cómo lo descubriste.
—Te delataste con tu comportamiento —contestó Polly después de tragar saliva —. Me hizo sospechar. Lo supuse —mintió para proteger a Soledad.
— ¡Mentira! Soledad te lo dijo, ¿verdad? — adivinó Raúl—, Un descuido imperdonable por mi parte. Era lógico: dos mujeres juntas varias semanas... Os hicisteis amigas y...
— Soledad no te habría traicionado nunca si no hubieses irrumpido en mi vida sin reconocer quién eras en realidad —lo interrumpió Polly— . No podía soportar que la obligases a fingir que no te conocía.
—Me doy cuenta de mi error —admitió Raúl—. Nunca debí arriesgarme tanto y comprometer mi honor.
Polly no podía creerse que Raúl hubiese reconocido que se había equivocado. ¿Cómo podía ser tan razonable, mantenerse tan sereno? Tenía ganas de arrancarle la piel a tiras.
—Y ahora que ya sabes cómo me enteré, ¿vas a echar a Soledad? — quiso saber Polly.
—Su familia sigue trabajando a mi servicio; pero ella se ha ido a Caracas a cuidar de un nieto —respondió.
Una enfermera entró entonces en la habitación con la merienda—. ¿Estás a gusto aquí?
— le pregunté Raúl a Polly, sentado en una silla frente a ella, después de que la enfermera se fuese.
— Mucho.
— Pero imagino que te costará ocupar las horas vacías. Te traeré un vídeo, algunas películas, libros... —propuso Raúl—. Debería habérseme ocurrido antes.
— No me agrada pensar en el dineral que te está costando mi estancia aquí — dijo Polly —. Sobre todo, teniendo en cuenta que no voy a cumplir con nuestro contrato.
— Necesitas tiempo para reconsiderar esa decisión —repuso Raúl con ansiedad—. No quiero presionarte.
—El mero hecho de estar contigo en la misma habitación me presiona — replicó Polly —. Y saber que estás pagando por mí lo empeora todo.
— Pase lo que pase, sigo siendo el padre de tu bebé. Y eso te convierte en responsabilidad mía.
—No me trates como a una niña. Sé cuidar de mí misma; ya estoy harta de que la gente me diga que no sé lo que quiero —afirmó Polly, alzando la barbilla desafiantemente—. He

madurado mucho en estos últimos meses.
—Sé que en menos de un año has perdido a las tres personas que más querías en el mundo: tu padre, tu madre y tu madrina. Eso puede afectar a tu manera de enfocar el futuro. Sólo quiero ofrecerte otra perspectiva —dijo Raúl. Luego bebió el café que le habían servido de un sorbo, dejó la taza y se puso de pie. Se fijó en la boca de Polly y ésta sintió una corriente eléctrica por el cuerpo mientras él abría la ventana con total serenidad—. Hace calor... Como te decía, quiero ofrecerte otra perspectiva... No creo que de veras quieras casarte con ese idiota de Henry Grey...
—¿Tú qué sabes?
— Sé que sólo lo hace por codicia — afirmó con violencia—. Jamás se fijaría en una mujer embarazada de otro hombre si no tuviese una herencia suculenta.
—Así que has descubierto lo del testamento de mi madrina.
—En efecto —afirmó Raúl—. Y te informo de que no tienes obligación de casarte con Henry para heredar ese dinero. Sólo tienes veintiún años, toda la vida por delante. ¿Por qué vas a arruinártela con Henry? Es un hombre aburrido y pomposo. Estoy dispuesto a darte tu millón de libras para que lo rechaces — anuncié.
—¿Có... cómo dices? —balbuceó atónita.
—Ya lo has oído. Olvídate del testamento, y del bebé también de momento; no tienes más que abandonar a ese perdedor.
—¿Cómo eres capaz de pretender sobornarme?— exclamó enfurecida.
— ¿Acaso prefieres casarte con Henry a ser rica y seguir soltera?
— ¡No te soporto! —grité Polly, al tiempo que le arrojaba el contenido de un vaso de agua—. ¡Yo no estoy en venta, entérate!
Raúl se quedó de pie, incrédulo, goteando agua. Luego se mesó el cabello y se dio media vuelta.
—Me marcho antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme —ladró, justo antes de despedirse, cerrando de un portazo.
Polly se quedó sola y se dio cuenta de que estaba temblando de miedo. Nunca se había enfrentado a un hombre con tanto genio.

Éste no le hizo caso y avanzó hasta la limusina que esperaba aparcada en la esquina de la calle. El chófer salió corriendo y abrió la puerta trasera. Raúl la depositó sobre el asiento, pero Polly sacó la cabeza para vomitar en el coche, tras lo cual se dejó caer en el asiento y se limpió la boca con un pañuelo.
Luego, tumbada hacia atrás, le resultó divertido pensar que en los treinta y un años de Raúl Zaforteza, jamás habría asistido a un acto tan desagradable. Lo odió por verla en ese estado de salud tan precaria..
— ¿Tienes fuerza para incorporarte? — le preguntó él.
Mientras Polly se ponía firme, Raul le tendió una mano para que se apoyara y, sin quererlo, la joven aspiró la fragancia masculina del hombre.
—Así que por fin me has encontrado —musitó Polly, sin atreverse a mirarlo.
— Sólo era cuestión de tiempo. Primero fui a la casa en la que estabas alojada. Janice Grey no me dio ninguna pista, pero, por suerte, ya sabía dónde trabajabas —contestó Raúl.
Polly sentía la tensión que flotaba en el ambiente, la energía que emanaba del poderoso cuerpo de Raúl... La había encontrado. Ella había hecho todo lo posible porque no la localizaran: se había cambiado de piso, había mentido a sus amigos para que nadie consiguiera su dirección ni su teléfono... todo en balde.
—¡Qué te pasa? —le preguntó Raúl, al verla cerrar los ojos con una mueca de dolor en el rostro.
—Me duele la cabeza —contestó, obligándose abrir los ojos de nuevo.
Raúl estaba escrutando su vientre, fascinado, intensamente, mientras Polly lo estudiaba a él, con un dardo venenoso clavado en el corazón. Su cabello, negro como la noche, sus cejas tupidas, su nariz recta y arrogante, sus pómulos marcados, la perfección de su boca... todo en Raúl era sensualidad, encanto viril, atractivo; y, sin embargo, sólo la más audaz de las

mujeres se atrevería a aproximarse a ese hombre de actitud inflexible.
El bebé dio una patadita y Polly se estremeció y se sorprendió viendo a Raúl hacer ademán de palparle el estomágo , con una expresión suave que disipaba la tensión de su gesto.
—¿Te importa que sienta cómo se mueve mi hijo? —le preguntó.
— ¡No te atrevas a tocarme! — espetó ella, aterrada.
—Quizá tengas razón. Quizá no sea buena idea—aceptó Raúl con los ojos encendidos, dignos de una fiera en retirada. Nunca la había mirado de esa forma en Vermont, pero Polly había intuido la pasión salvaje y contenida de su temperamento. La fascinaba el contraste entre sus modales y forma de hablar civilizados y el interior fogoso y primitivo que ocultaba.
— Llévame a casa — murmuró Polly —. Mañana hablaremos.
Raúl se dirigió al conductor en español y Polly recordó que también a Soledad le había hablado en español. Recordó la intranquilidad de aquella asistenta cuando él estaba delante. No había podido soportar la situación en la que Raúl le había puesto y había dejado sola a Polly a propósito, para que ésta pudiera fugarse.
La limusina dio un acelerón que la arrancó de vuelta al presente. Mientras Raúl hablaba por el teléfono del coche, ella lo miraba con disimulo, se fijaba en la anchura de sus hombros, ceñidos a un traje gris, en su pecho fornido, sus largas y musculadas piernas...
—Yo no podré tocarte, pero tu forma de mirarme invita a lo contrario —comentó Raúl, tras finalizar su llamada—. ¡Podría comerte para desayunar, pequeña!
Polly cerró los ojos, asombrada por la prepotencia con que le había hablado Raúl. Se acordó entonces de las atenciones de que la había colmado en Vermont, de su ternura, su simpatía, sus risas, y todo se había debido, en última instancia, al bienestar del bebé, sin interés personal alguno por ella. Ella no existía para Raúl, aparte de como madre de alquiler a la que había que mantener tranquila, satisfecha y saludable.
—Tienes un aspecto espantoso — le dijo él entonces—. Has perdido mucho peso y ya estabas delgada al principio. Tienes los tobillos hinchados...
— ¡No te quedarás con mi hijo! —lo interrumpió Polly, a la que no le importaba en absoluto su facha en esos momentos. ¿Acaso había despertado el interés de Raúl en Vermont, cuando había estado diez veces más guapa?—. ¡ Nunca! — añadió con vehemencia.
—Tranquilízate —le ordenó Raúl—. No  te conviene ponerte nerviosa en tu estado.
— ¡Es lo único que te importa!, ¿ verdad? —gritó dolida.
—Pues claro —confirmó Raúl sin vacilar. Un nuevo latigazo azotó la cabeza de Polly. Cerró los ojos y, de pronto, notó estupefacta un paño helado sobre su frente palpitante.
—Te voy a cuidar muy bien. Necesitas que te atiendan. Mírate: pareces un cadáver — le reprochó Raúl—. Quería regañarte por haber huido, pero ¿cómo voy a hacerlo cuando estás tan débil?
Polly abrió los ojos y miró frustrada a aquel hombre implacable, capaz de gestos compasivos como el del paño helado al mismo tiempo. La sublevaba que fuese amable con ella.
— ¡ Gracias a ti ya sé lo que es «odiar»! — susurró ella, con aversión y ferocidad.
—Entre tú y yo no hay nada aparte de mi bebé. Nada más —enfatizó Raúl—. Y no hablaremos hasta que te recuperes y recuerdes el contrato que firmamos.
Polly sintió que un cohete de odio le reventaba en las venas. Necesitaba odiarlo. Era el único modo de defenderse del daño que Raúl podía hacerle.
—Eres un cerdo, un gusano, un maldito mentiroso... — lo insultó, justo en el instante en que la limusina se detuvo frente a un edificio moderno—. ¿Dónde estamos? —preguntó recelosa.
Una enfermera uniformada apareció empujando una silla de ruedas.
Raúl salió del coche en silencio, se despidió del chófer y abrió él mismo la puerta de Polly.
— Necesitas atención médica.
— ¡No me vas a encerrar en un manicomio! —gritó histérica.
— Cálmate, chica. Yo nunca le haría daño a la madre de mi hijo. ¡Y no te atrevas a montar un número cuando lo único que hago es preocuparme por tu salud! —la advirtió en un tono que mordía, mientras la sacaba de la limusina sin esfuerzo, como si pesara menos que una pluma.

—La silla de ruedas, señor —ofreció la enfermera.
—No pesa nada. Yo la llevo —prefirió Raúl, el cual levantó a Polly con la preocupación de quien transporta un paquete frágil... por miedo a que su futuro hijo sufriera algún daño. La debilidad de Polly la obligó a reposar la cabeza sobre el hombro de Raúl.
—Te odio —murmuró de todas formas. Y lo habría repetido con su último aliento de vida.
—Tú no eres capaz de odiar —replicó Raúl mientras un hombre con atuendo blanco se acercaba a ellos.
Raúl le dirigió unas palabras en español, el médico miró a Polly y luego la condujo a una sala de consultas situada en la planta baja.
—¡Es que aquí no habla nadie inglés? ¡Estamos en Londres! — protestó ella.
—Lo siento Rodney Bevan trabaja en un hospital mío de Venezuela desde hace años y estoy acostumbrado a hablarle en español — contestó Raúl mientras la colocaba sobre un sofá mullido.
—Márchate —le pidió Polly.
Pero Raúl permaneció allí. El médico, en cambio, le aconsejó que abandonara la consulta y, a petición de Rodney, obedeció.
—¿Qué le has dicho? —preguntó Polly.
— Que la estrella aquí eres tú; no él — contestó el médico, sonriente, mientras la enfermera le tomaba la presión arterial. ¿Por que la miraban con tanta seriedad?, ¿ pasaba algo con su tensión?—. Necesitas relajarte, Polly. Quiero darte un sedante y luego hacerte unas pruebas. ¿Te parece bien? —añadió.
—No. Quiero irme a casa —objetó ella, como una niña pequeña; se negaba a confiar en alguien que se llevaba bien con Raúl.
— Polly, haz el favor de dejar que los médicos hagan su trabajo — irrumpió la voz imperiosa de Raúl, de nuevo en la consulta.
—No puedo fiarme de ellos... ¡son amigos tuyos! — contestó ella, ligeramente mareada.
Raúl se quedó pálido y apretó la mandíbula con fuerza. Le agarró la mano y la miró con ojos destelleantes:
—Tienes que hacer caso a Rodney. Es un ginecólogo muy bueno.
—Es amigo tuyo.
— Sí, pero... ¡ pero también es médico! —insistió Raúl.
—No quiero que me anestesien y despertarme en Venezuela... ¿Crees que no sé de lo que eres capaz cuando estás enfadado? —se resistió Polly..
— ¡ Yo nunca he infringido la ley!
—Pero lo harías por conseguir este bebé.
La consulta se quedó en silencio. Raúl la miró y trató de contener su ira.
—No estás bien, Polly. Aunque decidas no confiar en nosotros, piensa en las necesidades del bebé y anteponlas a tus temores — trató de persuadirla Raúl.
Polly se rindió, asintió con la cabeza, vencida, y poco después sintió un pinchazo en un brazo, que la hizo flotar... y olvidar la mirada de reproche que había visto en los ojos de Raúl.
Mientras perdía la consciencia como un nadador que se está ahogando, vio pasar su vida a cámara rápida.
Su recuerdo más antiguo se remontaba a una riña en la que su padre le gritaba a su madre y ésta terminaba llorando. Poco después de aquel enfrentamiento, habían mandado a Polly junto a su madrina, Nancy Leeward, quien le había explicado que su madre había hecho una cosa muy tonta: escaparse con otro hombre. Sus padres se estaban divorciando, pero, con suerte, los dos la visitarían con frecuencia.
Pero Leah, su madre, no había vuelto a dar señales de vida. Y había tenido que esperar hasta cumplir los veinte años para descubrir, tras hacer ordenar los objetos personales de su padre, pocos días después del funeral de éste, las numerosas cartas en que la madre le había suplicado al padre poder ver a Polly.

Leah se había ido a Nueva York, donde había acabado casándose con su amante. Había volado a Inglaterra cinco o seis veces, haciendo un gran esfuerzo económico, a fin de reunirse con su hija; pero el resentimiento de su ex marido había impedido tales reencuentros. Hasta la había metido en un colegio interno, para que Leah no supiese dónde estaba. Polly se había quedado destrozada al conocer la verdad, pero también muy satisfecha al comprobar que su

madre nunca había dejado de quererla.

Sólo entonces, muerto el padre, se habían visto de nuevo, en Nueva York, un año después del fallecimiento del segundo marido de Leah, débil, avejentada y con problemas cardiacos. Su seguro sanitario no cubría las atenciones que necesitaba y solo una operación muy cara podía salvarle la vida, en opinión del médico que la trataba.

Demasiadas desgracias en poco tiempo, pensó Polly mientras despertaba de su ensimismamiento.

Entonces vio a Raúl, paseando por los bosques de Vermont junto a ella, para alejarla de la compañía amable pero formal de Soledad y dejarla desahogar su tristesa por la muerte de su madre. Había irrumpido en su vida como por arte de magia y la había hechizado con sus ojos ambarinos.., y aquella primera sonrisa arrebatadora.

Polly despertó a la mañana siguiente, embutida en un horrendo camisón de hospital. Tenía una habitación con baño privado para ella. Ya no le dolía la cabeza, pero seguía cansada y aletargada.

Agité una campanilla y la enfermera acudió al instante para ayudarla a refrescarse y contestar a sus preguntas ansiosas. Tras consultar el informe médico, le dijo que iba a tener que guardar reposo absoluto; en seguida le servirían el desayuno y, a la hora de la comida, la vería el doctor Bevan.

Raúl llegó un par de horas después. Colocó una maleta en el suelo y Polly la reconoció, pues se trataba de la suya. Estaba abarrotada y lo más probable era que contuviese todas las pertenencias que hubieran encontrado en casa de Janice. Luego, a solas, una enfermera la ayudó a cambiarse y a ponerse uno de sus propios camisones. Después, Polly sacó un sobre que había entre el revoltijo de la maleta. Había llegado el momento de encarar a Raúl.

Eran las doce del mediodía y, por primera vez en muchas semanas, su cara no estaba pálida. Se mesó el pelo y llamó con la campanilla para solicitar la presencia de Raúl.

El cual apareció con un traje beige que le sentaba sensacionalmente. Irradiaba seguridad. Polly se avergonzó de la respuesta que su cuerpo ardiente experimentó al ver a aquel hombre manipulador...que la contemplaba impasivo, frío como un robot.

—Tienes mejor aspecto —observó Raúl.

—Me encuentro mejor —reconoció Polly—. Pero no puedo quedarme aquí.

—Claro que puedes. ¿Dónde te iban a cuidar mejor?

—Tengo que explicarte una cosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Raúl al ver el sobre que acababa de sacar Polly.

—No te preocupes, no es ninguna prueba definitiva del contrato engañoso que me hiciste firmar. Tus abogados se quedaron con los originales; pero hice unas fotocopias...

—¡Quieres dejarte de rodeos y explicarme de qué estás hablando? —la interrumpió con impaciencia—. ¡Y no digas que te engañamos! Yo nunca te mentí.

—Ya —dijo Polly con ironía—. Fuisteis muy ingeniosos haciéndome creer que me permitíais ver información confidencial.

— Explícate.

—¿Cómo puedes mirarme a la cara y hacer como si no supieses nada? Cuando me pidieron que firmara el contrato, dije que no lo haría hasta no conocer a la pareja que me quería contratar como madre de alquiler —arrancó Polly—. Tu abogado contestó que eso era imposible; que sus clientes exigían permanecer en completo anonimato... así que me marché. Dos días después me llamó otro de tus abogados y quedamos en un café. Dijo que comprendía mi preocupación y que, aunque arriesgaba su trabajo, me permitía echar un vistazo a unos documentos confidenciales.

—¿Qué documentos? —quiso saber Raúl.

—Me entregó un perfil de la supuesta pareja que iba a adoptar a mi hijo. No había nombres ni nada que pudiera identificarlos... — respondió con voz trémula—. Y quedé conmovida por lo que leí, por sus declaraciones, por su deseo de formar una familia. Me pareció un matrimonio fabuloso.., y ella no lograba quedarse embarazada...

— ¡ Dios! —bufó Raúl mientras miraba la desconsolada expresión de Polly.

—Me encariñé de esa pareja, pensé que serían unos padres cariñosos... —prosiguió Polly entre sollozos, condenando a Raúl con la mirada—. ¿Cómo has podido ser tan ruin?

Raúl la miró aparentando tranquilidad, como si tuviera un corazón de piedra, y Polly continuó después de aclararse la garganta:
—Le pedí a tu abogado que me diera una hora para leer el perfil con detenimiento y lo fotocopié sin que se enterase. Luego, por la tarde, firmé el contrato. Pensaba que estaba haciendo algo bueno; que haría feliz a una pareja... ¡fui una estúpida!
Raúl salió de su estado de estupor. Agarró las fotocopias, las agitó con violencia, se acercó a la ventana y trató de aliviar la tensión con la brisa que se colaba desde el exterior.
Polly se hundió en la almohada y procuro contener las lágrimas que seguían brotándole de los ojos.
— Yo no participé en esta infamia — afirmó Raúl, eternos segundos más tarde, luchando por reprimir la cólera que asomaba a sus ojos—. Nunca supe que quisiste información sobre los padres, ni tu negativa inicial a firmar el contrato —añadió.
—¿Cómo quieres que crea nada de lo que dices?
—Porque los culpables pagarán por lo que han hecho —respondió Raúl, iracundo—. En ningún momento di instrucciones para alimentar engaño semejante. No necesitaba mentir y manipular a nadie; había otras candidatas menos curiosas...
—¿De veras? —preguntó Polly.
Raúl estaba asombrado y furioso. Las fotocopias le temblaban en las manos. Daba la impresión de estar hablando con sinceridad.
—Ahora entiendo por qué no confías en mí. No es sólo porque no te revelara mi identidad cuando nos conocimos en Vermont.
Fue un recordatorio desafortunado. La mera mención de esa mascarada hizo que Polly experimentase un amargo resentimiento.
—Jamás le habría entregado mi hijo a un padre soltero —respondió enojada—. Y cuando descubrí quién eras en realidad, me quedé desolada...
—¿Desolada? —repitió Raúl—. ¡No exageres, por favor!
—No exagero. Nunca pondría un bebé inocente e indefenso en manos de un hombre de tu reputación.
—¿Qué le pasa a mi reputación? —preguntó Raúl, confundido.
—No hay semana que no aparezcas en la prensa rosa, siempre del brazo de distintas mujeres —contestó Polly.
Raúl comprendió que su estilo de vida no era de lo más respetable.
—No tienes ningún derecho a juzgarme —bramó de todos modos—. Y por mucho que lamente que te engañaran, eso no cambia la situación actual: ¡estás embarazada de mi hijo!.
—También es mío —repuso ella.
—¿Qué pretendes?, ¿ qué lo partamos en dos mitades iguales? ¡Pienso luchar hasta el final para impedir que ese hombrecito repugnante eduque a mi hijo! —advirtió.
—¿De qué hombrecito hablas? —Polly parpadeó.
—Henry Grey me anunció que estáis prometidos —espeté Raúl—. Y aunque creas que eso no me incumbe, ¡cualquier cosa que afecte a mi hijo me afecta a mí también!
Polly se quedó asombrada al oír aquello; mientras, Raúl daba vueltas a la habitación.
—Debes marcharte, Raúl —dijo una voz firme.
—¿ Marcharme? — repitió él, asombrado
—Las visitas violentas no  son bienvenidas —replicó Rodney sin miedo.

Se había puesto un vestido de un azul tan intenso como sus ojos. Polly miró hacia el sol mientras se bronceaba sobre una hamaca situada en el jardín del hospital en el que la atendían. Ni siquiera la desagradable visita de Henry impidió que Polly no disfrutase de aquel día tan veraniego.
— ¡La gente pensará que lo estás pasando bien!
—le reprochó Henry.
—Es un lugar muy relajante.
Habían transcurrido tres días sin ver a Henry ni a su madre y Polly notaba el peso que había supuesto tan mala compañía. Ahora que Raúl la había descubierto, ya no los necesitaba para esconderse y no tendría que soportar sus presiones para que se casase con Henry.
— Mi madre piensa que deberías volver a casa

—insistió éste.
— Todavía tienes que explicarme por qué le dijiste a Raúl que estábamos prometidos.
—Está claro: pensé que así se marcharía y nos dejaría tranquilos. ¿Para qué aparece de pronto? Sólo va a complicarte la vida.
Pero Polly sabía que no era a ella a quien buscaba Raúl, sino al bebé. Debía reconocer que estaba en un buen lío, eso sí. No había vuelta atrás, posibilidad de rectificar: ese niño era también de Raúl... y siempre lo sería.
—Te agradezco que hayas venido a visitarme, Henry —murmuró por fin— . Y dile a tu madre que es muy amable, pero no volveré con vosotros.
—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó Henry, colorado.
—Que no me voy a casar contigo, lo siento.
—Ya te vendré a ver más adelante, cuando te encuentres mejor.
Luego, después de que Henry se hubo marchado, Polly se dio cuenta de que hacía semanas que no se sentía tan bien, con tiempo para descansar y pensar.
Justo cuando se incorporaba, Raúl apareció por un extremo del jardín. Miró a los otros pacientes del hospital. Polly estaba tras unos setos y procuró no llamar su atención.
Llevaba un traje gris, moderno, y su pelo brillaba negro bajo la luz del sol. Irradiaba tal sexualidad por cada uno de sus poros, que a Polly se le aceleró el corazón.
Pero, de repente, se sintió extraña cerca de él. ¿Cómo podía haber llegado a imaginar que ese hombre podía haberse interesado en ella? ¡Qué ciega había estado en Vermont! Raúl nunca había intentado besarla; ni siquiera le había pedido salir. Al principio, se había sentido nerviosa en su compañía, pero sus exquisitos modales y sus halagadoras muestras de interés la habían hecho concebir esperanzas...
No comprendía cómo había podido ilusionarse con un hombre declaradamente mujeriego. Polly se sintió una ingenua al recordar aquellos pensamientos sobre un posible compromiso con Raúl.
—¿Qué haces fuera de la cama? —le preguntó éste cuando por fin la localizó—. Ahora mismo te llevo a tu habitación.
—Tengo permiso para salir a tomar el aire —lo informó Polly.
—Vamos dentro —decreté Raúl—. Aquí no podemos hablar de negocios.
—¿Cómo que negocios? —dijo ella mientras se ponía de pie—. ¡Mi hijo no es ninguna mercancía!
—¿Crees que yo no pienso igual? —replicó Raúl.
No pudo evitar fijarse en él mientras subían en el ascensor. Estaba frente a ella, indiferente a las miradas apreciativas de dos enfermeras. Cuando Raúl posó sus ojos sobre Polly, ésta sintió brasas en las mejillas... mientras se preguntaba por qué un hombre tan atractivo, de tan sólo treinta y un años, necesitaba contratar a una madre de alquiler. ¿Por qué no se había casado o tenido un hijo con alguna de las mujeres con que se relacionaba?
— Sé que sigues enfadada conmigo por lo de Vermont —dijo Raúl después de que Polly se hubiera sentado en el sofá de su propia habitación—. Creo que deberíamos superar eso... está entorpeciendo otras cuestiones de mayor importancia.
—Por supuesto que sigo enfadada; pero no creo que tenga sentido hablar al respecto. Forma parte del pasado.
Raúl paseó hasta la ventana y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, que se ceñía a sus muslos largos y musculados. Polly se fijó en la notoria virilidad de Raúl y se puso roja como un tomate.
Era tan extraño.., tan raro estar embarazada de un hombre con el que no se había acostado ni intimado lo más mínimo...
— Si te soy sincero, quise conocerte y hablar contigo desde el principio —aseguré Raúl, interrumpiendo los calenturientos pensamientos de ella.
—¿Por qué?
— Sabía que mi hijo me preguntaría cómo era su madre —respondió Raúl. Polly sintió aversión por aquel hombre tan calculador y práctico—. Sabía que estabas muy triste tras la muerte de tu madre, necesitabas ayuda... Si no hubieras descubierto que yo era el padre del bebé, no te habrías enfadado tanto... Y ahora, creo que ya es hora de que me digas cómo lo descubriste.
—Te delataste con tu comportamiento —contestó Polly después de tragar saliva —. Me hizo

sospechar. Lo supuse —mintió para proteger a Soledad.
— ¡Mentira! Soledad te lo dijo, ¿verdad? — adivinó Raúl—, Un descuido imperdonable por mi parte. Era lógico: dos mujeres juntas varias semanas... Os hicisteis amigas y...
— Soledad no te habría traicionado nunca si no hubieses irrumpido en mi vida sin reconocer quién eras en realidad —lo interrumpió Polly— . No podía soportar que la obligases a fingir que no te conocía.
—Me doy cuenta de mi error —admitió Raúl—. Nunca debí arriesgarme tanto y comprometer mi honor.
Polly no podía creerse que Raúl hubiese reconocido que se había equivocado. ¿Cómo podía ser tan razonable, mantenerse tan sereno? Tenía ganas de arrancarle la piel a tiras.
—Y ahora que ya sabes cómo me enteré, ¿vas a echar a Soledad? — quiso saber Polly.
—Su familia sigue trabajando a mi servicio; pero ella se ha ido a Caracas a cuidar de un nieto —respondió.
Una enfermera entró entonces en la habitación con la merienda—. ¿Estás a gusto aquí?
— le pregunté Raúl a Polly, sentado en una silla frente a ella, después de que la enfermera se fuese.
— Mucho.
— Pero imagino que te costará ocupar las horas vacías. Te traeré un vídeo, algunas películas, libros... —propuso Raúl—. Debería habérseme ocurrido antes.
— No me agrada pensar en el dineral que te está costando mi estancia aquí — dijo Polly —. Sobre todo, teniendo en cuenta que no voy a cumplir con nuestro contrato.
— Necesitas tiempo para reconsiderar esa decisión —repuso Raúl con ansiedad—. No quiero presionarte.
—El mero hecho de estar contigo en la misma habitación me presiona — replicó Polly —. Y saber que estás pagando por mí lo empeora todo.
— Pase lo que pase, sigo siendo el padre de tu bebé. Y eso te convierte en responsabilidad mía.
—No me trates como a una niña. Sé cuidar de mí misma; ya estoy harta de que la gente me diga que no sé lo que quiero —afirmó Polly, alzando la barbilla desafiantemente—. He madurado mucho en estos últimos meses.
—Sé que en menos de un año has perdido a las tres personas que más querías en el mundo: tu padre, tu madre y tu madrina. Eso puede afectar a tu manera de enfocar el futuro. Sólo quiero ofrecerte otra perspectiva —dijo Raúl. Luego bebió el café que le habían servido de un sorbo, dejó la taza y se puso de pie. Se fijó en la boca de Polly y ésta sintió una corriente eléctrica por el cuerpo mientras él abría la ventana con total serenidad—. Hace calor... Como te decía, quiero ofrecerte otra perspectiva... No creo que de veras quieras casarte con ese idiota de Henry Grey...
—¿Tú qué sabes?
— Sé que sólo lo hace por codicia — afirmó con violencia—. Jamás se fijaría en una mujer embarazada de otro hombre si no tuviese una herencia suculenta.
—Así que has descubierto lo del testamento de mi madrina.
—En efecto —afirmó Raúl—. Y te informo de que no tienes obligación de casarte con Henry para heredar ese dinero. Sólo tienes veintiún años, toda la vida por delante. ¿Por qué vas a arruinártela con Henry? Es un hombre aburrido y pomposo. Estoy dispuesto a darte tu millón de libras para que lo rechaces — anuncié.
—¿Có... cómo dices? —balbuceó atónita.
—Ya lo has oído. Olvídate del testamento, y del bebé también de momento; no tienes más que abandonar a ese perdedor.
—¿Cómo eres capaz de pretender sobornarme?— exclamó enfurecida.
— ¿Acaso prefieres casarte con Henry a ser rica y seguir soltera?
— ¡No te soporto! —grité Polly, al tiempo que le arrojaba el contenido de un vaso de agua—. ¡Yo no estoy en venta, entérate!
Raúl se quedó de pie, incrédulo, goteando agua. Luego se mesó el cabello y se dio media vuelta.
—Me marcho antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme —ladró, justo antes de despedirse, cerrando de un portazo.
Polly se quedó sola y se dio cuenta de que estaba temblando de miedo. Nunca se había

enfrentado a un hombre con tanto genio.

# Capítulo 3

Al día siguiente, a la hora de la comida, instalaron un vídeo en la habitación de Polly, acompañado de una colección de películas.
Seguro que se había tratado de una estrategia para hacerla sentirse culpable. Polly se había pasado la tarde llorando mientras veía, una tras otra, *El hombre tranquilo, Pretty Woman* y *Sabrina,* tres películas románticas, escogidas por un hombre que conocía muy bien sus gustos.
Raúl Zaforteza había despertado en Polly emociones que jamás había experimentado ésta. La hacía indignarse hasta querer pegarlo, lo odiaba, la desconcertaba y la humillaba por la atracción magnética que la hacía desear fundirse al cuerpo de aquel hombre.
Y Raúl la conocía, porque ella le había confiado muchos pensamientos y sentimientos profundos en Vermont, mientras él la había estado estudiando, fríamente, como un científico con un microscopio... ¡ para poder responder a las preguntas que el niño le haría sobre su madre en el futuro!
Polly sintió un escalofrío. ¿Cómo se podía ser calculador? Claro que Raúl había dejado muy claro en más de una ocasión que entre ellos no existía más relación que la derivada de aquel odioso contrato..- ¿Por qué la torturaba tanto esa indiferencia?
Raúl le había ofrecido un millón de libras sin pestañear, sólo por abandonar a Henry y permanecer soltera. Y todo porque se había sentido amenazado, ya que, le gustara o no, si ella se casaba, Raúl quedaría relegado a un segundo plano en la crianza del niño... ¿Y por qué no le había dicho desde el principio que ella no tenía intención de casarse con Henry?
Porque no era asunto suyo, se respondió con rotundidad. No tenía por qué meter las narices donde no lo llamaban. Sin embargo, Raúl se había dedicado a investigar y, enterado de las condiciones del testamento de su madrina, se había dado cuenta de que Henry sólo codiciaba su dinero. A Polly le dio rabia que Raúl la conociese tan a fondo; era como si no tuviera ninguna defensa tras la que parapetarse.
Por otra parte, le resultaba irónico su desconocimiento sobre los hombres cuando estaba a punto de dar a luz un bebé. Su padre había sido un hombre estricto, puritano, que le había impedido llevar una vida social normal. Hasta le había costado hacer amigas, debido a las constantes críticas que les hacía, sobre su ropa o su comportamiento. Y, por supuesto, no le había permitido salir con el único chico del que se había enamoriscado, cuando tenía catorce años. Ni siquiera al empezar la carrera, que no llegó a concluir, logró separarse de la protección de su padre, por hallarse el campus de la universidad junto a su casa.
Se había visto obligada a mentir, para acudir a alguna fiesta que otra, y no le había gustado el exceso de confianzas de algunos chicos sobones, de modo que, al final, se había sentido culpable por haber engañado a su progenitor.
Luego había conocido a un chico, que tampoco se había animado a pedirle permiso a su padre para que lo dejara salir con su hija por la noche. Una tarde, después de comer, se la había llevado a su apartamento clandestinamente, con intención de acostarse con ella. Al ver que PolIy se negaba, la había abandonado y sustituido de inmediato por otra chica con menos remilgos.
Y hasta encontrarse con Raúl Zaforteza, Polly no había sentido ese deseo profundo de fundirse con el cuerpo de un hombre, insoportable como sed desesperada.

No conciliaba el sueño. Consciente de que Polly no estaba dormida, una enfermera le llevó una taza de té a las diez, así como una revista para que se entretuviese leyendo.
Como siempre, su puerta se quedaba abierta por las noches, para que el personal pudiera echarle un vistazo con facilidad. Por eso se giró sonriente al oir, tras haberse bebido el té, pisadas que se aproximaban. Se quedó helada al ver a Raúl, cuando ya eran más de las once y el horario de visitas finalizaba a las diez.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó, nerviosa.
—Convencí al guardia de seguridad y me camelé a la enfermera del turno de noche —respondió él mientras cerraba la puerta. Luego se acercó a la cama y le ofreció un helado—. De vainilla, tu favorito; es un gesto de paz —añadió, esbozando una sonrisa que conmovió a Polly.
El corazón se le disparó, la boca se le quedó seca y notó que las mejillas se le encarnaban.
—Tómatelo antes de que se derrita —le aconsejó Raúl, mientras se sentaba sobre una esquina de la cama.
La sorprendió que Raúl recordase que su helado favorito era el de vainilla. Y la sorprendió aún más que se tomara la molestia de llevárselo a esas horas, cuando, a juzgar por lo bien vestido que iba, habla estado fuera hasta entonces.
—Henry te mintió —confesó Polly de sopetón—. No estamos prometidos y no voy a casarme con él.
Una sonrisa diabólica se dibujó en el rostro de Raúl, iluminado por la penumbra de la lámpara de noche.
— Seguro que encontrarás a alguien mucho mejor que él, encanto — respondió con suavidad.
—Henry no es tan malo. Es sincero; en ningún momento fingió que le gustaba...
—Entonces Henry no tiene buen gusto —interrumpió Raúl.
Sobrevino un silencio que martilleó los oídos de Polly. Sentía un peso hondo en los pechos, una excitación que no deseaba...
—¿Por qué decidiste alquilar a una madre? —le preguntó, para no seguir alimentando el fuego que la quemaba—. No lo entiendo.
—Quería tener un hijo pronto para poder jugar con él cuando crezca —respondió con expresión severa.
—¿Y no encontrabas a la mujer adecuada?
—Digamos que las mujeres me gustan, pero prefiero mi libertad — respondió Raúl.
—Me arrepiento de haber firmado ese contrato
—dijo Polly, al intuir que él no quería dar detalles sobre su decisión de alquilar a una mujer—. No entiendo cómo pude pensar que podría hacer algo así... aunque supongo que en esos momentos sólo pensaba en lo enferma que estaba mi madre.
—No debí haberte escogido. El psicólogo dijo que no estaba seguro de si aceptarías lo duro que te iba a resultar renunciar a tu hijo.
—Dijo que eras demasiado emotiva e idealista.
—Entonces... —Polly frunció el ceño—, ¿por qué fui la elegida?
—Me gustaste —afirmó Raúl, encogiéndose de hombros—. No quería tener un niño de una mujer que me desagradara.
— Ojalá hubieses hecho caso al psicólogo —musitó ella.
—Nunca oigo lo que no quiero escuchar —repuso Raúl, sonriente—. La gente que trabaja para mí lo sabe, e intenta complacerme. Por eso te pusieron ese cebo para que firmases el contrato. El abogado que te engañó esperaba que lo felicitara... pero lo he despedido.
— ¿En serio? — se sorprendió Polly.
— Sí — aseguró Raúl—. Aunque él no entiende por qué. No sabe que he descubierto sus malas artes.
Polly se llevó una cucharada de helado a la boca y lo saboreé como si fuese el manjar más delicioso. Notaba que Raúl la estaba mirando con detenimiento, lo cual la halagaba y ponía nerviosa al mismo tiempo. Y estaba todo tan en silencio a esas horas de la noche...
De pronto dio un respingo y se quejé de una patadita que le había dado el bebé.
—¿Qué ocurre?, ¿ te pasa algo? —se preocupó Raúl.
—El niño. Siempre se mueve por la noche —explicó Polly, la cual leyó la pregunta que él le estaba formulando con los ojos. Sabía que llevaba un camisón que la cubría por completo, pero, aun así, le costó acceder a apartarse la sábana.
—Es asombroso —susurré Raúl, con sonrisa y ojos brillantes, tras posar la mano sobre Polly —. ¿Sabes ya si va a ser niño o niña?
—El doctor Bevan se ofreció a decírmelo, pero prefiero que sea una sorpresa.
Raúl retiró la mano y Polly se preguntó por qué le estaría temblando. Todavía notaba el calor de su tacto sobre el estómago. Procuró disimular la reacción física que su cercanía desencadenaba en ella, pero la cabeza se le había quedado en blanco.

—A veces eres muy dulce —dijo Raúl con suavidad. Polly no pudo evitar fijarse en ese rostro masculino, esa cara cuyo vello incipiente sugería la necesidad de afeitarse dos veces al día. Luego se centró en su boca y se preguntó a qué sabrían esos labios — . E increíblemente tentadora — añadió con voz rugosa mientras bajaba la boca hacia la de ella.
Polly podría haberse retirado con facilidad, pero nada más tocarse sus labios, éstos se fundieron en una llama, mientras él le acariciaba el cabello.
Introdujo la lengua y la excitación la abrasó tanto que no logró contener un gemido de placer. Deseaba más. Deslizó una mano por su pelo, por sus mejillas.., no era consciente de un ruidito cercano y molesto.
Raúl se separó de mala gana, respondió al teléfono móvil y Polly pudo oír la voz de una mujer al otro lado del aparato.
—Vaya... en seguida voy —dijo él, justo antes de desconectar—. Lo siento, pero me están esperando en el coche... Buenas noches —se despidió.
Nada más marcharse, Polly retiró las sábanas del todo, salió de la cama y corrió hacia la ventana. Vio la limusina... y a la preciosa rubia que lo estaba esperando con un vestido rojo. Cuando Raúl salió del hospital, la rubia se tiró a sus brazos. Polly no pudo seguir mirando, se recosté contra la pared y se enfadó consigo misma.
¿Qué había hecho?, ¿por qué no le había dado una bofetada?, ¿por qué le había permitido que la besase? Se sintió humillada, vulgar, y se metió en la cama desfallecida. Seguro que Raúl se marcharía a algún local de alterne con la rubia, o a algún otro sitio más íntimo. No comprendía cómo la había visitado cuando tenía una cita con otra mujer...
Le entraron ganas de asesinarlo, de estamparle el helado en la cara. ¿Esa era toda la resistencia que había logrado oponerle? Y, para colmo, Raúl no la había besado porque se sintiera atraído por ella, en absoluto; sino porque había notado al niño moverse.
Había sido una experiencia conmovedora para los dos. Por primera vez habían traspasado la barrera de su contrato y habían compartido algo relacionado con el bebé. Y había sido la emoción del momento lo que había hecho que Raúl reaccionase besándola. Su brusca despedida dejaba bien a las claras que lamentaba lo que acababa de ocurrir.., y ella se aseguraría de que no sucediese de nuevo.

Aunque no podía negar que el beso apasionad de Raúl había cumplido de sobra las expectativas de Polly. Se despreció por haberse dejado llevar d esa manera. Lo odiaba. Puede que siguiera siendo virgen, pero no era tan tonta como para no saber que aquello no tenía nada que ver con el amor.

Al día siguiente recibió un precioso ramo de rosas, de parte de Raúl. Polly pidió que se lo dieran a otra paciente, para no tener que acordarse de él cada vez que lo viera.
—¿Qué tal estás? —la telefoneó por la tarde.
—Mirando mi abarrotada agenda, a ver qué tengo que hacer hoy — replicó Polly con sarcasmo—. ¿Tengo que seguir aquí mucho más tiempo?
—Rod cree que sí —contestó Raúl—. Mira, me tengo que ir de viaje una semana; pero quería dejarte un número de teléfono para que puedas ponerte en contacto conmigo.
— No creo que vaya a necesitarlo. Ya me atienden los médicos y las enfermeras del hospital.
—Está bien... Te llamaré yo.
—¿Te importaría ahorrarte la molestia?
—No me gusta tener este tipo de conversaciones por teléfono. Es muy típico de mujeres — la acusó Raúl.
— Sólo te pido que me dejes respirar —replicó Polly —. Dadas las circunstancias, no me parece tan mala idea. Puede que seas el padre de mi hijo; pero entre nosotros no hay ninguna relación.
— —Te veré cuando vuelva de París.
Y colgó. Polly se quedó con el auricular en la e mano. No quería volver a verlo ni oir hablar de él.
Comenzó a llorar.., no por Raúl, sino por el exceso de emotividad de las mujeres embarazadas, se dijo.

Había pasado una semana. Era mediodía y Polly acababa de ponerse un jersey rojo suelto con escote en V y unos pantalones cortos, cuando Raúl fue a visitarla. Al oir que llamaban a la puerta, salió del baño mientras seguía desenredándose el pelo y el corazón se le paralizó al descubrir quién era.
Raúl llevaba un traje azul marino que le sentaba como un guante, combinado con una camisa azul oscuro y una corbata roja de seda. Le costó no abalanzarse sobre él.
Raúl avanzó y la ayudó a desenredarse el pelo con total naturalidad.
—Te debo una disculpa por mi comportamiento de la última visita — murmuró.
Polly se puso tensa y se ruborizó, pero logró echarse a reír:
— ¡ Por favor! No hace falta disculparse — acerté a decir con desenfado—. ¡Sólo fue un beso!
—Bueno —Raúl le lanzó una mirada sensual—. Me preguntaba si te apetece comer hoy conmigo—propuso.
A Polly la pilló desprevenida aquella inesperada pero bienvenida sugerencia.
— ¡Me encantaría! —exclamé, deseosa de regresar al mundo exterior aunque sólo fuera por unas horas. Salieron y, en el vestíbulo, se cruzaron con Janice Grey—. ¿Venías a verme? Lo siento. Me temo que vamos a comer fuera —le dijo.
— Qué sorpresa. Creía que tenías que descansar.
—Me han hecho prometer que no voy a cansarla, señora Grey — terció Raúl—. Le agradezco lo mucho que ha ayudado a Polly durante las últimas semanas — agregó con una sonrisa fría.
—Henry me ha dicho que no vas a volver con nosotros — le dijo Janice a Polly. Luego miró a Raúl con hostilidad—. ¿Estoy oyendo campanas de boda quizá?
Polly se quedé pálida y luego se le subieron los colores.
—Estoy seguro de que Polly la mantendrá al corriente de todo, señora Grey —respondió Raúl. Luego, tras librarse de ella, ya en la limusina, comenté—. ¡Menuda arpía! Pero, ¿por qué te has puesto tan colorada?
Polly pensó en las semanas en Vermont, durante las cuales se había permitido enamorarse de Raúl. Había. dejado volar su imaginación hasta el cielo y el recuerdo de esos sueños estúpidos la hacían sentirse incómoda ahora. Pero tenía que improvisar otra respuesta:
—Janice era amable conmigo... pero nunca me habría acogido en su casa de no ser por mi herencia. No entendía cómo no consentía en casarme con Henry para conseguir ese dinero. Me tomaba por una insensata.
—Ya no tienes que preocuparte por eso ahora. En cualquier caso, reina, eres demasiado joven para pensar en casarte.
Se quedaron en silencio. Polly comenzó a preguntarse si Raúl la había invitado a salir simplemente porque sí; seguro que tenía previsto discutir sobre el bebé mientras comían. No podrían demorar más esa conversación y ella debería mantenerse serena.
—Me pone nerviosa no saber qué vas a decirme—le confesó—. Puede que esté embarazada, pero puedo soportar una mala noticia. ¿Te importa decirme ahora mismo si me vas a llevar a juicio después de que nazca el niño?
— ¡Iba listo si ésos fueran mis planes! Aunque no estoy de acuerdo en absoluto, en este país no tengo ningún derecho como padre de tu hijo —reconoció Raúl.
— ¿De verdad? —preguntó ella, incrédula—. ¿Pero qué pasa con el contrato?
—Olvídate del contrato. Ahora mismo es como si no existiera. ¿En serio crees que quiero llevar a juicio una cosa tan privada?
—No —contestó Polly con inmenso alivio—. Pero tenía pesadillas con que me extraditaran a Estados Unidos.
— La fuerza no serviría de nada en una situación como ésta —dijo Raúl, esbozando una sonrisa involuntaria.
¿Trataría de convencerla por medio de la seducción? Polly sabía que Raúl no renunciaría nunca alniño, pero también era consciente de que tenían que llegar a un acuerdo justo para los dos.

¿Pero a qué acuerdo iban a llegar? Raúl la había alquilado como madre porque quería un hijo sin tener que compartir una relación con una mujer. De alguna manera, se sentía culpable por arruinar su sueño de ser un padre sin ataduras.

Raúl la llevó a su lujoso apartamento de Mayfair. Luego entraron en el comedor, donde un

criado discreto les sirvió la comida, durante la cual, Raúl le habló de su viaje a París. Era un anfitrión muy agradable y divertido; estaba mostrando las armas con que la había seducido en Vermont.
Polly sabía que no debía fiarse de las apariencias; que Raúl podía contar cualquier cosa con tal de no dar información personal. A pesar de todas sus visitas a Vermont, lo único que le había revelado era que no tenía parientes cercanos vivos, que viajaba mucho y que había nacido en Venezuela.
—Tengo la sensación de que estás en otra parte
—le dijo Raúl.
—Puede que esté un poco cansada —se excuso Polly.
— Túmbate un rato en la habitación de invitados site apetece — le propuso él.
—No... tenemos que hablar —objetó Polly—. Quiero quitarme esta conversación de en medio.
El criado entró para servirles el café de la sobremesa.
—No me mires tan preocupada —le pidió
Raúl—. Puede que tenga una solución... Escúchame, por favor —añadió.
Polly asintió, quieta, sin moverse un centímetro de la silla.
— La mayor diferencia entre nosotros es que yo tenía pensado convertirme en padre desde el inicio de nuestra asociación... mientras que tú no tenías intención de responsabilizarte del bebé al principio
—arrancó Raúl—. Creo que eres demasiado joven para criarlo tú sola. Por otra parte, entiendo que te hayas encariñado del niño y sé que te preocupa su bienestar futuro. Pero si te quedas con él, sacrificarás la libertad que la mayoría de las mujeres de tu edad tienen.
—Ya lo sé, no soy tonta —dijo Polly—. Y no creo que vaya a echar de menos lo que nunca he tenido.
— Pero ahora sí podrías gozar de esa libertad. Deberías pensar en volver a la universidad para terminar la carrera — comentó Raúl—. Si me dejas llevarme al niño a Venezuela, te permitiré que lo visites, te mantendré informada, te enviaré fotografías... Mi hijo sabrá que eres su madre, pero no serás la protagonista de su educación.
Polly se quedó sorprendida. No esperaba que Raúl le ofreciera un compromiso de ese estilo y era consciente de que, siendo él como era, se trataba de una oferta muy generosa.
— Creo que todos los niños deben tener un padre y una madre —dijo en cambio—. Presentes en todo momento.
—Eso es imposible.
—A mí me crió mi padre y no hubo un sólo día en que no echara de menos a mi madre —dijo Polly.
—Puede que el bebé sea niño.
—Eso no importa. Debido a mis experiencias pasadas, no soportaría que me separasen del bebé. Necesito estar con él a toda costa y esforzarme por ser una buena madre —explicó Polly —. Y, sí, es una pena que no me diera cuenta de eso antes de firmar el contrato; mi única excusa es que no supe cómo me iba a sentir hasta estar embarazada.
—No hablemos del pasado. Debemos concentramos en el presente —Raúl le lanzó una mirada penetrante—. Si de verdad quieres ser una buena madre... entonces tendrás que venirte a vivir conmigo a Venezuela.
—¡A Venezuela! —exclamó Polly, atónita.
—Te instalaré en una casa con todo tipo de comodidades.
—No podría... —dejó la frase colgando, asombrada por la propuesta que acababa de realizarle Raúl.
—Por favor, sé justa: si el bebé necesita a la madre, también necesita a su padre. Y el niño heredará todas mis posesiones — añadió con orgullo e impaciencia.
—El dinero no lo es todo, Raúl...
—Estoy hablando de un estilo de vida que ni siquiera imaginas — replicó él— - Trata de ser práctica, Polly. Mi hijo necesita conocer la cultura de Venezuela, el idioma, la gente.. Yo no podría trasladarme a Inglaterra con la frecuencia necesaria para formar un vínculo fuerte con el bebé.
Polly trató de imaginarse en Venezuela, mantenida por Raúl, quien no dejaría de alternar con distintas mujeres hasta acabar casándose con alguna. Ella sería una intrusa y muchos la

tomarían como una amante repudiada. Nunca podría aceptar una existencia tan dependiente y humillante. Necesitaba seguir con su propia vida.
—Raúl... quiero quedarme en Inglaterra con mi bebé. No quiero vivir en Venezuela y que vigiles cada uno de mis movimientos —le dijo—. Tienes derecho a participar en el futuro del niño, pero pareces olvidar que ese futuro es también mi vida. Y aunque ahora no lo creas, algún día te casarás, tendrás otros hijos...
— ¡Antes muerto que casado!
—Pero... yo no quiero lo mismo que tú. Quiero pensar que algún día me casaré, aunque sea madre soltera.
—No me chantajees, Polly —la advirtió Raúl—. ¡No quiero que ningún otro hombre se entrometa en la educación de mi hijo!
Polly se enfureció. ¿De veras pensaba Raúl que tenía derecho a exigirle que viviera como una monja durante los siguientes veinte años?
— ¡No sé cómo puedes ser tan egoísta! —lo acusó con ferocidad.
—¿Qué?, ¿egoísta yo? —preguntó Raúl, asombrado.
—Ya sé que estás acostumbrado a que todo el mundo te complazca y te diga siempre lo que quie res escuchar en cada momento, ¡pero yo no soy así!
— ¡ Sólo estoy tratando de ser justo!
—¿A qué precio?, ¿qué sacrificio me estás pidiendo que haga? — exclamó colérica—. Tú eres mujeriego y disfrutas de tú libertad, ¿verdad?
—¿Por qué no iba a hacerlo? Yo no miento a las mujeres que pasan por mi vida. No les prometo amor ni continuidad...
— ¡Eres un hipócrita machista! ¡Pretendes que yo no conozca a ningún hombre y tú te vas con todas las mujeres que te da la gana! —lo atacó Polly, apretando los puños con rabia—. Dices que quieres un hijo, pero no lo deseas tanto como para comprometerte con una mujer. ¿Y qué me ofreces a mí?
—La única solución posible al follón en el que estamos. No pienso disculparme porque la realidad no sea perfecta —replicó con hostilidad Raúl.
—¿Que no es perfecta? Me ofreces que elija entre perder a mi hijo o vivir en Venezuela como una monja, ¿y no te parece que mi vida sea perfecta? —ironizó Polly.
—¿Qué quieres?, ¿que te permita acostarte con el primer hombre que se te antoje?
— ¡Sabes de sobra que no me refiero a eso!
—Los dos no podemos conseguir lo que queremos, porque queremos cosas diferentes - concluyo —. Aunque si tú accedieras a compartir tu cama conmigo... —dejó la propuesta en el aire.
—Yo no te quiero de esa forma —acertó a responder Polly, blanca de la impresión.
—Claro que quieres —replicó Raúl—. Entre tú y yo han saltado chispas desde la primera vez que nos vimos. Hay química.
Polly se levantó de la silla para apartarse de Rául.
—No...
—No me he aprovechado de ti porque sabía que habrías acabado llorando — la interrumpió con arrogancia.
¡ No te te engañes! Yo me habría cansado de ti antes que tú de mí — contestó Polly con todo el odio de su corazón, herida en su orgullo—. Y deja que te diga otra cosa: me considero mucho mejor mujer que todas esas rubias que babean por ti y se quedan solas cuando te aburres de ellas.
¡Eso es verdad —concedió Raúl con repentina frialdad controlando su genio de manera incomprensible —. Tienes grandes valores morales, cielito.
Polly lo abominó aún más por ser capaz de mantener la calma cuando ella estaba desquiciada.
—¡Entonces comprenderás que la única manera de que vaya contigo a Venezuela es... sólo conseguiras educar a tu hijo día a día... ¡casándote conmigo!.
Un silencio tenso se apoderó de la sala. Raúl se había quedado inmóvil con cara de estupefacción.
No bromees Lily. Retira lo que acabas de decir.
¿Por qué ¿Quieres que te mienta?, ¿que te diga que no hablaba en serio? —replicó irritada—

- Estoy siendo sincera contigo. Si mem quedo en Londres seguiré con mi vida, ¡y tú

No interferirás en mi camino! Pero si ve voy a Venezuela, ¡tendrás que casarte conmigo!

- Me tomas el pelo, ¿verdad? – En absoluto – contestó Polly, mirándolo rabiosamente-
- ¡ A ver qué tal se te da a ti hacer sacrifios cuando pretendes que yo sacrifique toda mi vida en Londres! ¿O es que yo tengo que ceder porque no soy rica y poderosa como tú?, ¿por eso tengo que irme a tu país y renunciar a tener una vida propia mientras tú disfrutas de la tuya? Raúl echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de recibir un golpe. El silencio tomó un cariz amenazante en esa ocasión. Tenía las manos cerradas en sendos puños, pero, sobre todo, por primera vez, la estaba mirando con ojos de odio acendrado.
- Tanto, que la rabia y el enfado de Polly se pasaron de golpe, sustituidos por el temor a lo que pudiera suceder.
- Te llevo al hospital – gruñó él.- No pienso permitir que este diálogo tan ofensivo continúe.

# CAPITULO 4

Cuatro días después, Polly seguía recuperándose de los efectos de aquella comida tan catastrófica; pero distrajo la mente de sus preocupaciones cuando leyó una revista del mes anterior y se enteró de que su amiga de la infancia, Maxie Kendall, se había casado. Ella y marido, Angelos Petronides, habían mantenido la boda en secreto hasta estar dispuestos a anunciar una fecha concreta. Polly miró las fotos con gran interés y se alegró de ver a Maxie tan radiante.

La había visto por última vez al reunirse para el testamento de Nancy Leeward. Su madrina había tenido tres ahijadas: Polly, Maxie y Darcy. Aunque habían sido muy amigas durante la adolescencia, sus vidas habían tomado rumbos distintos en los últimos años.

Maxie se había convenido en una modelo famosa y estaba asentada en Londres; Darcy era una madre soltera que apenas salía de su casa en Cornwall y, aunque Polly había tratado de mantener el contacto con ambas, Darcy y Maxie ya no eran amigas.

—¿Verdad que está preciosa? —comentó una enfermera al ver una de las fotografías—. Daría lo que fuera por ser así de guapa.

—¿,Quién no? —dijo Polly, y se sonrió al considerar que Maxie encajaba en los cánones de belleza que parecía preferir Raúl. Era alta, rubia y despampanante. Mientras que ella sólo llegaba al metro setenta, su pelo era caoba y nunca había tenido el glamour de su amiga.

Seguía enfadada por las opciones que Raúl le había ofrecido, dándoselas de generoso. Aunque viviera cien años, jamás olvidaría la humillación que había experimentado cuando Raúl le había dicho que sabía la atracción tan fuerte que ella sentía hacia él.

En Vermont la había hecho creer que le gustaba, le había propuesto nuevas citas y Polly nunca había fisgado en su vida privada. Pero, según Raúl, no había más que una atracción sexual... ¡y seguro que ni siquiera eso!, ¡ seguro que lo único que le había importado desde el principio había sido el bienestar de su hijo!

Y ahora lo culpaba por no haberle mencionado, entonces, la existencia de otras mujeres en su vida. La más ligera referencia le habría bastado a Polly para ponerse en guardia; pero había preferido ocultarlo, para que ella creyese que sus atenciones se debían al galanteo, a que la estaba cortejando...

¡Pues iba listo! Le había dicho que no iría a Venezuela si no era para casarse con él y no pensaba ceder lo más mínimo. Aunque no le gustara la idea, aunque nunca hubiera contemplado la posibilidad de tal matrimonio, Polly había querido sorprenderlo...

Raúl llegó por la tarde, mientras ella descansaba en el sofá y veía de nuevo Pretty Woman. Miró el televisor y comentó con desprecio:

—Nunca he comprendido cómo una prostituta puede ser el ideal de la heroína romántica.

Polly casi se desequilibra de la ansiedad que le entró por agarrar el mando a distancia y

apagar la tele. Luego, colorada, lo miró. Vestía un traje gris, formal, y todo en él emanaba una sensación de frialdad sobrecogedora.

— He solicitado una licencia especial — prosiguió Rául—. Nos casaremos aquí pasado mañana.

— ¿Qué? — preguntó atónita, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—Dejaste claro que no aceptarías ninguna otra opción — replicó él.

—Pero no imaginaba.., quiero decir... ¡por Dios, Raúl! —Polly sintió un escalofrío—. No podemos casamos sin más...

—¿,No?, ¿estás dispuesta a cambiar de opinión?, ¿dejarás que me vaya a Venezuela con mi hijo?

— ¡No! —denegó con fuerza.

—¿Y estás dispuesta a vivir en mi país si estar casada conmigo?

—No, pero...

— Entonces no me hagas perder tiempo protestas. Ya has conseguido lo que querías — tenció Raúl con frialdad.

—No si para ti es un sacrificio —objetó Polly—. Y no es lo que yo buscaba...

—¿Seguro?, ¿me vas a decir que no me quieres ?

—Yo... — se ruborizó hasta la raíz del cabello.

— Si yo fuera tú, no discutiría a este respecto la advirtió Raúl con tono amenazador—. Podría hacer que te comieras tus palabras en menos de minuto.

—Cuando dije lo del matrimonio —acertó a decir Polly, a pesar de su asombro—, no lo dije como una posibilidad seria...

— Ya, lo expusiste como el peor de los martirios —se burló Raúl—. Ya me haré a la idea tranquila. Lo nuestro será un matrimonio de conveniencia, nada más. No quiero alejarme de mi hijo, y tampoco soy tan obtuso como para no entender que es mejor que crezca con su madre al lado.

—Pero... ¿qué pasa con nosotros? —preguntó Polly.

—El bebé es lo único que debe importarnos. Y él no ha de pagar por las circunstancias en que se han producido tu embarazo.

—Pero... yo quería casarme con alguien que me amara.

—Yo no quería casarme con nadie —repuso Raúl sin compasión.

—Tengo que pensármelo.

—No, me vas a responder ahora. ¡No estoy de humor para andar con jueguecitos!

Polly sintió un enorme deseo de pedirle que se marchara; pero luego pensó en lo que sería estar casada con él... Seguro que, con el tiempo, lograrían formar una relación agradable. Compartirían al bebé, él los ayudaría a unirse. Polly fue consciente, de pronto, de que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de tener una oportunidad con Raúl. Pero si no daba el paso decisivo en ese instante, no hallaría segunda oportunidad:

—Está bien. Me casaré contigo —dijo por fm.

— Perfecto — Raúl miró el reloj—. Me temo que no puedo quedarme. He quedado para cenar.

— ¿Raúl...? — lo llamó, cuando éste avanzaba ya hacia la salida—. ¿Podrás adaptarte a este estilo de vida?

—Por supuesto —Raúl esbozó una sonrisa enigmática—. Sólo espero que tú también sepas adaptarte.

Dos días después, Polly esperaba la llegada de Raúl en un vestido blanco muy sencillo.

Red Bevan le había dicho que había sugerido los jardines del hospital como lugar donde celebrar boda; pero Raúl había preferido un sitio más privado. Sería algo rápido que no interfiriese con su ocupada agenda y que no atrajera la atención de nadie. Polly no asimilaba que eso fuera a ser su boda; en una habitación de un hospital, sin flores, sin invitados, sin nada que pudiera dar la idea de una ce1ebración. ¿Cómo había accedido a casarse con Raúl?

Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Al despuntar el día, le dolía la espalda de las posturas que había adoptado por la noche... y le dolía el corazón. Se sintió sola, con ganas de llorar, como si estuviese a punto de cometer el error más grande de su vida.

Raúl no había dejado lugar a las dudas. Iban a anteponer las necesidades del niño. Polly estaba de acuerdo en que crecería más contento con su padre y su madre presentes; pero había una nube que emborronaba el horizonte...

Raúl no deseaba ese matrimonio; ni siquiera se había molestado en fingirlo. Cuando encontraba un momento de serenidad, Polly comprendía que no podían casarse de esa manera... ¿pero cuál era la alternativa? No se le ocurría ninguna.

Se estiró con fuerza y trató de darse un masaje en la parte inferior de la espalda. Raúl apareció en ese momento:

— Venga, acabemos con esto cuanto antes — la apresuró mientras le ofrecía una mano para ayudarla a levantarse del sofá.

Medio minuto después, Red Bevan llegó acompañado de otros dos hombres. Uno era el funcionario que dirigiría la ceremonia; el otro era el abogado de Raúll, Digby Carson. El acto duró muy poco , una vez finalizado, todos se estrecharon la mano y sonrieron... salvo Raúl, cuya frialdad de hielo no se derritió ni por un segundo.

- Luego, en medio de una conversación extraña, Polly sintió un pinchazo agudo en el abdomen.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Raúl con ansiedad, al ver la expresión angustiada de Polly.

—Creo que será mejor que nos olvidemos de brindar ahora —intervino Rod Bevan, sonriente, mientras instaba a los otros dos hombres a abandonar la habitación. Entre tanto, Raúl levantó en brazos a Polly y la posó con cuidado sobre la cama, con gesto preocupado:

—¿No esperabas el bebé para dentro de dos semanas? —le preguntó.

—Los bebés tienen su propio calendario, Raúl. Y parece que éste es muy oportuno — replicó Rodney con alegría.

—Me quedaré contigo —le juré Raúl.

—No, quiero que te vayas — se negó ella—. No quiero que estés conmigo.

— Me gustaría ver el nacimiento de mi hijo —murmuré Raúl en voz baja, pero lanzándole una mirada imperativa.

Polly denegó con la cabeza y sintió que los ojos se le arrasaban de lágrimas. No podía imaginarse compartir algo tan íntimo con un hombre con que ni siquiera había compartido dormitorio.

Rodney le dijo algo en español y Raúl obedeció de mala gana.

—¿Está muy furioso? —le preguntó Polly médico, dividida entre el resentimiento y un agudo remordimiento.

—No... está dolido —matizó Rodney—. Par un hombre como Raúl, te ha hecho una oferta muy generosa.

Polly miró embobada a su bebé y se enamoró de pies a cabeza por segunda vez en su vida. Era fabuloso. Tenía la cabeza cubierta de pelillo negro y sedoso, ojos negros y un llanto que parecía comunicarse con alguna fibra invisible del corazón de la madre. Le parecía diminuto, pero la comadrona le había dicho que era un bebé grande y sano.

Mientras la enfermera lo colocaba en la cuna, Raúl entró, acompañado por Rodney Bevan. Aunque la medicación la había dejado somnolienta e incapaz de pensar o hablar con fluidez, Polly miró al padre con sorpresa: parecía tenso, nervioso, sus ojos se habían ensombrecido, se había quitado la corbata, llevaba la chaqueta arrugada sobre un brazo y la camisa abierta por el cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó Polly, alarmada.

Raúl examinó a su hijo, dormido, y le acarició la cabeza con miedo.

— ¡ Es maravilloso! — suspiró fascinado—. ¡ Y no tiene la menor consciencia del peligro en que ha puesto tu vida! —añadió.

— Polly frunció el ceño y Rodney pasó a explicarse:

—Para Raúl, una cesárea es poco menos que una operación a vida o muerte —se burló. Luego salió de la habitación, precedido de la enfermera.

Raúl se sonrojó ligeramente. Miró el rostro cansado de Polly y frunció el ceño. Luego le agarró de una mano:

—No pensé que fueran a operarte... ¿por qué no me lo advertiste? — le preguntó—. Red dice que tú sabías hace meses que el parto sería por cesárea—insistió.

—Es muy normal —logró contestar Polly, cuyos párpados le pesaban toneladas.

—Eres tan delicada... —hizo una, pausa—. Mi hijo es precioso. Al menos hemos hecho algo bien.

—Nuestro hijo —matizó Polly.

—Lo llamaremos Rodrigo —propuso él. Polly puso cara de desagrado.

— ¿Jorge?

Denegó con la cabeza.

— ¿Emilio?

Suspiró.

—¿Luis? —ofreció nuevamente—. Luis Zaforteza — sentenció , tras observar que Polly había sonreído. Luego se quedó dormida.

Polly miró las cuatro paredes de la habitación y sonrió. Al día siguiente dejaría el hospital... Se le borró la sonrisa. Tenían previsto pasar dos días en casa de Raúl y luego volarían a Venezuela. Se puso una bata de seda y salió de la habitación. Todos los días se llevaban a Luis al nido durante unas horas, para dejarla descansar. El reencuentro con su hijo era el momento más dulce y hermoso de la tarde.

De pronto, se quedó pensativa. El día en que Luis había nacido, Raúl había parecido sinceramente preocupado por ella; pero, durante los cinco días posteriores, había vuelto a levantar una barrera entre los dos.

Era innegable que Raúl estaba encantado con su hijo. Pero lo que ella había creído que los uniría, daba la impresión de estar alejándolos. ¿Por qué se sentía como una figurante sin importancia cuando Raúl la visitaba?, ¿quizá porque siempre aparecía con algún regalo carísimo, que le entregaba con indiferencia, como quien da una propina a un camarero?

Un brazalete de diamantes, media docena de refinados camisones, un reloj de Cartier, un increíble anillo... Se había convertido en algo violento. Raúl era rico, y había pasado a ser su marido. Pero le costaba recibir esos regalos de un hombre frío y distante, que nunca la tocaba.

Al doblar la esquina que daba al pasillo del nido, Polly sorprendió a Raúl hablando con Digby Carson. Como ninguno de los dos reparó en ella, Polly se ocultó: no quería que la vieran con un camisón tan ligero.

—Bueno... ¿cómo te sientes? —le preguntó el abogado.

—Más feliz imposible —ironizó Raúl.

—Te estoy hablando en serio —insistió Digby.

— ¿Qué quieres que te diga? Mi pequeña esposa es mucho más inteligente que la mayoría de las mujeres cazafortunas — dijo Raúl con desprecio—. Ha usado a mi hijo para chantajearme y conseguir que me casase con ella.

Polly se quedó de piedra al oír aquella acusación.

— Pero, pase lo que pase de ahora en adelante, me quedaré con mi hijo —prosiguió Raúl, convencido.

Luego oyó un murmullo que se alejaba y, cuando por fin salió de su escondite, el pasillo estaba vacío.

Sin pensar en lo que hacía, regresó corriendo a su dormitorio. Cazafortunas... chantajista... No podía creerse que la hubiera descrito de manera tan afrentosa. Polly se sentó sobre la cama, por miedo a que las rodillas no la sostuvieran en pie.

Le dolía en lo más hondo. Raúl la despreciaba... y estaba decidido a quedarse con el bebé. Un escalofrío le erizó los pelos. ¿Qué habría querido decir con eso?, ¿ése era el marido con el que esperaba iniciar una nueva vida en Venezuela?, ¿un hombre que la odiaba? En aquel tumulto de sensaciones, sólo una cosa era evidente: no podía fiarse de Raúl... y si no se fiaba de él, no podía arriesgarse a irse a Venezuela con su hijo.

Minutos después, una enfermera le llevó a Luis en su cuna. Al ver a PoIly en camisón y con zapatillas, sonrió:

— Ya veo que estabas a punto de ir a recogerlo. Tu marido dice que estabas dormida cuando entró a echar *un* vistazo antes; pero sé *que* estarías disimulando, porque te gusta alimentar al pequeño a solas.

Una vez con su bebé, Polly suspiró profundo. Tenía miedo.., miró la cara inocente de su

hijito y, de pronto, se levantó con determinación.

Sacó su agenda de la mesilla de noche y pasó sus páginas a toda velocidad hasta encontrar el número de teléfono que su amiga Maxie había insistido en darle cuando se habían visto la última vez, en la lectura del testamento.

Llamó desde el aparato de la habitación y al oír la voz familiar de su amiga, sintió un tremendo alivio:

—Soy Polly... —se presentó con celeridad—. Maxie, necesito algún sitio donde alojarme...

Una hora después de aquella conversación, tras dejar una nota explicatoria dirigida a Raúl, Polly abandonó el hospital con el bebé en los brazos y se montó en el taxi que la esperaba afuera. La recepcionista estaba demasiado ocupada atendiendo a los nuevos pacientes como para notar su sigilosa salida.

# Capítulo 5

Polly mecía el cochecito del bebé. Después de apartarse su espectacular cabello rubio, Maxie Petronides se agachó para mirar a Luis y exclamó:

— ¡Es tan bonito que me entran ganas de comérmelo!

Polly miró a su hijo con ojos amorosos. Tenía ya cuatro semanas y cada día que pasaba estaba más guapo. Los remordimientos de privar a Raúl de su hijo la habían hecho mandar dos breves cartas con fotografías al hospital, para que Rodney se las hiciera llegar al padre.

Estaba alojada en un maravilloso apartamento que pertenecía a Maxie y a su esposo, quienes vivían en un piso más espacioso todavía. Polly esta ba en el ático, mientras unos obreros reformaban los pisos inferiores. Cuando las obras terminasen, Angelos pondría el edificio entero a la venta.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Maxie mientras tomaban un café.

— Me siento culpable — confesó Polly, forzándose a sonreír, sin admitir a qué se debía parte de su infelicidad. ¿Es que no podía pensar en Raúl como el padre de Luis exclusivamente?

— No deberías sentirte así — dijo Maxie—. Necesitas estar tiempo sola para aclararte. Este último año ha sido muy duro para ti.

—Y he cometido algunos errores espantosos —repuso Polly—. No debería haberme casado con Raúl. He sido muy egoísta e injusta. No entiendo lo que me pasó.

—Supongo que tiene que ver con que estás enamorada de él. Y a veces nos ponemos tan furiosos si no nos corresponden, que sólo queremos devolver los golpes —afirmó Maxie, para desconcierto de Polly—. Sólo cuando se rebasa un límite de tensión insoportable, te calmas de pronto y recobras el juicio.

—Pues ojalá hubiese rebasado ese límite antes de casarme con Raúl — se lamentó Polly.

—El también se ha equivocado —aseguré la amiga—. Te ha dado mensajes muy confusos sobre lo que quiere de ti. Pero si eres sincera con él la próxima vez que os veáis, quizá logréis solucionar parte del problema.

Polly trató de imaginarse diciéndole a Raúl que lo quería... ¡Menuda excusa para haberlo obligado a que se casara con ella! Porque lo había obligado, reconoció desolada. Y, le gustara o no, Raúl había tenido motivos para acusarla de haberlo chantajeado. No había sido su intención, pero era lógico que él lo hubiese interpretado de esa forma.

Si no lo hubiese vuelto a ver después de Vermont, Polly habría acabado olvidándose de él; pero el contacto regular al que estaban forzados la había terminado desquiciando. Debía admitir que había antepuesto sus emociones al futuro de su hijo... aunque también la había provocado Raúl, al proponerle una vida privada sin posibilidad de conocer a otros hombres ni tenerlo a él como marido.

—Al principio tampoco le hacía mucha gracia a Angelos que nos casáramos —confesó Maxie.

—¿Pero te dijo alguna vez que antes muerto que casado?

—Bueno, eso no.

Por supuesto que no. Angelos estaba enamoradísimo de su esposa. Y Maxie de él. Pero la

situación no era comparable: Maxie era una belleza y ella no; además, Angelos no había conocido a su mujer, pensando si sería buena como madre de alquiler.
Después de la visita de Maxie, Polly consideró que iba siendo hora de ponerse en contacto con Raúl. Habían pasado tres semanas desde su fuga del hospital y ahora, más calmada, asumia que su marido tuviese razones para estar enfadado.
Se dio una. ducha y salió dispuesta a reconocer su error con humildad, a hablar con Raúl para que anulasen aquel matrimonio descabellado; eso los devolvería al punto de partida, pero seguro que limaría la hostilidad de Raúl. Temerosa por la reacción que éste pudiera tener, no se atrevió a llamarlo hasta las nueve de la noche.
— Soy Polly... — saludó, sin recibir contestación—. ¿Raúl? —preguntó insegura.
—Ya te he oído —contestó él finalmente—. ¿Dónde estás?
—He pensado que quizá debiéramos aclarar las cosas un poco antes de vernos — dijo Polly — ¿Recibiste mi nota?
— Tres páginas no es precisamente una nota.
—Me enfadé mucho cuando te oí hablar de mí de esa manera — se justificó.
—Ya lo he visto. Pero estaba desahogándome. No pensé que me estuviera oyendo nadie — respondió—. Háblame de mi hijo —le pidió entonces.
—¿Te importaría... te importaría decir nuestro hijo aunque fuera por una vez?
— Me parece difícil.
—¿Por qué?
— Porque «nuestro» sugiere algo que se comparte.., y tú no estás compartiendo nada conmigo—se quejó Raúl.
—Yo no... no había planeado obligarte a que te casaras contra tu voluntad —balbuceó Polly.
— Se te ocurrió por casualidad, ¿no?
—¿Dónde estás? —le preguntó ella, tratando de no ofenderse por el tono sarcástico de Raúl.
—En mi coche... ¿qué decías entonces del matrimonio? —la presionó.
—No tenemos por qué seguir casados —solté de golpe Polly, liberándose de un gran peso. Raúl se quedó en silencio—. Supongo... supongo que seguirás furioso por haberme fugado del hospital...
— Es posible.
—De pronto sentí que no podía confiar en ti; me sentí atrapada; no se me ocurrió otra alternativa.., aunque fue una decisión impulsiva.
—Tienes demasiados impulsos, Polly —se burló Raúl—. ¡Y me estoy hartando de esta conversación! — añadió, justo antes de colgar.
Polly tardó varios segundos en reaccionar. El silencio del apartamento la envolvió. Se levantó y fue hacia la cuna. Luis estaba dormido, pero debía darle de comer en breve. Mientras le preparaba un biberón, repasé con inquietud la conversación con Raúl.
Y, de pronto, sonó el timbre de la puerta. ¿Quién podía ser? Maxie era la única persona que sabía que se estaba alojando allí. Pulsó el botón de abrir sin pararse a reflexionar más y luego la extrañó que su amiga la visitara dos veces en un mismo día. ¿Habría ocurrido algo? Polly esperó con impaciencia hasta que el ascensor llegó hasta el ático. Cuando las puertas se abrieron, fue Raúl el que apareció.
—Desde luego, te mereces que te den un buen susto —la reprochó él—. ¡Tanto circuito de seguridad y ni siquiera te molestas en preguntar quién es antes de abrir la puerta!
—Yo... —los dientes le castañetearon—, di por sentado que sería Maxie.
—¿Es que no tienes cerebro? Podría haber sido un violador, un ladrón... ¡Y seguro que estás sola!
Polly asintió con la cabeza, incapaz de hablar, absorta en aquel cuerpo irresistible de anchos hombros y piernas musculadas.
—j,Cómo... cómo te has enterado de dónde estaba? — acertó a responder.
—Después de localizar tu llamada, conseguir tu dirección fue un juego de niños. ¿Por qué te crees que prolongué tanto la conversación? —respondió—. Angelos Petronides me las pagará por haberme hecho esto —aseguró con cara vengativa.
—¿Angelos?, ¿conoces al marido de Maxie? —preguntó Polly, sorprendida.
—Claro que lo conozco. Es el dueño de este edificio. Jamás pensé que colaborara en una fuga tan infame; pero ya que lo ha hecho...

— ¡No!, ¡él no ha hecho nada! —protesté Polly con vehemencia—. Ni siquiera he conocido al marido de Maxie. Le dije que necesitaba alojarme en algún sitio y ella me trajo aquí. Seguro que Maxie no tiene ni idea de que tú conoces a Angelos. Y le pedí que fuese discreta...
De repente tuvo la sensación de que Raúl había dejado de prestar atención a sus palabras... y recordé que sólo llevaba un camisón transparente que dejaba a la vista sus hombros y la lencería que realzaba sus pechos y sus muslos.
Polly notó que los senos se le inflaban y los pezones se le endurecieron.
—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación mirar? —le pregunté, cubriéndose con los brazos.
Raúl soltó una risotada que la desconcerté. Polly trató de mirarlo reprobatoriamente, pero en esos momentos no consiguió mostrar su disgusto.
—Has pasado de estar embarazada a tener un cuerpo esbelto y pecaminoso... ¿y te extraña que te mire? —pregunté Raúl con voz rugosa—. Además, soy tu marido...
Polly se puso colorada. No sabía adónde mirar, pero no sería a su cara, desde luego. Ahora comprendía lo de los mensajes equívocos de que había hablado Maxie antes. Tan pronto se mostraba Raúl distante como adoptaba un tono seductor o hacía intención de comportarse como un esposo normal.
Pero, ¿acaso era tan extraña la reacción de Raúl? ¿No actuaría igual cualquier hombre en presencia de una mujer medio desnuda?
—Voy a ponerme algo encima y ahora hablamos.
— Antes déjame ver a Luis — le dijo, agarrándola por una mano.
—Ya no estás enfadado con el marido de Maxie, ¿verdad? —preguntó preocupada mientras lo guiaba hacia un pasillo.
—Yo nunca me entrometería en la vida de un hombre y su esposa — replicó Raúl.
Polly comprendió que no podía razonar con Raúl en esos momentos. Por otra parte... ¿la había llamado esposa? Después de tres semanas tratando de convencerse de que *su* matrimonio *era* una farsa, la extrañaba que la tomara por su mujer.
—Raúl... necesitaba tiempo para pensar a solas— murmuró.
—Tuviste meses para pensar sin tenerme delante.
Pero su relación había cambiado en las semanas anteriores, quiso protestar Polly mientras entraba en la habitación donde dormía Luis. Se habían precipitado con el matrimonio y no había podido soportar la presión de marcharse a Venezuela con aquel hombre tan dominante.
—Conozco a Digby desde que nací. Lo que oíste fue una conversación privada con un amigo —prosiguió Raúl—. ¿A que no has hablado bien de mí con tu amiga Maxie estas semanas? ¿Y crees que debo enfurecerme porque te hayas desahogado con ella?, ¿escribir tres páginas llenas de resentimiento y desaparecer? —preguntó, después de que Polly se sonrojara al escuchar la primera de las cuestiones.
—No, pero...
—No hay peros que valgan —interrumpió Raúl—. Sólo las mujeres os comportáis así.
—Me equivoqué... Debería haber hablado contigo cara a cara — concedió Polly con gran esfuerzo.
—En vez de ponerme como hoja de perejil por carta —añadió Raúl—. Te advierto una cosa, Polly: nunca, jamás en la vida, permitiré que vuelvas a usar a nuestro hijo en contra mía.
Justo en ese momento, Luis ejercitó sus pulmones y emitió un ruidito para llamar la atención. Polly fue por el bebé, pero Raúl se adelantó, lo agarró en brazos con seguridad y le habló en español, muy sonriente.
En un abrir y cerrar de ojos, Raúl había pasado de amenazarla a aquel despliegue de ternura. Polly no entendía cómo podía cambiar de registro emocional a tanta velocidad.
—Voy por el biberón —murmuró ella.
Se dirigió a su dormitorio y, al regresar, Raúl se levantó de su asiento para dejarla que se acomodara. Le entregó al bebé y luego se puso de cuclillas para ver comer al pequeño.
— ¡ Dios!, ¡ no me extraña que haya crecido tanto! —exclamé, al advertir el apetito de Luis.
—Quiero que sepas que nunca usaría a Luis como arma...
—Ya lo has hecho —cortó sin vacilar Raúl, para ponerse de pie a continuación—. En las

peleas entre parejas, los niños suelen usarse como arma arrojadiza. Tú mejor que nadie deberías saberlo: cuando tus padres se divorciaron, él te separó de tu madre. ¿Por qué? Era su modo de castigarla por haberse marchado con otro hombre.
—Supongo —reconoció Polly mientras se levantaba para cambiar a Luis, asombrada por lo mucho que Raúl recordaba de su pasado.
—El amor se vuelve odio con mucha facilidad. Nunca dura mucho tiempo —aseguró él con gran escepticismo.
—No es verdad —contestó Polly—. Respecto a lo que dije de que no teníamos por qué seguir casados...
— ¿Sí? — pregunté Raúl tras una pausa silenciosa.
—Mira, ¿por qué no me esperas en el salón mientras termino de cambiar a Luis? —le propuso Polly. Minutos después, lo devolvió a la cama, contento y adormilado—. Te quiero, mi vida —le susurré.
Luego, cuando entré en el salón, Raúl tomó la palabra:
—No me gusta este salón. El edificio de enfrente me pone claustrofóbico —dijo.
—Raúl —lo llamó Polly, en un intento de centrar la conversación.
—No voy a concederte el divorcio —zanjó él.
¿Acaso imaginaba que le iba a pedir parte de su fortuna a cambio del divorcio?, se preguntó Polly.
—No tenemos por qué divorciarnos. Seguro que podemos pedir una anulación de este maldito matrimonio —estalló ella—. Será como si nunca hubiese sucedido.
—¿Una anulación? —preguntó Raúl, el cual no había considerado tal posibilidad.
—¿Por qué no?
—A ver si lo entiendo —Raúl puso cara de total incomprensión—. Hace menos de un mes te casaste conmigo y ahora, si haber convivido un sólo día conmigo, ¿has cambiado de opinión?
—Me equivoqué dejando que te casaras conmigo, sabiendo que tú no querías. Lo reconozco.
—Pero lo reconoces tarde. Demasido tarde —repuso Raúl.
—No es demasiado tarde —dijo Polly—. No hemos vivido juntos... ni nada parecido. ¿Por qué me miras como si estuviera loca? ¡Tú no quieres estar casado conmigo!
— ¡Pero he aceptado el hecho de estarlo! —espeté Raúl.
—Creo que los dos nos merecemos algo más —protesté Polly—. Nos precipitamos al...
—Yo no me precipité —la cortó Raúl—. Yo sólo quería quitármelo de en medio.
—Sí, de acuerdo... ¿pero no te parece que no es una base muy prometedora para formar un matrimonio? — insistió Polly —. Pensé que te alegrarías de poder recuperar tu libertad.
—La libertad es un estado mental. Ahora mismo no veo que el matrimonio pueda cambiar mi vida en nada —respondió él—. Tú eres mi esposa y la madre de mi hijo. Te aconsejo que te vayas acostumbrando —finalizó desafiante.
— Pero... — Polly estaba atónita. Le tembló el labio inferior—. No entiendo...
— A veces hablas demasiado, cielo — comentó Raúl.
— ¿Por qué me llamas así? — susurré Polly, que apenas lograba respirar de la presión ambiental.
—¿Cielo? —Raúl rió y acortó la distancia entre ambos de un paso—. Por el color de tus ojos. Son azules como el cielo, como los de un gatito suave con las garras afiladas.
—¿Me tomas por una mascota? —replicó Polly, luchando por no dejarse intimidar por la proximidad de su esposo—. ¿Qué te crees que soy?
—Si supiera qué es lo que me atrae de ti, seguro que ya me habría cansado —respondió Raúl.
—Pero yo no te atraigo... —Polly se quedó de piedra.
—Puede que haya controlado mis instintos más primitivos; pero he perdido la cuenta de las veces que estuve a punto de sucumbir a la tentación de abrazarte cuando estábamos en Vermont —confesó Raúl—. Entonces creía que me atraías por el simple hecho de que llevabas a mi hijo...
—¿Sí? —dijo Polly, sin respiración, totalmente confundida. El corazón le latía contra el pecho como un martillo desenfrenado.
—Pero por fín he comprendido lo que nos unió desde el principio — prosiguió Raúl,

posando sus manos sobre los hombros de ella—. Te elegí a ti porque, subconscientemente, revolucionaste mis hormonas. Una vez que me di cuenta, todo empezó a encajar para mí.
—¿Qué? —preguntó. Estaba tan atónita que ni se movió cuando el camisón resbaló por su cuerpo hasta caer a la moqueta. Raúl se inclinó y lo levantó del suelo sin dificultad—. ¿Qué estás haciendo!—gritó Polly, histérica.
—Los maridos no tienen que controlar sus instintos primitivos — replicó Raúl. -
—Bájame ahora mis...
Pero Raúl silenció sus protestas, tapándole la boca con sus propios labios.
Polly vio estrellas dentro de su cabeza. No se parecía al único otro beso que habían compartido, cálido, pero sin llegar a explotar la pasión. Raúl la estaba devorando con intensidad, le estaba mordisqueando los labios... Estaba disfrutando con un juego que provocó una reacción en cadena en el cuerpo de Poliy, deseosa de más y más ardor.
Polly gimió, le acarició el pelo y lo atrajo hacia sí. Raúl se separé sin avisar y abandonó el salón, sujetándola aún en brazos.
— ¡Dios, podría hacerte el amor durante toda la noche!
—¿,Adónde me llevas? —preguntó Polly, sofocada. Raúl localizó su dormitorio, justo frente al de Luis, entró y la colocó con cuidado sobre la amplia cama. Luego encendió la luz tenue de la lamparilla de noche, se puso recto y sonrió—. ¿De verdad crees que me voy a acostar contigo?
— Sí — contesté Raúl mientras se desataba la corbata—. Eres mi esposa.
— ¡Este no es un matrimonio normal! —exclamó Polly, aún con los ojos muy abiertos.
—Ese es nuestro mayor problema. Cuanto antes se convierta en un matrimonio normal, mejor para los dos — replicó él mientras colocaba su chaqueta sobre una silla—. Es hora de que olvidemos cómo empezó todo.
—¡Si no hemos empezado nada! —gritó Polly, incapaz de creerse que Raúl estuviera desabotonándose la camisa delante de ella—. ¡ Yo ya estaba embarazada antes de que nos conociéramos!
— Deja de complicar las cosas. Estabas embarazada de mi hijo. Eso favoreció una intimidad especial desde el principio.
—¿En Vermont?, ¿cuándo aparecías de la nada cuando te apetecía? —lo acusó Polly.
—No llegas al metro setenta y combates como si fueras una gigante — se maravillé Raúl.
— Quiero que me trates con seriedad, Raúl — le pidió Polly, tratando de no perder los nervios.
—Entonces dime algo que tenga que ver con el presente —repuso él—. Vermont sucedió hace meses. Vermont sucedió cuando todavía creía que recogería a mi niño y me marcharía. Nuestra relación ha evolucionado mucho desde entonces.
Polly se quedó sin saliva cuando Raúl se quitó la camisa. Tenía un torso atlético, bronceado, con un poco de vello en los pectorales.
—Todavía no estoy preparada para compartir dormitorio contigo —le dijo, ruborizada.
—Yo estoy preparado por los dos —contestó Raúl con seguridad.
—Pero... yo no puedo... antes de que vinieras esta noche, pensaba que íbamos a anular nuestro matrimonio —le recordó tensa—. Y yo no me tomo el sexo a la ligera...
—Me encanta saber eso.
—Yo.... nunca lo he hecho antes —confesó finalmente.
—¿,Qué? —se asombró Raúl.
—Nunca me he acostado con nadie —repitió Polly.
—No es posible.
— ¡ Sí lo es! —gritó desesperada.
—¡Mírame a los ojos! —le ordenó él. Polly obedeció mortificada.
—Algunas mujeres no vamos de cama en cama—espetó.
— Pero has ido a la universidad — Raúl se acercó a ella y la observó como si fuese un objeto raro—. Tienes que haber tenido una relación al menos.
—Nada sexual. No creo en el sexo sin compromiso —explicó Polly—. Y el compromiso es algo muy desagradable para muchos hombres hoy en día. Puede que sea una anticuada, pero no me avergüenzo de mis convicciones.
—De modo que eres virgen... —susurró Raúl mirándola con más hambre todavía—. Me sorprende mucho; pero creo que sabré manejar la situación. Y, como marido tuyo, no

podrás negar mi compromiso contigo.
Polly se quedó pálida y bajó la mirada hacia sus pies, donde yacía el camisón transparente.
¡ Pero tú no querías este compromiso! — le recordó con nerviosismo
—Me acostumbraré
—Pues... si compartimos la cama, debes serme fiel, Raúl —le exigió con franqueza.
—Ninguna mujer me dice lo que debo hacer —replicó él—. ¡ Y eso te incluye a ti!
— Lo menos que puedes hacer es ser fiel a tu esposa — insistió Polly.
— ¡Dios! —bufó Raúl. Luego recogió su camisa y se la puso de nuevo—. Ya has encontrado otra arma con que atacarme, ¿no? Se me ocurre más de una docena de hombres y mujeres que engañan a sus parejas; ¿te crees que ellos no se juraron fidelidad también?
—Pero...
—Este matrimonio está en período de prueba, como toda relación nueva. ¿Te parece normal vivir bajo un mismo techo como si fuéramos dos hermanos? —argumentó Raúl—. Primero me chantajeas con mi hijo y ahora me chantajeas con el sexo.
— ¡No! —protesté dolida, temblando, estremecida.
Raúl colocó un brazo alrededor de las caderas de Polly y la atrajo hasta que los senos de ella se aplastaron contra el muro de su pecho.
—A mí no me impones más condiciones. Una mujer como es debido no pone precio a su cuerpo.
—Yo... yo no estaba haciendo eso.
—El matrimonio está a prueba, ¡pero yo no! ¡No permito que me juzgues por las relaciones que haya mantenido en el pasado! — exclamó Raúl. Polly no podía respirar. Se sentía hipnotizada por el poder de esos ojos negros, embriagada por la fragancia masculina de Raúl—. Eres una hipócrita: lo estás deseando tanto como yo —añadió. Luego le acarició la barbilla y comenzó a deslizar un dedo por su cuello.
—No sé de qué hablas...
— Entonces déjame que te lo enseñe — dijo él mientras la tumbaba de nuevo sobre la cama. Antes de que pudiera reaccionar, Raúl se echó encima de ella y aplastó su boca contra la de Polly. Exploró con la lengua el cielo del paladar de ésta, que no pudo evitar gemir de placer. Puso una mano debajo de su espalda y la arqueó para que notase la fuerza de su excitación, contacto que revolucioné la sangre enfervorizada de sus venas.
Raúl despegó la cabeza. Polly parecía ensimismada, estaba temblando, sin fuerzas para resistir la atracción que la hechizaba. Raúl sonrió y le desabotonó el sostén mientras ella se limitaba a mirarlo, a estudiar sus cejas, sus pómulos, su pelo negro, el vello incipiente de la barba...
—Tienes unos pechos muy bonitos —murmuró él.
Desconcertada, Polly siguió la mirada de Raúl y se sonrojé al verse los pechos desnudos.
—Raúl... —dijo con la voz quebrada, yaciendo sobre la cama. Quería cubrirse, marcharse, pero una fuerza inexplicable se lo impedía.
El paseó un pulgar por uno de sus pezones y Polly sintió una descarga voluptuosa por todo el cuerpo y fuego líquido entre los muslos.
— Y eres muy sensible — susurré Raúl con voz ronca... para dejar la cama acto seguido. Polly se encontré sola de repente, expuesta a la mirada fogosa de Raúl, y se dio media vuelta mientras él se vestía, dispuesto ya a marcharse —. Podría poseerte cuando quisiera... y te poseeré — sentenció.
— ¡No puedes obligarme a hacer nada que yo no quiera!
—Claro que puedo, cielo. ¿Es que no has aprendido nada en los últimos cinco minutos? — replicó Raúl inmisericorde —. Tienes una capacidad asombrosa para dejarte llevar por la pasión. Antes de que te des cuenta, me estarás suplicando que comparta la cama contigo.
Polly estaba tan desconsolada por lo que acababa de ocurrir, que sólo pudo mirarlo, con el corazón por los suelos. La había humillado para demostrarle el poder sexual que ejercía sobre ella. No comprendía cómo podía ser tan frío como para haber llegado a aquel punto de excitación y retirarse sin mayores problemas.
—Mañana por la tarde te recogerá un coche. Nos vamos a Venezuela — la informó Raúl—. Buenas noches, señora Zaforteza — se despidió.
Polly lo oyó alejarse por el pasillo. Quería gritar de frustración. Odiaba a Raúl, pero se odiaba aún más a sí misma. Él la había besado y ahora se sentía insatisfecha; su cuerpo

deseaba más; deseaba rendirse a la tentación, mientras que Raúl...

Raúl se había marchado tan campante, contento por haberse salido con la suya de la manera más destructiva.

# Capítulo 6

Polly descansaba en un cómodo asiento del jet privado de Raúl. Luis estaba dormido y su padre se retrasaba.

Miró con curiosidad a Irene, la bella y morena azafata que aguardaba la llegada de Raúl. Al oír unas pisadas que se acercaban y advertir el rubor que encendió las mejillas de Irene, Polly envidió que la azafata viese a Raúl antes que ella. Tragó saliva en un intento de refrenar sus emociones.

— Perdón por el retraso — se disculpé nada más entrar. Luego fue hacia el bebé y le acarició la cabeza—. Siempre está dormido — comentó orgulloso.

—Cuando tú estás delante. A mí me ha tenido despierta más de media noche —replicó Polly.

Raúl rió y tomó asiento frente a ella, de modo que no tuvo más remedio que mirarlo. Cerró las manos, clavándose las uñas en las palmas; el corazón se le aceleró, la piel comenzó a transpirarle y, aunque lo intentó, no logró apartar la vista de Raúl.

Su rostro, que ya conocía como el suyo mismo, seguía atrayéndola de modo irresistible. Su nariz arrogante, el mentón agresivo, la boca ancha... todo indicaba fortaleza y carácter masculino.

—Cuando lleguemos, todos los criados se desvivirán por nuestro hijo —aseguró Raúl—. Lo van a mimar tanto que a partir de ahora no tendrás que ocuparte de él ninguna noche.

No daba la impresión de que Raúl estuviera nervioso. Hablaba con naturalidad de su llegada a Venezuela, donde haría mucho calor y lo más probable sería que lloviese.

Poco después de despegar, Raúl se quitó el cinturón de seguridad e hizo lo mismo con el de Polly. Luego se levantó y la agarró por los hombros para que también ella se pusiera en pie.

—¿Qué estás haciendo?

— Primera lección para ser una buena esposa —dijo Raúl con expresión divertida—. Aunque estés muy enfadada conmigo, debes aparentar que te alegras de verme.

— No... no te entiendo — balbuceó Polly —. Eres muy inconstante: anoche estabas furioso conmigo y ahora...

—Simplemente, no estoy acostumbrado a que me den calabazas en la cama —respondió él con voz de seda—. Y después de convertirme en tu marido oficialmente, tu negativa fue un golpe duro para mi ego.

— Pero ya intenté explicarte lo que sentía...

—No me diste ninguna razón seria, Polly —la interrumpió Raúl—. Tú me deseas y yo te deseo. Estamos casados. El sexo es sólo una necesidad fisiológica, no algo tan trascendental como para que nos separe.

¿Cómo que el sexo no era trascendental?, ¿ es que para Raúl sólo era un mero apetito caprichoso que se sacia con cualquiera? Entonces, ¿no era ella en especial la que lo atraía?

—Si esperas demasiado de mí —prosiguió Raúl—, acabaré decepcionándote. No permitas que eso suceda. Conténtate con lo que tenemos —le aconsejó.

—¿Y qué es lo que tenemos?

Raúl la atacó por su lado más débil. La levantó en brazos, la besó y Polly se perdió, abandonada al placer de sentir... lo que sólo él podía hacerla sentir. Era una excitación dulce que la estremecía, a la que iba enganchándose sin remedio, como si se tratase de una droga adictiva.

Cuando separó los labios, Raúl la encontró aferrándose a su cuerpo, deseosa, con las mejillas sonrosadas y la respiración entrecortada.

—Al menos tenemos un punto de partida, cielo—contestó él, satisfecho—. Ahora será

mejor que descanses.

—¿Por qué?

— Pareces agotada y el viaje es muy largo.

—¿Y Luis?

—Puedo ocuparme de él durante unas horas —le aseguró Raúl mientras devolvía a Polly al suelo. Le temblaron tanto las piernas, que no estuvo segura de si lograría andar hasta un compartimento que había en el jet, con una cama para dormir.

Raúl la observó, sonriente, mientras Polly se encerraba en el compartimento. Estaba furiosa: primero había jugado con ella y luego la había mandado a la cama como a una niña pequeña. Era incapaz de comprender aquel autocontrol o de intuir cuál sería el siguiente paso de Raúl.

Prefirió no pensar cómo y dónde había adquirido su marido esa seguridad en lo referente al sexo. Se hizo un ovillo sobre la cama y no tardó en quedarse dormida. Hasta que Raúl no se lo había dicho, no había sido consciente de lo cansada que estaba.

Polly abrió los ojos y se sintió desconcertada hasta recordar que estaba en el jet de Zaforteza. Miró el reloj y se quedó asombrada por lo mucho que había dormido... ¡Luis! Se apartó el pelo de la frente, saltó de la cama y salió del compartimento.

—¿Por qué no me has despertado antes? —le preguntó a Raúl, el cual estaba sujetando al bebé entre los brazos... pegado a Irene.

—Estabas agotada, y a Irene no le importó echarme una mano — contestó él, con el ceño fruncido—. Deberías cambiarte. Aterrizaremos en Maiquetia dentro de una hora.

La azafata seguía apoyando una mano sobre el hombro derecho de Raúl. Polly se quedó desolada al comprender que sentía unos celos feroces de aquella mujer. ¿Qué habrían hecho durante todas esas horas mientras ella había estado dormida?, ¿por qué la había mandado a dormir Raúl con tanto interés?

Mientras Polly escrutinaba a Raúl con una mezcla de sospecha, desconfianza y deseo resentido, él se levantó y colocó a Luis en su cuna:

—Voy a afeitarme —dijo.

—¿Has dormido tú algo? —le preguntó Polly.

—Lo suficiente. No soy de mucho dormir —respondió Raúl mientras entraba en el baño del compartimento.

— Su marido es inagotable, señora. Apenas ha pegado ojo durante todo el vuelo — intervino la azafata, mirando a Raúl con ojos de idolatría—. Pero no se preocupe: me he encargado de que coma bien y de que estuviera a gusto.

Polly se quedó blanca. Como no sabía qué hacer, decidió regresar al compartimento, a la espera de que Raúl saliese del baño. Cuando la puerta se abrió finalmente, estaba envenenada por los celos:

— ¿Te has acostado con Irena? — le preguntó sin rodeos.

—¿De verdad me estás preguntando eso? —replicó él. La absoluta falta de reacción de Raúl la dejó perpleja. Luego se puso roja... pero, aún así, necesitaba estar segura:

—j,Cómo quieres que no recele, viendo cómo revolotea ella a tu alrededor?

—Si respondo a esa estupidez, me harás perder los nervios —la advirtió en voz baja.

—No me fío de ti...

—No toleraré numeritos de mujer celosa. No hay nada que me reviente más. Yo no me acuesto con mis empleadas, Polly. La única mujer en mi vida ahora mismo eres tú

—concluyó Raúl con firmeza.

— Quiero creerte, pero...

— Pero tienes celos de Irene. Quizá se deba a que ella intenta parecer una mujer adulta y atractiva, mientras que tú sigues vistiéndote como una adolescente que no quiere crecer — la acusó Raúl. Polly se quedó boquiabierta por aquel ataque inesperado—. Ese vestido podría llevarlo una niña de tres años — añadió, apuntando al vestido blanco que iba a ponerse Polly, aún en camisón tras la siesta.

— ¡Lo compré en la sección de niños! ¡Las tiendas normales no tienen tallas para mujeres de tan poco peso y estatura como yo! —repuso Polly—. Y como no me gusta vestir de adolescente, no me queda más remedio que elegir vestidos amplios y sencillos — explicó.

—Está bien... —Raúl se encogió de hombros—. Me ocuparé de eso.

— ¡ Y no estoy celosa de esa mujer... ni me gusta que cambies de tema!

—No cambio de tema, Polly; sólo me niego a hablar de él —precisé Raúl—. Piensa un poquito: lrene es venezolana; las mujeres venezolanas son atractivas, se toman confianzas, coquetean...

— ¡ Pues estoy deseando conocer a los venezolanos! Seguro que me voy a divertir mucho en tu país — contraatacó Polly con rabia.

— ¡ Me perteneces! — bramó él, agarrándola salvajemente —. Te haría pedazos antes de que otro hombre se acercara a ti. No soy un hombre celoso, pero nadie pondrá mi honor en duda. Además, nuestro hijo necesita estabilidad.

Polly asintió, temerosa de acercarse demasiado a las llamas que salían de los ojos de Raúl.

— Perdón si me he excedido — se disculpé éste entonces. ¿Cómo que si se había excedido?, se preguntó Polly mientras miraba a Raúl. Pero lo que más la sorprendía era que hubiese irritado a su marido con ese comentario acerca de su disponibilidad con otros hombres—. Habrá sido el desfase horario... Tú no eres ese tipo de mujer. Si no, jamás me habría casado contigo —añadió.

¿Qué tipo de mujer?, ¿una mujer infiel? ¡Vaya inquietud para un hombre como Raúl! Porque él era un rompecorazones, poseía todas las virtudes valoradas por las mujeres: tenía personalidad, buena apariencia, era sexy, rico, poderoso... ¿Cuántas mujeres se arriesgarían a perder a Raúl para acostarse con otro hombre?

—Me reuniré contigo dentro de un par de días—prosiguió Raúl.

—¿Qué? —preguntó Polly—. ¿De qué estás hablando?, ¿adónde vas?

—Me temo que esta noche tengo que quedarme en Caracas. Mañana estaré en Maracaibo y lo más probable es que también me quede pasado. Tengo que atender a varios asuntos urgentes. Llevo muchas semanas fuera —le recordó con sequedad.

Polly se metió en el baño, se refrescó, se puso el vestido blanco sin entusiasmo alguno y, al salir a la nave principal del jet, no pudo evitar reparar en las miradas que Irena le lanzaba a Raúl. Era evidente que estaba enamorada de él y éste estaba tan acostumbrado a que las mujeres se deshicieran atendiéndolo, que ni se habría dado cuenta.

—Está bien, reconozco que hay un problema —dijo entonces Raúl, para sorpresa de Polly, mientras Irene recogía las cosas de Luis en el otro extremo del jet—. Pero te aseguro que no le he dado motivos para que conciba esperanzas.

Polly asintió en silencio y se sintió como una tonta por haberse puesto celosa.

Minutos después, tras haber aterrizado, Raúl se despidió de Polly con frialdad. Irene se quedó con ella y con su hijo, para acompañarlos a la casa de los Zaforteza en Venezuela.

¿Sería siempre así su relación con Raúl?, ¿nunca lograría conocerlo?, ¿adivinar lo que ocurría dentro de su inteligente cabeza? Y esos asuntos urgentes, ¿serían sólo una excusa para alejarse de ella? ¿Y si había pretendido acompañarla a casa, pero se había arrepentido después de verse acosado por los celos de ella?

Cuando bajó del jet, protegida por un paraguas que también cubría a Luis, llovía con intensidad. Ni el piloto ni el chófer sabían una palabra de inglés. Polly se enfadó: ¿cómo había podido dejarla en un país desconocido, rodeada de personas con las que no podía comunicarse?

A través de la ventana fueron pasando edificios, palmeras dobladas por el torrente de agua que caía. Hacía mucho calor y la humedad era insoportable. Raúl la había mandado sola a un infierno mientras él hacía lo que le daba la gana, como estaba acostumbrado a hacer.

Una majestuosa residencia de estilo colonial se vislumbré entre la cortina de lluvia. Cuando la puerta del coche se abrió, Polly resguardó a Luis, subió las escaleras de la entrada y agradeció el aire acondicionado del interior.

Una vez en el amplio zaguán de recepción, permaneció de pie frente a la legión de criadas que la estaban mirando.

Una rubia despampanante dio un paso al frente y le dijo algo en español:

—Lo siento. No sé hablar...

— Soy la Condesa Melina DÁgnolo. ¿Dónde está Raúl? — le preguntó la mujer con un inglés perfecto.

—Sigue en Caracas —respondió Polly. La otra mujer, adornada de brillantes joyas, pareció impacientarse.

—¿En Caracas? —protestó decepcionada. Su grito resonó e hizo eco en el interior de la residencia, lo cual perturbó el plácido descanso de Luis—. Así que éste es el niño del que tanto se hablaba.

Existe. Bueno, ¿a qué estás esperando? ¡Haz lo que sea para que se calle!

—Sólo tiene hambre...

—¿Cuándo vendrá Raúl?

—En un par de días.

—Entonces lo esperaré —respondió Melina, mirando con severidad a Luis, que seguía llorando a pesar de los esfuerzos de Polly por consolarlo—. Pero llévate a ese niño arriba, donde no pueda verlo ni oirlo.

—Me temo que no tengo intención de... —arrancó Polly, furiosa.

—No toleraré ninguna impertinencia. ¡Harás lo que se te diga o ya te puedes ir buscando otro trabajo! En ausencia de Raúl, yo estoy al mando de esta casa — la informó Melina.

Polly comprendió que la había tomado por una empleada y levantó la cabeza para explicarle que ella era la mujer de Raúl; pero Melina ya estaba dando instrucciones en español a una criada de mediana edad. Luego volvió a dirigirse a Polly:

— La asistenta te acompañará a la habitación del niño. Puedes comer allí. No quiero que ese crío me interrumpa, ¿está claro?

—¿Por qué dices que estás al mando de la casa?, ¿tienes alguna relación con Raúl? —le preguntó Polly con firmeza.

— Nunca he tenido que identificarme en esta casa —replicó Melina enfurecida—. Raúl y yo somos amigos íntimos desde hace mucho tiempo.

Polly se quedó blanca. Era evidente lo que Melina había sugerido. El estómago se le revolvió. Después de enfadarse sin motivo por Irene, se encontraba frente a su verdadera rival.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Melina.

—Creo que esto va a resultar violento —respondió Polly—. Raúl y yo nos casamos hace un mes.

Un silencio tenso envolvió toda la casa y Luis rompió a llorar de nuevo.

— ¡No es posible! —exclamó Melina con gesto incrédulo.

—Me temo que sí —aseguré Polly, mirando a la asistenta, que seguía esperándola.

— Déjeme que lleve a Luis arriba y le dé de comer, señora — se ofreció la mujer.

Polly le entregó al niño, contenta de poder alejarlo de aquel ambiente tan tenso.

—¿.Señora? —repitió Melina con sarcasmo—. Creo que tenemos que hablar.

Polly deseó que Raúl acudiese en su ayuda. ¿Cómo podía haber olvidado decirle a su amante que se había casado?

—No creo que haga falta.

— Si lo prefieres, podemos discutir aquí mismo, donde pueda oírnos todo el servicio.

—Tú y yo no tenemos nada que discutir —insistió Polly, después de seguir a Melina a una habitación apartada.

—Está claro que Raúl se ha casado contigo por el niño. El truco más viejo de todos. Te creerás muy lista, ¿verdad? —Melina soltó una risotada de desprecio—. Sí, reconozco que me has sorprendido. Hace diez años Raúl me quería; pero se negó a casarse conmigo... ¡y yo me casé con otro hombre para darle una lección! Así que no me digas que Raúl te quiere, porque soy la única mujer a la que ha amado. Me da igual que haya tenido alguna aventurilla —concluyó Melina.

—Eso es problema tuyo, no mío.

—Tu matrimonio no durará ni seis meses —vaticiné Melina—. Raúl adora su libertad. Cuando mi marido murió, decidí ser paciente. Nunca he interferido en la vida de Raúl...

— Pues no empieces ahora — la interrumpió Polly.

— Si te crees que me voy a quedar de brazos cruzados, eres más niña de lo que pareces — la advirtió Melina, mirándola con desdén—. Por cierto, a ver qué tal se te da atender a la fiesta del mes que viene: tendrás doscientos invitados en un solo fin de semana. ¿Estás

acostumbrada a codearte con los ricos?, ¿qué tal montas a caballo? Normalmente me encargo yo de estas cosas, pero ahora que estás tú... Espero que Raúl no se enfurezca si no sale todo a la perfección.

—Seguro que me las arreglaré.

—Raúl volverá conmigo. Ya lo creo que volverá. Sólo es cuestión de tiempo —aseveró Melina—. Si a mí no me llegas ni al tobillo, ¡mucho menos vas a estar a la altura de él!

—Ya es hora de que te marches —le ordenó Polly.

— Si yo fuera tú, no le diría nada de esta discusión —murmuré la condesa con falsa dulzura, mientras salían de la habitación—. A Raúl le ponen enfermo las escenas de celos.

—¿Por qué eres tan amable de avisarme?

— Ya tienes bastantes problemas — contestó Melina con prepotencia.

Polly la vio marcharse y subir las escaleras. Estaba totalmente asombrada: Melina DAgnelo se había presentado como la amante de Raúl y no parecía tener prisa por desocupar su cama.

Y, desde luego, ella sí que era una rival de cuidado, y no la azafata morenita del jet. Melina era preciosa, tenía buen tipo, estilo, elegancia, clase... Era el tipo de mujer de Raúl.

Pero no, no debía desconfiar de él. Raúl le había dicho que ella era la única mujer en su vida en esos momentos y no le había dado motivo para cuestionar su sinceridad. Puede que la hubiera dejado sola frente a Melina, pero ésta acabaría marchándose y no tendrían por qué volver a verse. Tenía que olvidarse de ella. El pasado de Raúl no le concemía.

Polly subió las escaleras y, después de equivocarse dos veces, entró en la habitación del bebé, adornada exquisitamente, como sacada de una revista. Un grupo de criadas rodeaba la cuna de Luis, recién cambiado y muy contento; parecía un reyecito dando una audiencia y haciendo monerías.

—Hace tanto que no hay un bebé... —explicó la asistenta.

—¿Era la cuna de Raúl? —preguntó Polly, sonriente.

—No, señora... —la mujer desvió la mirada con expresión incómoda—. Pero fue la de su padre.

Mientras se preguntaba qué podía haber molestado a la asistenta, Polly se dejó guiar a un dormitorio grandioso. Al advertir que la tormenta había escampado, Polly abrió las puertas correderas que daban a la terraza y contemplé el bello y colorido paisaje de Venezuela.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó, apuntando hacia un pequeño edificio de compleja arquitectura.

—Para nada, señora —respondió la asistenta.

—Pues qué desperdicio... es muy bonito.

—Está lleno de fantasmas; no es un buen sitio

— dijo la asistenta, regresando al interior mientras Polly la miraba boquiabierta—. Le prepararé algo de desayunar, señora. Debe tener hambre después del viaje.

Esa tarde se dio un baño caliente y se sintió como una reina. Se miró la punta de los pies, Sacándolos de la espuma que cubría la superficie del agua, y suspiró.

Melina DÁgnolo había desaparecido como un hada mala; ¿pero cómo?, ¿y adónde había ido? Las tierras de Raúl se extendían kilómetros y kilómetros...

Cerró los ojos y se permitió pensar en Raúl. ¿La llamaría?, ¿sentiría interés por ella después de haber conocido a Melina?, se preguntó temerosa.

—Segunda lección para ser una buena esposa...—irrumpió una suave voz por sorpresa—. Si estás en el baño cuando vuelvo a casa, prescinde de jabones demasiado aromáticos para que pueda compartir el agua contigo.

# Capitulo 7

Polly abrió la boca y los ojos, estupefacta. Raúl estaba en la puerta del cuarto de baño y sonreía por la cara de sorpresa que ella estaba poniendo.

**—** Estás muy guapa **—** le dijo con ojos destelleantes, mirando sin embozo los pezones de Polly, que sobresalían por encima de la espuma—. A veces te comportas como una niña de diez años, cielo**—** añadió al ver que Polly se sentaba para cubrirse los pechos con las rodillas.

**—** ¿No podías llamar a la puerta? **—** preguntó ella a la defensiva.

**—** No estaba cerrada — contestó—. Pero ahora sí lo está —añadió, después de empujarla con suavidad.

En vez de preguntarle qué hacía o de cometer la imprudencia de pedirle que saliera del baño, Polly lo miró con ansiedad y sintió que una ola de deseo la envolvía. ¡Era tan alto y fuerte y estaba tan elegante con su traje gris y esa camisa blanca que realzaba el moreno de su piel...!

—¿Me has echado de menos? —le preguntó Raúl con voz rugosa.

—¿Cómo quieres que te haya echado de menos si te he visto esta misma mañana? — espeté Polly, con la respiración entrecortada.

**—** No sólo necesitas lecciones teóricas para ser una buena esposa... también te hace falta un curso práctico intensivo **—** contestó Raúl, disgustado—. ¿Tanto te cuesta dar una respuesta agradable?

Polly lo miró desconcertada por el inesperado enfado de su marido. Sintió ganas de llorar y de decirle que encontrarse con su amante le había amargado el día; pero guardó silencio.

—Es que no estoy acostumbrada a compartir el baño **—** se excusé.

—Entonces empezaremos por aquí —respondió él—. ¡ Dios!, ¡ no puedo creerme que haya regresado para estar contigo!

—¿No tenías un asunto urgente de negocios?

**—** Te aseguro que la perspectiva de seducir a mi esposa me apetecía más.

—Ah... —Polly no supo qué decir—. ¿Por qué eres tan rudo?

Raúl se agachó y, en menos de un segundo, sacó a su esposa de la bañera.

—No me regañes más, ¿vale? —murmuró el con diversión.

— Por favor... méteme en el agua — balbuceó Polly, suplicante

—A veces eres más pequeña que Luis —le dijo mientras la devolvía a la bañera con cuidado- ¡No iba a hacerte daño! —le aseguró.

—No... no sé por qué me quejo tanto contigo—mintió Polly—. No suelo ser así.

—lEn Vermont eras *muy* dulce. No sabía que tuvieras tanto genio; y mucho menos esa lengua tan afilada. ¿Por qué has cambiado tanto?

Polly quiso decirle que se había enamorado de él como no lo había estado jamás de ningún hombre, y que eso lo había cambiado todo; pero no podía arriesgarse a que Raúl descubriese sus sentimientos, pues éste se inflaría de orgullo y la daría por sentada.

Las mujeres habían malacostumbrado a Raúl, que estaba habituado a recibir todo cuanto deseaba a cambio de muy poco por su parte. Por eso no entendía Polly que su marido tuviese tantas ganas de acostarse con ella, *o* que pensase incluso que aquello serviría de algo cuando para él el sexo no era más que una necesidad fisiológica y ella.., ella sólo era una virgen por desflorar.

Raúl se quitó la chaqueta, la corbata, los zapatos, los calcetines

**—¿**Qué estás haciendo?

—Tranquila: perder la virginidad no te dolerá como ir a un dentista sádico.

—¿Y tú qué sabes?.

—Mañana te lo explico con palabras —contestó Raúl con una sonrisa diabólica, mientras se quitaba la camisa.

—¿Ésta es mi lección de anatomía? —preguntó ella, con un nudo en la garganta.

—¿La necesitas? —replicó él, al tiempo que se quitaba los pantalones sin timidez alguna. Polly no quería mirar, pero tampoco podía evitarlo. No lograba tragar saliva y estaba maravillada con el vello que le bajaba del abdomen musculado hasta perderse bajo unos

calzoncillos negros—. Vas a conseguir que sienta vergüenza — añadió con sorna, al notar cómo lo estaba mirando Polly.
— Tú no tienes vergüenza — lo criticó ésta sin convicción.
—Sí que eres pudorosa. En Vermont pensaba que era una pose —confesó Raúl—. Como eras tan abierta y directa en cualquier otro sentido...
—Yo no finjo —protestó Polly—. No puedo evitar la forma en que me educaron.
—¿Qué se supone que significa eso?
—Mi padre creía que las niñas debían ser recatadas, modestas y calladitas y mi madrina estaba de acuerdo...
—¿Y qué pasó con lo de calladitas? —la interrumpió Raúl de buen humor.
Luego se introdujo en la bañera y a Polly le entraron unas ganas casi irreprimibles de dejarlo solo.
—¿Por qué no podemos hacerlo en la cama como otra gente? —le preguntó mientras él terminaba de acomodarse en el otro extremo de la bañera —. ¡Me lo estás poniendo muy difícil!
—¡Vaya, vaya, cielito! —exclamó Raúl antes de romper a reír.
—¡Basta!, ¡no lo aguanto más! —gritó Polly con rabia suficiente como para empezar a levantarse, sin importarle que la viese desnuda.
Raúl se incorporó y tiró de ella de un brazo, lo suficiente para desequilibrarla y asegurarse de que cayera encima de él, poniéndolo todo perdido de agua.
—¡Suéltame! —exigió Polly.
—En realidad no tenía intención de consumar nuestro matrimonio aquí... sólo quería charlar — dijo él, con aire divertido.
—¿Cha... charlar? —repitió Polly mientras intentaba acomodarse en el baño sin *rozar* a Raúl.
—No tienes por qué asustarte.., al menos por el momento —aseguró él—. Mi intención era bañarnos juntos como estímulo para una intimidad mayor.
—¿Sueles charlar en el baño con las mujeres?—replicó Polly, desconfiada consciente de que a Raúl le hacía gracia su irritación.
—¡Maldición!, ¡estás obsesionada! —bramó él—. Los celos son una cosa muy destructiva ¿Es que quieres destruir nuestra relación antes de que empiece con estos ataques constantes?
*Polly cerró* los ojos y, en un segundo se le representaron una docena de bellos rostros femeninos. Sólo entonces reparé en la causa de sus celos. En Vermont, después de descubrir que Raúl sería el padre de su hijo, se había ido a la biblioteca para saber más de él... y en todos los periódicos y revistas sensacionalistas había visto fotos de su marido junto a un ramillete de rubias.
Y ahora, meses después, tras abandonar el hospital de Londres, había sospechado una posible relación entre Raúl e Irene y, para colmo, se había encontrado con la desagradable sorpresa de enfrentarse a Melina DAgnolo. ¿Tan raro era que se sintiese insegura y que no confiase en Raúl?, ¿que tratase de protegerse para no hacerse más daño?
—No puedo vivir así —aseveró él—. Es como luchar con un enemigo invisible... Haga lo que haga, siempre sospecharás de mi...
Luego se puso de pie, salió de la bañera, se secó con una toalla y fue hacia el dormitorio sin mediar otra palabra.
Y, de repente, Polly decidió dar una oportunidad a su matrimonio, más allá de sus temores e inseguridades.
Raúl no le había hecho el amor en Vermont, luego no la había traicionado si después se había relacionado con otras mujeres. Era un hombre libre y ella no podía reclamarle fidelidad. Si le costaba aceptarlo, era porque se había enamorado de él; pero ése era su problema, se dijo Polly.
Consciente de su error, Polly salió de la bañera, se secó con una toalla y se puso un albornoz, demasiado largo para *ella.*
—Raúl... lo siento — se disculpó.
— Olvídalo... Necesito un poco de aire fresco— contestó él mientras se subía la cremallera de unos pantalones color crema.
Observó en silencio cómo sacaba unas botas del armario del dormitorio y se sentaba en un

extremo de la cama para ponérselas.

—¿Vas a montar a caballo? —le preguntó Polly—. Está oscureciendo...

—Vuelve al baño con tus burbujas —la echó Raúl—. Moja ese cuerpo que tanto proteges y déjame en paz.

—Ya te he dicho que lo siento —Polly elevó la barbilla—. ¿Es que tengo que pedirte perdón de rodillas?

Raúl se giró y la miré directamente por primera vez desde que ella había regresado al dormitorio.

—¿Qué tal se te da desaparecer?~ —le preguntó con un látigo en la lengua—. Porque ahora mismo no me apetece tenerte cerca.

Polly pasó de estar sofocada a quedarse pálida. Sin previo aviso, Raúl se había convenido en un desconocido hosco e intimidatorio.

—Yo...

— Vuelve al baño antes de que diga algo que pueda herir tu sensibilidad — insistió Raúl con dureza—. ¡No estoy de humor para controlarme!

—No me da miedo lo que tengas que decirme.

— ¡No me provoques! —espeté Raúl—. Y haz el favor de no hablar con rodeos. ¡ Si tienes algo que decirme, ten las agallas de decirlo alto y claro, porque no estoy para andarme con tonterías!

Polly se acordó de Melina. Quería defenderse de los ataques de Raúl; quería explicarle el disgusto que se había llevado al cruzarse con esa mujer. Pero le daba miedo que mencionar el nombre de la condesa pudiera enfurecerlo más todavía.

—No tengo nada que decir —respondió, con la esperanza de finalizar con aquella discusión.

Pero a Raúl no le gustó el tono de voz que Polly había empleado y se puso de pie de un salto:

— ¡Eres una cobarde! —la acusé—. ¡Me avergüenza estar casado con una mujer con tan poco valor!

—Qui... quizá controlo mi genio mejor que tú—tartamudeó Polly.

— Esta mañana te dejé en el aeropuerto para evitar problemas. Me he pasado diez años alejándome de las mujeres cuando nuestras relaciones se ponían peligrosas y me ha ido muy bien hasta ahora — dijo Raúl con hostilidad—. Pero luego me di cuenta de que estábamos casados y pensé que nuestro matrimonio no tendría ningún futuro si te apartaba cada vez que me enfadabas por algo.

—Raúl, yo...

— ¡Cállate! Te estoy hablando —gritó él, hecho una furia—. No soporto tus celos. ¡Y para ser tan reprimida como eres, me extraña que insistas tanto en querer saber lo que he hecho con otras mujeres!

Polly apretó los labios para que no se notase que le castañeteaban los dientes, así como le temblaba el resto del cuerpo, mientras miraba a Raúl ponerse una camisa blanca.

-Yo no quiero saber... —vaciló, quiero decir...

— ¡No pienso hacer ni un sacrificio más para que este matrimonio funcione! —le juró Raúl—. Tengo a mi hijo... ¿qué más necesito?, ¿para *qué* quiero a una niñata que se muere de miedo ante la idea de hacer el amor conmigo?

—Raul, por favor... —murmuré Polly, apabullada, mientras él salía del dormitorio.

Raúl gritó algo por el pasillo. Polly lo siguió a distancia y vio a una de las criadas de la mansión, la cual se acercó a todo correr para atenderlo.

Raúl le habló en español y la criada asintió con la cabeza y salió disparada.

— ¡ Ya no tienes que preocuparte más por mí, esposa mía! —se burlé Raúl—. La criada va a trasladar tus cosas a otro dormitorio

# Capítulo 8

Polly se dirigió a la habitación de invitados que la criada le había asignado, sin mirarla una sola vez a los ojos. Se sentía avergonzada por haber sido expulsada del dormitorio marital.

El siguiente par de horas fue una tormenta de emociones poderosas Nunca había conocido a alguien con tanto genio como Raúl y jamás había imaginado que éste pudiera hablarle de esa manera.., mirarla como si no le importara nada y estuviese determinado a no volver a prestarle atención.

Primero sintió rabia porque Raúl había hecho pública la discusión, y luego la envolvió un inmenso dolor por la forma tan brutal que su marido había tenido de rechazarla No llevaban ni veinticuatro horas juntos y ya había terminado todo entre ellos. No lo soportaba. Le entraron ganas de agarrar a Luis y correr... para que Raúl se arrepintiese.

Luego, más calmada, consideró su propio comportamiento y no le gustó nada. Y cuando procuró ver las cosas desde la perspectiva de su marido, no pudo evitar sentirse una estúpida, remilgada e insegura.

Además, ¿cuántas parejas había que se reconciliaban gracias al sexo? Él estaba acostumbrado a que todas las mujeres estuviesen a sus pies y, sin embargo, su propia esposa, se negaba inexplicablemente a compartir la cama con él. Y encima se mostraba celosa, incapaz de comportarse como una adulta capaz de hacer frente a aquel matrimonio de conveniencia.

¿Por qué era tan idiota?

Porque lo amaba; lo amaba y necesitaba mucho más que poseer el cuerpo de Raúl. Polly lo quería todo y ella ni siquiera podía ofrecerle experiencia en la cama o un cuerpo perfecto como los de las mujeres con que él solía relacionarse. Y por culpa de esa inseguridad había apartado a su marido de su lado.

Si le hubiera contado sin contemplaciones su enfrentamiento con Melina, al menos habría podido entender Raúl su susceptibilidad. Pero había perdido la oportunidad y sabía que sería una locura reabrir el tema.

Al ver en el espejo lo hinchados que tenía los ojos, se lavé la cara con agua fría; luego se peinó, se maquilló, se echó un poco de perfume y se probó uno de los camisones de seda que Raúl le había comprado. Avanzó por el pasillo con sigilo, como si fuese una ladrona en la oscuridad de la noche, entró la habitación de matrimonio, se sentó en la cama para contemplar la luna a través de la ventana.., y se durmió.

Cuando despertó, sobresaltada al oir unas pisadas por el pasillo y algunos gritos, se apartó el pelo de la cara, se levantó de la cama, abrió la puerta del dormitorio y echó un vistazo.

Un grupo de criados y criadas rodeaban a Raúl, que parecía histérico y preocupadísimo.

—¿Raúl? —se interesó Polly—. ¿Ocurre algo?

Todos se giraron y la miraron estupefactos.

—¡Se puede saber dónde te habías metido? —tronó Raúl.

—Estaba.., en la cama.., durmiendo —balbuceó Polly—. ¿Por qué?

—¿Que por *qué?* —repitió Raúl, desquiciado.

Los criados fueron retirándose con discreción, en dirección a las escaleras. Raúl entró en el dormitorio y miró atónito hacia la cama deshecha.

—Tercera lección para ser una buena esposa —susurró Polly, adelantándose a su marido—. Nunca permitas que se ponga el sol sin haber hecho las paces con tu marido.

—Ya está subiendo.., el sol —dijo él. Luego se inclinó, la levantó en brazos sin dificultad y la colocó sobre la cama.

—¿A qué venía el alboroto de afuera? .—preguntó Polly mientras, en efecto, la luz del alba se filtraba por la ventana.

—No estabas donde se suponía que debías estar— contestó Raúl—. Pensé que te habías vuelto a fugar —añadió.

—¿Fu... fugar?, ¿adónde? —inquirió ella.

—¿Cómo voy a saberlo? Hay dos helicópteros fuera, una docena de coches, un establo lleno de caballos... Si quisieras fugarte, no te faltarían medios —la informó Raúl—. ¡Lo último que esperaba era encontrarte en mi cama!

Aunque no terminaba de halagarla que su marido ni siquiera soñase con hallarla en su dormitorio, sintió gran alivio al comprobar que Raúl no era omnipotente. Todavía no era capaz de predecir todos sus movimientos.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó ella con naturalidad.

—No... ahora que te has puesto ese camisón de seda y te has maquillado y has venido a mi

cama...—murmuró Raúl—, sería imperdonable por mi parte —concluyó.

De pie, hablándole con esa calma, parecía un hombre diferente. Seguía mirándola con una intensidad que abrasaba. Polly se recostó en la cama y se ofreció a Raúl lo mejor que supo, temerosa de que la rechazara.

—Has estado mucho tiempo montando a caballo —dijo ella, cuando ya no soportó más el silencio que los había atrapado.

-Unos cuantos kilómetros- respondió Raúl dirigiéndose hacia el cuarto de baño—, Estoy sudando. Necesito darme una ducha.

Polly se quedó mirándolo como un adicto a los crucigramas miraría un autodefinido gigante, deseosa de hallar una pista, algún gesto que la orientase. Se metió en el baño y lo oyó desvestirse: las botas, el cinturón de los pantalones

¿Es que Raúl ni siquiera quería acostarse con ella?, ¿cómo arregIar aquella situación?

—Quizá deba volver a mi dormitorio —susurró Polly.

Raúl reapareció, descalzo y con el torso al desnudo, con los pantalones desabrochados todo virilidad.

—Haz lo que más te apetezca —respondió. Polly se sintió humillada Pero puedes dormir aquí perfectamente — añadió con indiferencia, encogiéndose de hombros, para entrar de nuevo al baño acto seguido.

— De acuerdo... — acertó a contestar ella. Luego se giró para que Raúl no le viera los ojos, casi humedecidos. Su marido estaba procurando darle calabazas con tacto. Y ella no sabía qué hacer: ¡ sería tan patético levantarse de la cama y correr hacia su dormitorio!

Cuando oyó que el agua de la ducha había dejado de correr, se metió en la cama antes de que Raúl volviese. Poco después, éste apagó las luces y Polly notó un peso al otro lado del colchón.

— Si *te* arrimas tanto al borde, acabarás cayéndote —observó él

— ¡No quiero molestarte! —espetó Polly.

—No me tengas miedo, cielo —dijo Raúl, después de suspirar—. Soy consciente de que he sido... desconsiderado. Yo sólo quiero que seas feliz —añadió, para sorpresa de Polly.

—¿De verdad?

— Por supuesto. ¿Tanto te extraña? — replicó Raúl—. ¿Qué otra cosa iba a querer?

—Quieres lo mejor para Luis —susurró Polly—. Entiendo que...

— ¡ Dios! — exclamó Raúl—. Ni siquiera comprobé si te habías llevado a Luis cuando pensé que habías vuelto a fugarte —se asombró, disgustado.

Polly se quedó de piedra al oír tal confesión. ¿Raúl había pensado en ella antes que en el bebé? De repente sintió que un nudo de resentimiento se deshacía en su interior. Ya no se consideraba una mujer desamada, tolerada tan sólo porque su hijo la necesitara. Se preguntó en qué momento habría empezado Raúl a interesarse por ella como persona, al margen de Luis. Pero, en realidad, le daba igual cuándo se hubiera producido el milagro y, simplemente, se alegraba mucho de que éste hubiera ocurrido.

—No volvería a fugarme... de esa manera —le aseguró Polly.

—Puedo perdonarte lo de Vermont. Era comprensible. Y lo del hospital también... te asustaste. Forma parte del pasado.

—Venir aquí también es un gran reto para mí...

—intervino PolIy.

—No menos que para mí, cielito —Raúl extendió la mano y le agarró los dedos con suavidad.

Luego la atrajo hacia sus brazos y Polly sintió que el corazón le daba un vuelco y el estómago le revoloteaba; se le había desbocado el pulso y estaba deseando conocer el siguiente movimiento de Raúl.

—Antes.., estaba nerviosa —confesó Polly, después de que él le acariciara los labios.

—Tienes unos ojos muy bonitos. Es lo primero en lo que me fijé de ti.

—¿En Vermont?

— Ya te había visto antes.

—¿Cómo? —Polly frunció el ceño.

—Primero, en una fotografía; luego en la reunión que mantuviste con mis abogados. Era un falso espejo. Yo estaba en el despacho de al lado —explicó sin disculparse.

— ¡ Qué enrevesado! — susurré Polly sin apartar la vista de los ojos ambarinos de Raúl.

— Precavido —corrigió éste. Lentamente fue acercando su cuerpo al de ella, que apenas se atrevía a respirar—. Estoy deseando hacerte el amor. No me conformaré con besarte.

Polly se estremeció, cerré los ojos y le ofreció los labios. Raúl los cubrió con su boca, juguetona mente, sin presionarla, hasta que ella se impacientó, lo agarré por la nuca y lo atrajo con fuerza.

—¿Es eso un sí? —preguntó él, gratamente sorprendido.

Desconcertada por su descaro, se quedó quieta unos segundos, hasta que, por fin, asintió con timidez.

—Comprende que esto también es nuevo para mí — sonrió Raúl—. Nunca me he acostado con una mujer virgen. Eso te hace muy especial.

—Nunca sé si estás hablando en serio o con ironía —murmuró Polly.

—Sólo un hombre muy estúpido sería irónico en su noche de bodas — contestó él, para besarla con vehemencia a continuación.

Polly entreabrió los labios y acogió al calor de la lengua curiosa de Raúl, que exploró en su interior hasta rozar los puntos más sensibles de la boca de su mujer. Se aferró a él, consciente de estar a la merced de los salvajes y eróticos sentimientos que electrizaban su cuerpo. Raúl gimió antes de levantar la cabeza. Luego la miró con satisfacción.

—Sabía que acabarías cediendo, cielito.

Polly frunció el ceño, pero estaba demasiado contenta como para responder a ese comentario arrogante. Raúl volvió a besarla, paseé la lengua por el cielo de su paladar en una caricia eterna, hasta que los dos necesitaron separarse para respirar.

Entonces se apartó, con una sonrisa diabólica en los labios, le desató las cintas del camisón y las arrastró hacia abajo.

— Quiero verte sin resquicios — susurré Raúl con voz ronca—. Tocar todo tu cuerpo, saborear cada centímetro de tu piel y fundirme contigo hasta que no sepas dónde acabo yo y dónde empiezas *tú.*

Polly lo miró ruborizada, transida de emoción, arrebatada por el calor y los temblores que recorrían su cuerpo, dividida entre la fascinación y la timidez. Se dejó quitar el sostén y sus pechos, pequeños y firmes, se liberaron y dejaron al descubierto los pezones, ya excitados.

—Raúl... —gimió con una mezcla de vergüenza y excitación.

— ¡Dios!, ¡eres exquisita! —afirmó él mientras contemplaba sus pechos con un deseo que la hacía estremecerse

Raúl le bajó el camisón con impaciencia y destreza hasta las rodillas y, por último, se lo sacó del todo y lo tiró al suelo.

Posé una mano sobre la cintura de Polly y miró su cintura, su delicado estómago, los rizos negros que coronaban el vértice de sus muslos trémulos. Se deshizo de la sábana de un tirón y la observó con inmenso placer.

—He esperado mucho para verte así —dijo mientras la agarraba por una muñeca. Reconoce que no puedes controlar el pulso... ¿Qué te esperabas?, ¿que iba a ser un niño egoísta que iba a acabar en un par de minutos? Yo no hago así el amor...

—No... —dijo Polly, que apenas podía tragar saliva.

—Quiero que tú también disfrutes... Quiero que te pases todo el día deseando que llegue el momento en que vuelva a estrecharte entre mis brazos.

—Muy ambicioso... —balbuceó Polly, temblando como una hoja.

—Siempre lo soy... en todo. Lo llevo en la sangre —convino Raúl mientras deslizaba una mano sobre sus pechos en una caricia que la hizo contener la respiración.

Se elevó hacia Raúl y éste le rozó los labios con la punta de la lengua hasta que Polly eché la cabeza para atrás y lo invité a desenvolverse por su cuerpo como se le antojara.

Raúl la besó, colocó una mano en su espalda y la apretó para que notase la violencia de su erección, excitación que desperté una oleada de sentimientos que la hizo gemir. Luego probé sus pezones con ternura y Polly se estrechó salvajemente, desprevenida. Cada caricia era una gloria insoportable y, sin embargo, deseaba que aquella dulce tortura siguiera prolongándose más y más, desorientada por aquellas sensaciones tan novedosas.

—Calma, cielo —murmuré Raúl—. Esto no es una carrera.

—No sabía que sería así... — confesó maravillada.

—¿Cómo un fuego en el que dos personas se consumen placenteramente? — dijo labio contra labio.

Se estremeció cuando Raúl le separé los muslos y se embarcó en una invasión más íntima, para tocarla donde nadie le había tocado, humedecida por la excitación. La estaba acariciando con tanta maestría que Polly sollozó de placer contra sus hombros, suplicándole que terminara de poseerla.

Y, poco a poco, fue entrando con suavidad Cuando profundizó, lentamente, Polly dio un pequeño grito y, después, experimentó un placer extraordinario mientras Raúl la miraba, detenido en una pausa, con ansiedad.

—Esperaba que no te doliera —se lamentó Raúl.

Polly Sonrió, como en una nube, y lo amé tanto por esa preocupación y delicadeza que creyó que el corazón se le saldría del pecho.

—No importa —le aseguró.

Luego volvió a introducirse y Polly cerró los ojos ante aquella marea de sensaciones indescriptibles. *Se* habría muerto si Raúl se hubiese parado. Se agarró a él y se dejó llevar a alturas inimaginadas, hasta cotas de sublime éxtasis.., hasta notar su empuje por última vez.

—¿Has visto? —dijo Raúl, un par de minutos después, mientras Polly lo agarraba con cariño.El amor no es necesario para el placer sexual —añadió, al tiempo que se apartaba de ella.

—¿A qué viene ese comentario? —preguntó Polly, con el ánimo por los suelos súbitamente

— Creo que lo entiendes.

—¿Es otra versión machista de eso de que no debo esperar demasiado de ti? —lo acusó amargamente—. ¡Me das lástima, Raúl! Te da tanto miedo sentir amor que me das auténtica pena. Y no hace falta que te preocupes por decepcionarme; ¡de una manera u otra no has hecho otra cosa desde que te conocí! —contraatacó furiosa.

Raúl le lanzó una mirada de hielo, sorprendido por la reacción de Polly.

—¿Hablas en serio? —preguntó él, dolido en su orgullo.

—Sí... pero da igual —respondió con desdén—. No tengo nada que perder contigo; sólo estás a prueba, Raúl.

—¿Yo... Raúl Zaforteza a prueba? —preguntó enfervorizado, saliendo de la cama.

—Y de momento no lo estás haciendo muy bien. Parece que piensas que me has hecho un gran favor casándote conmigo... pero pregúntame cómo me sentiré dentro de cinco meses.

—¿Por qué?, ¿qué demonios va a pasar dentro de cinco meses? —gritó Raúl.

—Heredaré el dinero de mi madrina, y si entonces no estoy contenta contigo, te aseguro que no voy a pasar el resto de mi vida sintiéndome desgraciada a tu lado.

— ¿Desgraciada?

—Y no pienses que podrás retenerme con joyas. Los diamantes son muy bonitos, pero hay otras cosas que me importan mucho más: el respeto, el afecto, el cariño. Entiendo que tú despaches a todas las mujeres con regalos caros, porque no te atreves a sentir, pero...

—¿Cómo te atreves a decir que no me atrevo?—exclamé Raúl, con los ojos desorbitados.

—Tú mismo lo has dicho: que te alejas cuando hay problemas —le recordó. Raúl la miró sin comprender lo que estaba oyendo. Luego se dio media vuelta, abrió un armario y se empezó a poner unos pantalones — Sé que no soy perfecta, ni mucho menos, y que muchas de las cosas que digo y hago te irritan.., pero no creo que te hayas acostado conmigo sólo para darle gusto al cuerpo.., como si fuera un objeto de usar y tirar, sin que te importen mis sentimientos —añadió, a punto de estallar en sollozos.

—Lo único que he dicho es que el amor no era necesario para...

—¿ Y por qué lo has dicho? —lo cortó Polly, tragándose las ganas de llorar—. Sabes que no es verdad. Sabes lo que yo siento por ti. Estoy segura de que siempre lo has sabido.

— Te arrepentirás de...

—¡No!, ¡te quiero con todo mi corazón y tú lo sabías antes que yo incluso! —lo interrumpió ella—. Sabes des obra por qué quería casarme contigo.., y, sin embargo, le dijiste a Digby que era una cazafortunas y una chantajista. ¡Pero las cosas no van a seguir así!, ¡me niego a vivir esta farsa!

—¡Dios!, ¡no puedo ofrecerte amor! —aseguré Raúl, desquiciado

—Pero podrías esforzarte por intentarlo al menos. Porque si no lo intentas, dejaré de amarte yo a ti. Y el amor es el único motivo por el que estoy a tu lado.

Luego se levantó de la cama y, sin mirar atrás, salió del dormitorio dando un portazo.

Estaba asombrada de lo que acababa de decir; pero no se arrepentía. Lo que había sucedido en esa cama la había devastado. Era vergonzoso que lo que ella había encontrado tan precioso y fascinante pudiera terminar de esa manera tan dolorosa.

Raúl lo había estropeado; había tenido que abrir la boca y ensuciarlo todo. La había hecho sentirse como una mujer de una noche, en vez de una esposa amada... Se senté sobre su cama con un inmenso hueco en el corazón y deseé arrancárselo, de tanto como le dolía.

—Yo también tengo defectos —irrumpió de pronto la voz de Raúl, tras abrir la puerta del dormitorio al que se había ido Polly—. Pero, a diferencia de ti, soy capaz de reconocerlos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Polly, sin apenas fuerzas para luchar.

— Sí, es verdad que te engañé en Vermont... pero tú también me engañaste entonces — aseguro Raúl—. Si hubieras sido la mujer sincera que crees que eres, me habrías dicho que estabas embarazada. Pero decidiste callarte, igual que yo decidí no revelar mi verdadera identidad — añadió.

Polly se sonrojó. Le costaba aceptar que también ella había mentido para favorecer sus intereses. No se había planteado decirle a Raúl que era madre de alquiler por miedo a que él la rechazase.

—Supongo que tienes razón —admitió a pesar suyo.

—Respecto a tu acusación de que sólo me acosté contigo por sexo, ¿de verdad me crees tan inmaduro y desesperado? —le preguntó Raúl entonces—. No he adelantado mi viaje de vuelta para acostarme contigo, sino porque era consciente de que no debía haberme separado y no quería que mi ausencia reforzara tus miedos acerca de nuestro futuro — añadió con una frialdad humillante.

—Yo...

— ¡ Y te aseguro que amenazarme con marcharte dentro de cinco meses no va a contribuir a la estabilidad de nuestro matrimonio! —la interrumpió.

—Está bien... —Polly tragó saliva, deshecha por tantas emociones. Es probable que tengas razón.

# Capítulo 9

Los establos de Raúl estaban situados a un kilómetro de la casa. Polly empujó el cochecito de Luis y trató de no parecer una mujer desesperada en busca de su marido; pero lo cierto era que apenas lo había visto en los últimos días.

Después de las discusiones que habían mantenido tras hacer el amor, Polly había supuesto que Raúl se marcharía de viaje de negocios para no verla, harto de sus reacciones y sin más paciencia que agotar con ella.

Pero lo tenía agarrado por donde más le dolia: lo había acusado de cobarde, por desaparecer siempre que había problemas. Lo malo era que , aún compartiendo la misma casa, Raúl conseguía ingeniárselas para no coincidir con ella, apenas.

Se despertaba muy temprano a montar a caballo y nunca regresaba para desayunar. Luego, o se encerraba en los despachos de la planta inferior a atender a sus negocios, o se refugiaba en los establos de nuevo. Cenaban juntos, eso sí, en el salón de la mansión; pero, aunque no hubiera una distancia física que los separase, era como si cada uno estuviese en continentes diferentes. Raúl le hablaba con naturalidad y la trataba como a una invitada con la que, por desgracia, no podía pasar mucho tiempo. Y, por supuesto, la dejaba que durmiera sola en una habitación aparte.

—He salido a dar un paseo con Luis —dijo cuando por fin lo encontró en los establos, charlando con un hombre rubio.

— Polly, éste es Patrick Gorman — los presentó Raúl—. Se ocupa de la alimentación de los caballos.

—Encantada de conocerla, señora Zaforteza.

— ¡Eres inglés! —exclamó Polly con alegría—. Y a juzgar por el acento... ¿de Newcastle?

—¡Bingo!

—Yo nací en Blyth —Polly rió—, pero mis padres se mudaron al sur cuando yo tenía seis años.

—Por eso no tienes acento —dijo Patrick, el cual se inclinó hacia el cochecito para ver a

Luis—. ¡Me encantan los niños**!** ¿Verdad que es pequeñísimo? —preguntó, en referencia al bebé.

- En realidad está muy grande para su edad- respondió Polly , contenta de haberse encontrado a Raúl junto a Patrick, un tipo conversador que estaba ayudando a romper el hielo.

—Yo tengo una sobrina de un añito y ya era una pieza la última vez que la vi — comentó Patrick.

—Luis sólo come y duerme de momento.

—Pues ya podéis ir preparándoos. Os vais a divertir mucho —Patrick sonrió—. Dado que Raúl está ocupado, ¿quieres que te enseñe esto? —se ofreció.

—Os acompaño —terció Raúl—. No tengo tanta prisa.

— ¿Seguro que te lo puedes permitir? — le preguntó Polly, un par de minutos después, en un momento de distracción de Patrick—. Te noto raro.

—Has hablado más con Patrick en los últimos cinco minutos que conmigo en los tres últimos días- contestó Raúl—. Pero te aconsejo que te mantengas alerta. Aunque parezca un crío inocente Patrick es un hombre muy mujeriego.

—Parece agradable —dijo Polly.

— Yo sólo te aviso — insistió, con el ceño fruncido. Luego cambió de tema—. Creía que ya habías venido por los establos antes. A las inglesas os gustan mucho los caballos. ¿Montas bien?

—Bueno...

—Nunca he conocido a una inglesa que no lo haga —afirmó Raúl—. Y dado que los caballos m encantan, es algo que podremos compartir.

—Me temo que estoy un poco oxidada... montando a caballo — dijo Polly con tal de agradar a Raúl, cuando no había cabalgado jamás. Después de todo, no podía ser tan difícil, ¿no? Ya aprendería por sí sola y, mientras tanto, bastaría con poner excusas y dar largas.

Raúl le enseñó todos los establos y ella imitó todos los gestos que él hacía al acercarse a los caballos. La táctica de la imitación parecía estar dando resultados.

—Es fascinante —comentó Polly mientras Raúl hablaba en un lenguaje incomprensible sobre diversos aspectos del polo, al tiempo que reforzaba su discurso con movimientos rápidos de los brazos. Polly pensó que no habría entendido menos de haber estado hablando Raúl en español. Pero, en cualquier caso, el entusiasmo con el que éste hablaba surtía un efecto hipnótico en ella.

—Pareces alegre, querida —advirtió Raúl, sonriente. Polly se quedó en silencio, emocionada por cómo la había llamado. Se secó el labio inferior con la punta inferior de la lengua y notó que Raúl no quitaba ojo de su boca. El estómago se le encogió y sintió un deseo mareante de entregarse a los brazos de su marido—. Estás temblando —añadió.

Y Raúl sabía por qué. Sabía que su proximidad despenaba el instinto sexual de Polly, sin que ésta pudiera disimularlo. Entonces se acercó, la agarró con fuerza y posó la boca apasionadamente sobre la de ella. Polly creyó que estaba volando, cerró los ojos y luchó por respirar mientras el corazón le daba latigazos con violencia.

—Raúl... —murmuró cuando éste despegó los labios y dejó que Polly apoyase la cabeza sobre un hombro mientras absorbía la viril fragancia de su cuerpo.

— Te recogeré a las tres para que comamos en el campo. Deja a Luis en casa — le propuso él. El bebé dio un gritito en ese momento, a modo de protesta, y Raúl rompió a reir. Luego miró a su hijito con orgullo y suspiró—. Hemos hecho un niño estupendo... ojalá lo hubieras concebido entre sábanas —añadió.

—Eso ya no tiene remedio —dijo Polly, ruborizada, pero conmovida, pues era lo mismo que ella acababa de pensar.

—La próxima vez lo haremos normalmente —aseguró Raúl—. Pediré a algún mozo que te lleve de vuelta a casa. No deberías estar fuera con este calor sin un sombrero. Podrías deshidratarte —añadió, antes de que ella se sonrojara, imaginando ese segundo niño que Raúl había sugerido.

Cuando entró en su dormitorio, dos de las criadas estaban colgando ropa nueva en su armario. Polly se quedó maravillada con aquellas telas tan refinadas y esos carísimos diseños. Sacó un vestido azul y pensó que jamás se atrevería a ponerse algo tan atrevido.

Pero sonrió, pues el hecho de que Raúl hubiese hablado de un nuevo hijo significaba que

no había perdido las esperanzas de que su matrimonio saliera adelante. Se puso el vestido azul, para darle gusto, y le pidió a una asistenta que le dejase las llaves del extraño edificio *que* había cerca de los jardines.

—Nadie va allí, señora — murmuró la asistenta con aprensión. Luego, después de decir en español algo sobre el señor, le entregó las llaves a regañadientes.

Puede que el servicio fuera supersticioso pero eso a Polly no la afectaba, Y dado que ésa era su casa, Raúl no podía enfadarse porque la explorase.

Abrió la puerta delantera, de estilo gótico, y en*tró* en una habitación espaciosa con muebles cubiertos de polvo. Las paredes estaban descoloridas y las cortinas a punto de desintegrarse Anduvo de habitación en habitación hasta dar con una escalera.

Había un dormitorio grande, un cuarto de baño y un segundo dormitorio Se detuvo en la puerta de éste: era la habitación de un niño; había coches de juguete en las estanterías y fotos amarillentas en un corcho, como si el niño hubiese salido de allí y nunca hubiera regresado.

Miró las fotos. En una reconoció al padre de Raúl. Eduardo se parecía mucho a su hijo; mientras que una mujer de ojos azules que había con ellos, Yolanda, no se parecía nada.

Al oír que alguien subía por las escaleras, Polly salió de la habitación. Era Raúl, que llegaba sin resuello, como si hubiese ido corriendo

—¿Qué haces fisgando? —le preguntó con dureza.

—No estaba fisgando.., sólo tenía curiosidad —contestó Polly—. ¿Quién vivía aquí? No sabía que nadie hubiese ocupado esta casa hasta ahora.

—Creía que lo sabías —dijo Raúl, encogiéndose de hombros—. Lo sabe todo el mundo... Los medios de comunicación han hablado tantas veces de mi familia...

Polly sintió que el estómago se le endurecía. Raúl parecía conmovido y deslizaba los ojos huidizadamente alrededor, con una expresión muy vulnerable.

—Viví aquí con mi madre hasta cumplir los nueve años —la informó Raúl.

—¿Tus padres se divorciaron? —preguntó ella, sorprendida.

—Mi madre era la amante de mi padre, Polly. ¡No era su esposa!

— Y... ¿y la mujer rubia de la fotografía?

—La mujer con la que se casó mi padre, Yolanda —contestó Raúl. Luego se explicó en pocas palabras: Pilar, su madre, había sido la hija de un hombre que trabajaba en unas tierras cercanas... y se había enterado de que se había quedado embarazada de Raúl justo cuando Eduardo Zaforteza se casó con Yolanda—. Cuando ésta supo lo de mi madre, esperé a que ella muriera y luego reclamé la mitad de las posesiones de mi padre para aceptarme en adopción — añadió. Luego aclaró que, tras la muerte de Pilar, habían cerrado el edificio donde Raúl había vivido con su madre y éste se había trasladado a la mansión donde residían en la actualidad.

—¿Cuántos años tenías cuando tu madre falleció?

—Nueve. Se ahogó borracha en una piscina que había fuera. Bebía demasiado — admitió Raúl.

—¿Yolanda no tuvo hijos?

—Tuvo varios abonos; pero no llegó a tener ninguno —contestó él—. Mi padre siguió a su lado hasta que murieron en un accidente de avión hace diez años.

De pronto empezó a comprender a Raúl, al imaginar las horribles escenas que habría vivido de pequeño, junto a una madre infeliz y con un problema alcohólico, sin una vida de familia normal, con el ambiente contaminado por la rivalidad entre Pilar y Yolanda...

Pensó en lo mucho que ésta habría odiado a Raúl y a su madre y no quiso ni imaginarse lo que habría sido la convivencia posterior con Yolanda, una mujer resentida que había obligado a su esposo a pagar por aceptar a un hijo ilegítimo. No era de extrañar que Raúl no creyese en el amor.

—Deberías airear esta casa —comenté Polly.

—No había puesto un pie en ella desde hacía años —repuso Raúl.

Polly inició el descenso de las escaleras, deseosa de salir y respirar aire fresco.

—Haré que la vacíen —insistió ella.

Raúl encogió los hombros con indiferencia y miró el vestido azul de Polly.

— Veo que ya ha llegado la ropa... La elegí en Caracas. Al menos tendrás algo decente que ponerte hasta que tú te compres algo — comenté Raúl.

Media hora después, montaron en un coche para comer en *el* campo. Después de unos pocos minutos, no había signo alguno de vida civilizada. Los chopos crecían por doquier y los pájaros se desbandaban piando por el cielo azul turquesa, a medida que el coche avanzaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Polly.

—Ya lo verás —dijo Raúl.

Detuvo el coche, salió y le abrió la puerta a Polly. Luego caminaron bajo un sendero, flanqueado por árboles, y, de repente, en medio de tanta frondosidad, Polly se quedó extasiada al descubrir una cascada preciosa.

—Hubo un tiempo en que un afluente del Orinoco pasaba por aquí... esto es lo que queda —comenté Raúl mientras extendía un mantel en el césped, a la sombra de un cocotero—. Mi madre solía traerme aquí de pequeño. Era un sitio especial para ella... Creo que fue aquí donde me concibió —le confesó.

—¿No tienes ningún familiar vivo? —preguntó Polly mientras se sentaba.

— Mi abuelo Fideljo — contestó él—. Deshederó a mi madre y se niega a aceptar que soy su nieto. Aun así, la semana pasada le hablé de Luis.

— Siento haber estado tan rara últimamente —se disculpé Polly inopinadamente.

—Yo también he estado raro. Esto.., tú y yo. es nuevo para mí — repuso Raúl con una sonrisa que la conmovió. Polly se levantó, colocó las palmas de las manos en el pecho de su marido y lo empujó para que se tumbara— - ¡ Y yo que tenía pensado ser caballero y esperar a haber comido! Pero ya que los dos queremos lo mismo. —murmuró luego, revolcándola hasta ponerse sobre ella.

Bajó las manos por su costado hasta las caderas, y la situé entre sus muslos con descaro Después le bajó la cremallera del vestido y le descubrió los hombros. Se deshizo *del* sostén y dejó expuesto sus senos... Polly gimió mientras él le rozaba los pezones con una mano y le arqueaba la espalda con la otra.

Se incorporó para terminar de bajarse el vestido y, mientras él se desnudaba, se quitó la ropa interior sin quitar ojo del cuerpo bronceado de Raúl.

Sólo verlo la dejaba sin respiración Se notaba que él también estaba excitado y cuando volvieron a rozarse Polly notó una humedad entre los muslos.

—Me siento salvaje —rugió Raúl después de darle un beso feroz—. Una noche más cenando tan separados en el salón y te habría poseído debajo de la misma mesa

—No lo parecía

— Me excito sólo con estar en la misma habitación que tú —prosiguió Raúl —. Te habría hecho el amor en los establos antes. No puedo pensar en otra cosa —aseguró.

Polly no podía creérselo Jamás había imaginado que Raúl pudiera llegar a desearla tanto.

—*Y0* tampoco —susurró ella.

La temperatura subió cuando Raúl le separó las piernas. Luego arremetió con fuerza, con urgencia, rápidamente, para reducir a un ritmo más lento y dulce a continuación, que la llevó a un estado extático, hasta que, una vez desbordados, Polly se abrazó, satisfecha, segura de que habían sentado las bases de un relación más íntima, profunda y duradera.

Se quedó dormida un rato y, al despertar, se encontró a Raúl ya vestido, tumbado a poca distancia. Le pasó un dedo con cariño por la cara, creyendo que estaba dormido, y éste abrió los ojos, le agarró la mano y se la besó:

—Me haces sentirme muy bien —le confesó Raúl. Se sentó y la miró fijamente a los ojos—. ¿Qué te parece tener otro bebé dentro de unos nueve meses?

—¿Có... cómo dices?

—No he tomado precauciones... Ha sido todo tan excitante que no he podido controlarme.

Polly fue por su vestido y supuso que a Raúl le parecería normal verla embarazada, habiéndola conocido en tal estado; pero a ella no le apetecía perder el atractivo de su cuerpo, esbelto tras nueve meses de sobrepeso.

—Para ti es muy sencillo.., no eres el que se pone gordo y torpe — comentó Polly.

—Tú no estabas gorda... estabas fantástica.

—Lo dices porque te gustan los bebés.

— ¿Y por qué me resultabas tan irresistible cuando estabas en el hospital?

—¿De verdad?

—Creía que estabas muy sexy —aseguró Raúl—. ¡ Vaya!, ¡ se ha hecho tardísimo! ¡ Y

tenemos invitados para cenar! —exclamó de pronto, tras consultar la hora.

—¿Quién va a venir? —preguntó Polly mientras se ponía de pie.

—Melina DÁgnolo y... ¡cuidado! —exclamó Raúl, al ver que a su mujer le fallaban las piernas de repente.

—¿Qué decías? —disimuló Polly.

—Que va a venir Melina DAgnolo con los Drydons, amigos comunes. Patrick se unirá a nosotros. Antes trabajaba para Rob Drydon.

—Perfecto —dijo Polly de camino al coche.

—He sido un poco brusco —murmuró Raúl—. Pero ha sido fantástico, ¿verdad?

Polly procuró ocultar su disgusto ante la visita de Melina y se recordó que la condesa ya no tenía nada que ver con Raúl. Tenía que comportarse como una adulta: podía prohibirle que fuera amante de esa mujer, pero no que cortase de raíz una relación que quizá durase desde hacía muchos años.., ¿no?

# Capitulo 10

Me alegro mucho por vosotros —mintió Melina con una interpretación fabulosa.

Estaba muy sugerente con el vestido negro que se ceñía a sus curvas.

Mientras tanto, Rob Drydon y su mujer, Susie eran de Texas y estaban charlando de caballos con Patrick Gorman.

—La condesa te comerá el terreno si te descuidas —le advirtió Patrick, minutos después, mientras iban hacia el cenador—. ¿Cómo es que no le has contado a Raúl lo del número que te montó cuando llegaste? Yo me enteré por los criados —añadió.

—No había necesidad de involucrado —contestó Polly.

— Si lo hubieras involucrado, ella no estaría ahora aquí, estropeándote la velada — replicó Patrick mientras tomaban asiento. Luego cambió de conversación—. Por cierto, Raúl me ha dicho que te elija un caballo.

—¿,Sabes guardar secretos? —le preguntó Polly—. Me temo que no fui muy sincera con lo de mis conocimientos como jinete —añadió, después de que el mozo asintiera.

— ¿En qué sentido?

—No he montado a caballo en toda mi vida.

Después de una breve pausa de asombro, Patrick rompió a reír.

—No seas egoísta —intervino Raúl—. Comparte el chiste con todos.

—En realidad no era tan gracioso —dijo Polly, sonrojada.

—El sentido del humor inglés no se parece al nuestro — tercié Melina—. Seguro que nosotros no nos reiríamos.

—Debo reconocer que a mí no me gustan nada vuestros culebrones — replicó Patrick. Después, con disimulo, se dirigió a Polly en un susurro—. Ven a verme mañana a las seis, mientras Raúl está cabalgando. Te enseñaré a manejarte y luego podrás decirle que en realidad no se te daba muy bien. Él terminará de instruirte.

— Gracias — dijo Polly encantada.

Después de cenar, se fueron a un salón. Melina se acercó a Polly y le habló con una gran sonrisa:

—¿Qué tal la vida de casada? —le preguntó mientras se sentaba en un sofá a su lado.

—Genial —contestó Polly, bebiéndose un vaso de vino de un trago.

— No creo que a Raúl le guste verte beber tanto. Él sólo prueba un poco de champán en ocasiones especiales —le advirtió Melina—. ¿No lo sabías?, ¿cómo es que desconoces algo tan elemental sobre tu marido?

—No es asunto tuyo —respondió ella, decidida a no mostrarse amable como la hipócrita de la condesa.

— Raúl siempre será asunto mío — dijo Melina—. ¿Te molestó mucho que viniese a verme la misma noche en que nos conocimos?

—¿Qué dices? —preguntó Polly, helada ante aquella noticia.

— Ni siquiera yo me esperaba que Raúl viniera a mí en vuestra noche de bodas —la provocó la condesa.

—Estás mintiendo... No te creo —respondió Polly, que recordó que Raúl le había dicho, tras haber discutido con ella, que había salido a montar a caballo.

—Vino a hablar conmigo. Raúl necesita a una mujer, no a una niñita.

—Raúl te necesita tanto como un agujero en la cabeza — contestó Polly desafiante.

—En fin, espero que te encuentres mejor la próxima vez que te vea — dijo la condesa después de murmurar algo en español, al tiempo que se ponía de pie.

—Voy a despedir a los invitados, esposa mía. No te molestes en levantarte — intervino entonces Raul —. Igual te mareas y te tengo que meter debajo de la ducha — añadió, visiblemente enfadado.

Polly se sintió fatal: estaba segura de que Raúl había oído su última contestación y de que éste habría pensado que había sido grosera con Melina a consecuencia del vino que había bebido.

Mientras Raúl los acompañaba a la puerta, Polly recordó lo bien que se había sentido junto a él horas antes.., y ahora, en cambio, no podía evitar sospechar que su marido se había ido a buscar consuelo a los brazos de Melina aquella primera noche.

—Me siento fatal —le dijo a Raúl entre sollozos cuando éste hubo regresado—. Me duele mucho la cabeza — añadió mientras él la levantaba en brazos.

—Sólo estás un poco alegre — contestó Raúl, al tiempo que subía las escaleras. Luego la colocó sobre la cama y la ayudé a bajarse la cremallera del vestido—. Relájate. Ahora te traigo unos calmantes —añadió.

—¿Por qué estabas enfadado conmigo? —se atrevió a preguntarle Polly, después de tomarse el calmante que Raúl le llevó.

—Porque no has parado de coquetear con Patrick en toda la noche — respondió él, para perplejidad de Polly.

—Me cae bien... —murmuré ésta—. Espero que se me pase pronto el dolor de cabeza. Estaba muy cansada durante la cena — añadió, dispuesta a cambiar de tema.

—Deberías habérmela dicho —repuso Raúl—. Melina me ha contado que habéis estado hablando de la fiesta que damos aquí todos los años, ¿es verdad?

—No lo recuerdo... Parece que la conoces mucho.

— Somos vecinos hace años —explicó él.

— ¿Cuándo la invitaste a cenar?

—La misma noche que visité a mi abuelo. Fidelio es el capataz de las tierras donde está alquilada Melina.

De modo que, aquella primera noche, Raúl había ido a comunicarle a su abuelo que había tenido un hijo y ése había sido el motivo de que hubiera visto a Melina, pensó Polly con gran alivio.

—Estoy cansadísima —confesó mientras se dejaba desvestir por Raúl, quien le puso un camisón para dormir a continuación.

—Tengo una villa en la costa. Deberíamos pasar allí unas días.

—Buena idea —susurré Polly justo antes de cerrar los ojos y quedarse dormida.

—¿Qué hora es? —preguntó horas más tarde, tras despertarse sobresaltada.

—Las cinco y media... Vuelve a dormirte —respondió Raúl, que ya estaba vestido, dispuesto a cabalgar un rato como todas las mañanas.

De pronto recordó que había quedado con Patrick a las seis y saltó de la cama en cuanto Raúl se hubo marchado.

Se duchó y se vistió a toda prisa, fue a comprobar que Luis estaba bien, como todas las mañanas.., y se quedó pálida cuando vio a Raúl meciendo al bebé en sus brazos.

—Creía que ya te habías ido —murmuró Polly.

—Se queda muy tranquilo en cuanto desayuna-comenté Raúl, refiriéndose a Luis.

—¿Le has dado tú el biberón? —preguntó ella, asombrada.

—Dado que fui yo quien lo despertó al entrar, me pareció lo más justo. Se ha tomado el biberón como si no hubiera comido en varios días —comenté mientras le acariciaba la espalda al bebé—. Una criada le ha cambiado los pañales por mí.

Polly se acercó y tomé a Luis en sus brazos. Luego lo acunó y, después de darle un besito,

lo devolvió a la cuna.

— Veo que te has puesto los vaqueros; parece que por fin te animas a montar a caballo conmigo- dijo entonces Raúl—. Tienes suerte de que me haya entretenido con Luis. Si no, no me habrías alcanzado — añadió con naturalidad.

—Hace años que no monto a caballo —dijo Polly mientras iban en coche al establo.

—Eso nunca se olvida —quiso tranquilizarla *Raúl,* cuando detenía el coche al llegar a los establos—. No acostumbro a verte por aquí tan temprano, Patrick. Polly ha venido conmigo esta mañana —dijo al ver al mozo.

— Estaré en el despacho si me necesitas para algo — respondió Patrick, sin atreverse a mirar a Polly.

Raúl sacó un caballo negro y una yegua, le puso un gorro a Polly en la cabeza y le entregó unas prendas especiales.

—Protección... como dices que estás desentrenada —explicó él—. No quiero que te hagas daño si te caes — añadió mientras le ponía aquella especie de armadura.

—No puedo, Raúl. ¡No puedo! —gritó Polly después de que su marido la subiese a los lomos de la yegua.

—Ya lo sé —murmuré Raúl con suavidad—. Tendría que ser idiota para no haberme dado cuenta.

—¿Lo... lo sabes?

—¿,Cómo no iba a adivinarlo? Ayer, cuando viniste, se notaba que no estabas familiarizada con los caballos. Por no decir que no sabías de qué te estaba hablando — respondió.

—Pensé que me tomarías por una sosa si reconocía que no tenía ni idea — se excusé Polly, sonrojada.

—¿Es que todavía no sabes que no hay ningún hombre al que no le guste dar clases de cualquier cosa a una mujer? — replicó Raúl, sonriente.

—Anoche le dije a Patrick que no sabía montar.., y se ofreció a enseñarme lo básico — lo informó Polly—. He sido una tonta.

—¡Ya me imaginaba algo así! —exclamé Raúl—. ¡Espero que no te dediques a citarte con mis empleados de ahora en adelante!

— No era una cita...

— ¡ Y no quiero que vuelvas a ver a Patrick Gorman sin que haya otra persona delante! — ordenó Raúl.

— ¡ No seas ridículo!

— Si me desobedeces, dejará de trabajar para mí — sentenció él con autoridad. Luego decidió darle la primera lección para aprender a montar a caballo—. Lo estás haciendo muy bien para ser una novata — la felicité al cabo de media hora.

Y otro cuarto de hora después, un jinete se les acercó. Era un hombre mayor, con bigote canoso, tocado con un sombrero de ala ancha. Raúl se dirigió a él en español.

—Es mi abuelo, Fidelio Navarro —informó a Polly sin gran entusiasmo.

El hombre la saludó en español y ella los miró frustrada. ¿Cómo era posible que se trataran con tanta frialdad siendo ellos, nieto y abuelo, toda la familia que tenían?

—Me gustaría mucho que viniese a ver a nuestro hijo Luis — dijo Polly con calma, sonriente, al tiempo que le estrechaba la mano a Fidelio.

—No sabe inglés — le dijo Raúl.

— Entonces transmítele mi invitación, por favor—replicó Polly con la barbilla alzada—. ¿Y podrías decirle también que, dado que nuestros padres están muertos, me encantaría que Luis tuviera la oportunidad de conocer a su bisabuelo?

Raúl se quedó atónito, pero, tras un tenso silencio, accedió a traducir el mensaje de Polly.

—Te agradece que seas tan cálida y hospitalaria—le dijo luego—. Tiene que pensárselo —añadió. Luego, una vez se hubieron separado de Fidelio, Raúl estalló—. ¿Por qué intervienes en un asunto que sólo me concierne a mí?, ¿acaso crees que no he intentado invitarlo a casa sin éxito?

— Si lo miras con tanta frialdad cuando lo invitas, no me extraña que se niegue a aceptar. Puede que piense que sólo se lo pides por cortesía — se atrevió a responder Polly—. Creo que estáis enfrentados desde hace tanto tiempo, que os da miedo hablaros con sinceridad.

- ¡A mí no me da miedo *nada!,* ¿cómo te atreves a...?

—*Lo* he hecho por Luis —mintió Polly, que en realidad pensaba que Raúl podría ser el más beneficiado de una posible reconciliación. Ni tú ni yo tenemos otra familia que ofrecerle. Puede que ni a ti ni a mí nos haya ido viendo con las nuestras; pero ahora hemos formado una nueva y tenemos que aprender a ser buenos padres.

—¿Somos una familia? —se preguntó Raúl en voz alta, desconcertado. Es verdad. Supongo que tienes razón...

Regresaron a casa y él, después de comunicarle que se irían a la villa de la costa esa misma tarde,volvió a salir. Polly se dio un baño para relajarse y pensó en lo complicado que era su marido. Tan pronto amenazaba absurdamente con despedir a Patrick Gorman... como la hacía desear abrazarlo para darle seguridad y confianza; lo que no era de extrañar, con lo traumática que había sido su infancia.

Raúl debía de haber aprendido a escudarse del dolor desde muy pequeño. Después de la muerte de su madre, había tenido que soportar a Yolanda, a la que no había querido en realidad...

Por fin empezaba a comprender al hombre al que tanto amaba. Lo malo era que Raúl se había aislado tanto para evitar que le hiciesen daño, que le costaba mucho dar rienda suelta a sus emociones, permitirse querer a una mujer... y hasta sentir afecto por su abuelo. Por lo menos amaba con todo su corazón a Luis, se consoló Polly.

Tenía que ser realista y asumir que Raúl nunca podría amarla; él sólo podía querer a un bebé inocente que no pudiese herirlo. Y, sin embargo, ¿no le había dicho Melina que *Raúl* la había amado en el pasado?

Tumbado sobre una hamaca placenteramente, Raúl miré a Polly mientras ésta se fijaba en unos bailarines *que* estaban actuando en la playa.

Pensé que te gustaría- murmuró él satisfecho- por eso lo organicé. Polly miró a miró a su *marido y luego* devolvió la atención a los bailarines, que cada vez se movían con mayor sensualidad.

Raúl la rodeó por la cintura y *Polly* se estremeció gustosa. Llevaban doce días de ensueño e iba a ser una lástima tener que regresar el fin de semana siguiente, para la fiesta que celebrarían en la mansión.

Raúl hacía muchas llamadas y usaba un ordenador para seguir atendiendo sus negocios, pero pasaba casi todo el tiempo con ella, relajado, charlando, entreteniéndola... y haciéndole el amor con pasión y ternura a la menor ocasión.

Cuando la danza parecía estar alcanzando su clímax, apareció una mujer que, con unos movimientos de cadera muy eróticos, logró retener la atención del bailarín, en detrimento de la chica en la que se había estado fijando éste hasta entonces.

Polly se figuró aquel cambio de pareja como un mal presagio, un augurio de infidelidad. ¿Cuánto tiempo viviría con el miedo de que, algún día, Raúl retomara su aventura con Melina DAgnolo?, ¿cuándo se cansaría de acostarse con ella? Porque, ya que no la amaba, sólo la novedad del sexo po-día estar reteniéndolo a su lado... Perturbada por el rumbo de sus pensamientos, respiré profundo y decidió esquivarnos.

Luego, tras agradecer a los bailarines su actuación, regresaron a la villa y se acercaron a ver a Luis.

—Realmente es especial —aseguré Raúl con inmenso cariño.

—Claro que es especial. Es tuyo —lo provocó Polly—. Y por eso mismo es el bebé más inteligente del planeta.

—¿Eso crees, cielito? —le preguntó él con voz rugosa. Y, sin darle tiempo a contestar, la besó con fervor en los labios.

Luego la levantó en brazos, la llevó hasta el dormitorio, la posó sobre la cama y la contempló con un deseo tan intenso que parecía imposible que Raúl pudiera pensar en cualquier otra mujer. ¿Cómo podía hacerle el amor día tras día y noche tras noche con apetito insaciable y necesitar a Melina?

Cerró los ojos mientras se dejé desnudar prenda a prenda y acariciar cada centímetro de su piel.

—Te voy a enseñar a que bailes para mí como las mujeres de la playa —murmuró Raúl—.

Pero sólo en privado. No quiero que nadie vea cómo me miras, cómo te frotas contra mi cuerpo... —añadió con ronquera.

Raúl había declarado que el sexo era un mero apetito fisiológico y parecía dispuesto a demostrar que había innumerables variaciones fascinantes, que iba poniendo en práctica con el paso de los días.

Polly le agarró la cara con ambas manos y paseé la punta de su lengua por los labios de su mando, el cual saltó como una fiera y la tumbó sobre la cama para llenarla de besos.

—Háblame de la primera vez que te enamoraste —le propuso por sorpresa un buen rato después, mientras ella yacía a su lado satisfecha.

— Se llamaba...

—No quiero saber su nombre —la interrumpió Raúl.

— Sí... estudiaba...

—Eso tampoco me interesa... Quiero saber cómo te sentías — especificó él.

—¿Cómo me sentía? —repitió Polly—. Tonta, como en las nubes... y luego llegó la caída. En cuanto descubrí cómo era en realidad, me pareció inconcebible que me hubiese fijado en él.

—Te desenamoraste enseguida... ¿qué te hizo?

—Me metió en su dormitorio y me dijo que era mi día de suerte.

— ¿Estás de broma?

—Cuando le dije que no, intenté abusar de mí. Pensó que era de las que me hacía de rogar.

— Grave error — Raúl le acarició el pelo ¿Cuántos años tenía el chico?

— Diecinueve.

—Los adolescentes sólo piensan en el placer que pueden conseguir, sin importarles el de la pareja.

—Tú no eras mucho mayor cuando Melina y tu... quiero decir... — Polly supo que había metido la pata—. Bueno, ella me comentó que habíais sido uña y carne.

—¿De veras? —preguntó Raúl, con el ceño fruncido—. ¿Alguna vez te he dicho lo preciosos que son tus ojos?, ¿sabes que los cierras siempre que te beso? —pregunté entonces con ronquera, tras una larga y tensa pausa.

Polly observó a Raúl con la intensidad de una mujer enamorada y sintió que si alguna vez llegaba él a traicionarla, se moriría. La vida ya no tenía sentido sin Raúl...

Y, de pronto, éste volvió a besarla y despertó en ella una fiebre fogosa que arrasó cualquier otro sentimiento.

La mañana del viaje de vuelta, Polly despertó sola. Mientras Raúl trabajaba en un despacho de la villa, ella se dio una ducha y, luego, mientras se vestía, traté de recordar cada segundo de su estancia allí, para guardarlo en la memoria como un tesoro.

¡ Había sido tan feliz esos días! Se puso una falda verde con un top a juego, fue a la habitación de Luis y vio la cuna vacía. Sonrió: lo más probable era que el bebé estuviese en el cochecito, viendo trabajar a su padre.

Polly se dirigió al despacho de Raúl y lo oyó hablar por teléfono:

—Claro que aprecio tu fidelidad, Melina —estaba diciendo él en tono seductor. Polly se quedé de piedra y el corazón empezó a azotarle el pecho—. Yo también estoy deseando verte esta noche. No, no será difícil; te lo aseguro —añadió... justo antes de colgar

# Capítulo 11

Pareces cansada. Deberías acostarte — le dijo Raúl, una vez hubieron regresado a casa.

—¿Y qué pasa con los preparativos de la fiesta?

—Ha salido bien muchos años sin ti, cielito. Hazme caso y duerme hasta que te encuentres

bien. Eso es lo único importante.

Raúl la subió al dormitorio y la acostó; pero Polly se negaba a dormirse. Quiso gritar y enfrentarse a Raúl, pero quería esperar a sorprenderlo junto a la condesa, para poder basar sus acusaciones en algo concreto. Aquella conversación telefónica la había destrozado y había vuelto a despertar todas sus inseguridades.

—¿Crees que un hombre casado necesita una amante? —le preguntó por *fin.*

—No si pasa tanto tiempo en la cama con su mujer como yo —bromeó Raúl, sonriente.

—Estoy hablando en serio —insistió Polly.

—¿Qué pasa?, ¿quieres hablar de algo? Tengo la sensación de que estás inquieta — dijo Raúl. Polly se levantó de la cama, fue hacia la ventana y miró a Patrick Gorman, que estaba dando instrucciones a unos obreros, encargados de la iluminación del jardín. Raúl la siguió y vio al mozo de los establos—. Si fuera un hombre celoso, ahora mismo lo mataría. ¿Por qué lo miras tanto? —añadió, en referencia a Patrick.

Luego cerró las cortinas y salió del dormitorio irritado. Polly se quedó atónita. ¿Cómo era posible que Raúl tuviese celos de Patrick, cuando él tenía previsto proseguir su aventura con Melina?

Polly se sentó en la cama desconcertada. ¿Qué habría querido decir Raúl con lo de que le agradecía su fidelidad a la condesa?, ¿de verdad pensaba que podría continuar con aquella relación adúltera sin que ella lo descubriera?

—Tenemos visita, cielo — irrumpió a los pocos minutos Raúl—. Ha venido mi abuelo — anunció con una amplia sonrisa en los labios.

Polly bajó las escaleras para saludarlo y rompió el hielo dándole un beso en cada mejilla. Luego lo instó a que lo siguiera, subió las escaleras y le enseñó a Luis.

-Dice que tiene los ojos de mi madre — tradujo Raúl.

—Bueno, pues ahora tomáos algo para celebrar que habéis hecho las paces y hablad de lo bien que van a ir las cosas en esta familia de ahora en adelante —dijo Polly.

Fidelio y Raúl obedecieron y, dos horas más tarde, Polly vio que el abuelo se despedía del nieto dándole un fuerte y emotivo abrazo. Sintió un inmenso alivio: había logrado que se reconciliaran.

—Yo no los llamaría regalos —dijo Raúl horas después, en alusión a un collar y a unos pendientes fabulosos—. Pertenecían a mi madre, así que ahora son tuyos... Sólo yo la vi ponérselos. Mi padre nunca la sacaba en público.

—¡Qué triste!

—No, cielito — contestó Raúl mientras Polly se ponía las joyas —. Somos de una generación diferente... pero te estoy muy agradecido por el calor con que has recibido a Fidelio. Gracias a ti, mi abuelo formará parte de nuestras vidas.

Polly estaba extasiada: entre las joyas, el vestido verde y los zapatos de tacón que le había comprado y, sobre todo, esas palabras de gratitud, no cabía en sí de gozo.

—Creo que te quiero... —confesó Raúl.

—No es verdad —se *negó* Polly, desconcertada por aquella declaración—. Sólo lo has dicho porque estas emocionado.

— ¡Me falta práctica en esto! —gruñó Raúl—. No debería haber dicho «creo». Estoy seguro de que...

—No deberías haber dicho nada —interrumpió,ella, subconscientemente resentida por la relación de Raúl con Melina—, Ya no te pido que me ames para estar satisfecha. He rebajado mis expectativas—añadió, para estupefacción de Raúl.

—Nuestros invitados están llegando —dijo éste con una frialdad heladora, tras encajar el golpe de su esposa.

Pero, antes de salir del dormitorio, Polly se dio cuenta del error tan tremendo que acababa de cometer.

—Raúl, perdona. Yo no quería... Me sorprendió que...

—Tranquila, ya me has desengañado —atajó Raúl en tono cortante.

Para colmo de males, nada más bajar se encontraron con que Melina DÁgnolo había llegado con los primeros invitados.

— ¡Qué collar más bonito! —exclamó ésta, sonriente, al ver a Polly —. Espero que las

joyas te consuelen mientras duermes sola por la noche —añadió en un susurro, para marcharse a continuación a estrechar manos y dar besos a otros invitados.

Polly no comprendía cómo podía interesarse Raúl por una mujer tan dañina. ¿De verdad pretendía mantener su aventura con la condesa?, ¿o había hablado con el corazón al confesarle que la quería?, ¿cómo podía haber estropeado un momento tan maravilloso?

—Hola —la saludó entonces Patrick—. Creo que es mejor que Raúl no me vea cerca de ti.

—¿Por qué?

—No sé, antes no era un hombre celoso; pero desde que se ha casado contigo...

—¿En serio? —preguntó Polly, con un atisbo de esperanza en sus posibilidades.

—Totalmente —aseguró Patrick—. Así que no te molestes, pero esta noche no te sacaré a bailar.

—Está bien. Además, me apetece bailar con mi marido —aceptó Polly, después de disculparse, fue en busca de Raúl—. ¿Quieres bailar? — le preguntó cuando lo encontró junto a Melina.

Raúl la rodeé con un brazo por la cintura y, en vez de sacarla a la pista de baile, la llevó hacia los jardines.

—En realidad no quería bailar —prosiguió Polly—. Tengo que hablar contigo en privado... y me temo que te vas a enfadar cuando oigas lo que tengo que decirte.

—Te oí hablando por teléfono con Melina en la villa —soltó Polly de golpe, quitándose un gran peso de encima—. Y el día que llegué aquí me dijo que ella era tu amante y...

—Un momento, un momento —intervino Raúl con calma—. En primer lugar, fue Melina la que me llamó a la villa.., y me dijo que te estabas viendo en secreto con Patrick Gorman.

—¿Qué? —preguntó Polly, perpleja.

—¿Es que no te das cuenta? —le preguntó Raúl, que acababa de atar todos los cabos sueltos de su relación con Polly— .Melina está inventando mentiras para intentar separamos. Empecé a sospechar algo raro la noche en que vino a cenar con los Drydon. Se mostró demasiado amable contigo y no paré de sonreírme coqueteando... Intuí que tramaba algo, aunque nunca pensé que pudiese ser tan perversa... ¡ Pero tranquila!, ¡ ahora mismo lo arreglamos todo! — exclamó entonces. Polly se sintió inmensamente aliviada y, al mismo tiempo, asustada por el enfrentamiento que iba a tener lugar en breves instantes.

Raúl llamó a una criada y le pidió que le dijese a Melina que quería verla en privado en el jardín. Minutos después, la condesa apareció con una amplia sonrisa.., que se heló al ver a Polly junto a Raúl.

— Después de todas las mentiras que nos has contado, no sé cómo te atreves a miramos a la cara—la acusó él sin rodeos.

—¿De qué estás...?

—Me he portado muy bien contigo —la cortó Raúl—. Cuando el año pasado viniste a mí, acuciada por tus problemas financieros, fui muy generoso.

— ¡Yo no quería tu dinero, Raúl! —Melina miró con odio hacia Polly—. ¡Yo te quería a ti!, ¡Y de no ser por ésa y su maldito hijo tú y yo habríamos acabado juntos! — añadió rabiosa.

—Jamás pensé en casarme contigo —replicó Raúl, el cual procedió a castigarla por sus mentiras e impertinencia—. No volveré a prestarte dinero nunca, abandonarás la casa que te alquila mi familia ha a finales de este mes y jamás permitiré que vuelvas a poner *los* pies en ésta, ¿está claro? —añadió con brutalidad.

Luego se marchó, tomando a Polly por un brazo, quien se sintió una idiota por haberse creído las mentiras de Melina.

—Entonces... ¿nunca ha sido tu amante?

—Salimos durante un tiempo cuando tenía diecinueve años —confesó Raúl a su pesar—. Pero en seguida me di cuenta de que sólo *buscaba* mi dinero. Cuando comprendió que no me casaría con ella, engañó a un empresario de sesenta años.

—¿Y murió?

—No, se divorció de ella. Volvió a casarse y se quedó endeudada cuando su segundo marido fallecido.

—Y entonces acudió a ti a que la ayudaras... —comprendió Polly—. He sido una idiota. Lo siento... — añadió, justo antes de reincorporarse los dos a la fiesta.

—Estaba deseando que desapareciesen todos los invitados —dijo Raúl cuando por fin se vio a solas con Pohly en el dormitorio—. Y ahora.., calla, por favor. Tengo que decirte una cosa y no quiero que me interrumpas —le pidió, visiblemente tenso.

—Raúl... —arrancó ella, temiéndose lo peor.

—Nada de peros, mi vida. No me lo pongas más difícil de lo que ya lo es para *mí* —la interrumpió Raúl. Luego, después de tomar aire y respirar profundamente, prosiguió—. Me enamoré de ti en Vermont, pero no me he dado cuenta hasta hace poco. Cuando desapareciste, pensaba que sólo te estaba buscando por el bebé; y luego, cuando me vi forzado a mantener una relación contigo, me dije que sólo lo hacía por el beneficio de Luis... pero cuando te fugaste del hospital, me puse como una furia. No sabía qué me estaba ocurriendo, pensaba que se me pasaría todo cuando consiguiese hacerte el amor una vez.., pero no funcionó —solté de carrerilla, como quitándose un gran peso de encima.

— ¿De... de veras? — preguntó Polly trémulamente, llorando casi de felicidad.

— Y cuando volví de montar a caballo aquella noche y no te encontré donde suponía que estarías.., me volví loco. Entonces comprendí la intensidad de mis sentimientos —confesó Raúl—. Luego, cuando conociste a Patrick y empezaste a charlar con él, me entraron unos celos insoportables, irracionales — añadió, con una mezcla de arrepentimiento y vergüenza.

— No me di cuenta.., estaba demasiado preocupada por las mentiras de Melina — susurró Polly.

—Me di cuenta de que esa locura incontrolable, esos momentos de furia y de debilidad.., ese miedo a perderte, la necesidad de estar contigo a todas horas.., era lo que la gente llama amor —declaró finalmente, sonrojado—. Nunca he sido tan feliz como durante estos días en la villa, Polly... Te amo. Te amo con todo mi corazón — sentencié emocionado.

—Yo también te amo —susurré Polly finalmente, llorando casi de felicidad. Entonces inclinó la cabeza y Raúl la besó apasionadamente. Estaba seguro de haber encontrado a la mujer de su vida... ¡ y ya estaba casado con ella! Polly le había dado una familia y le había enseñado a amar... y él iba  a saber agradecérselo eternamente, besándola y abrazándola día y noche durante el resto de sus vidas.